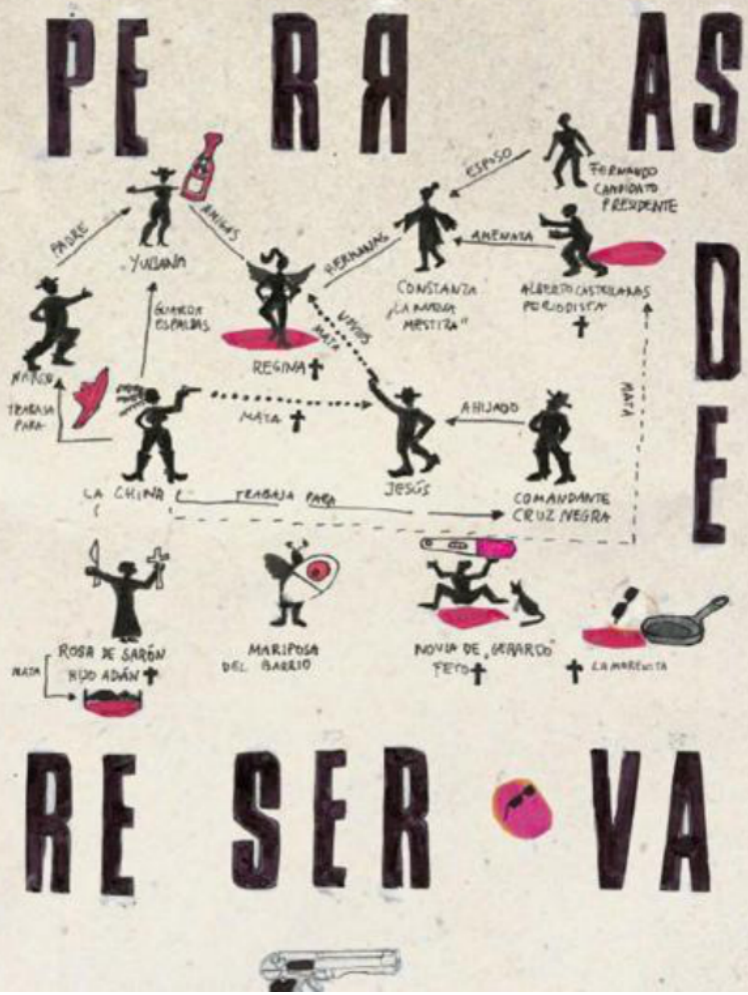
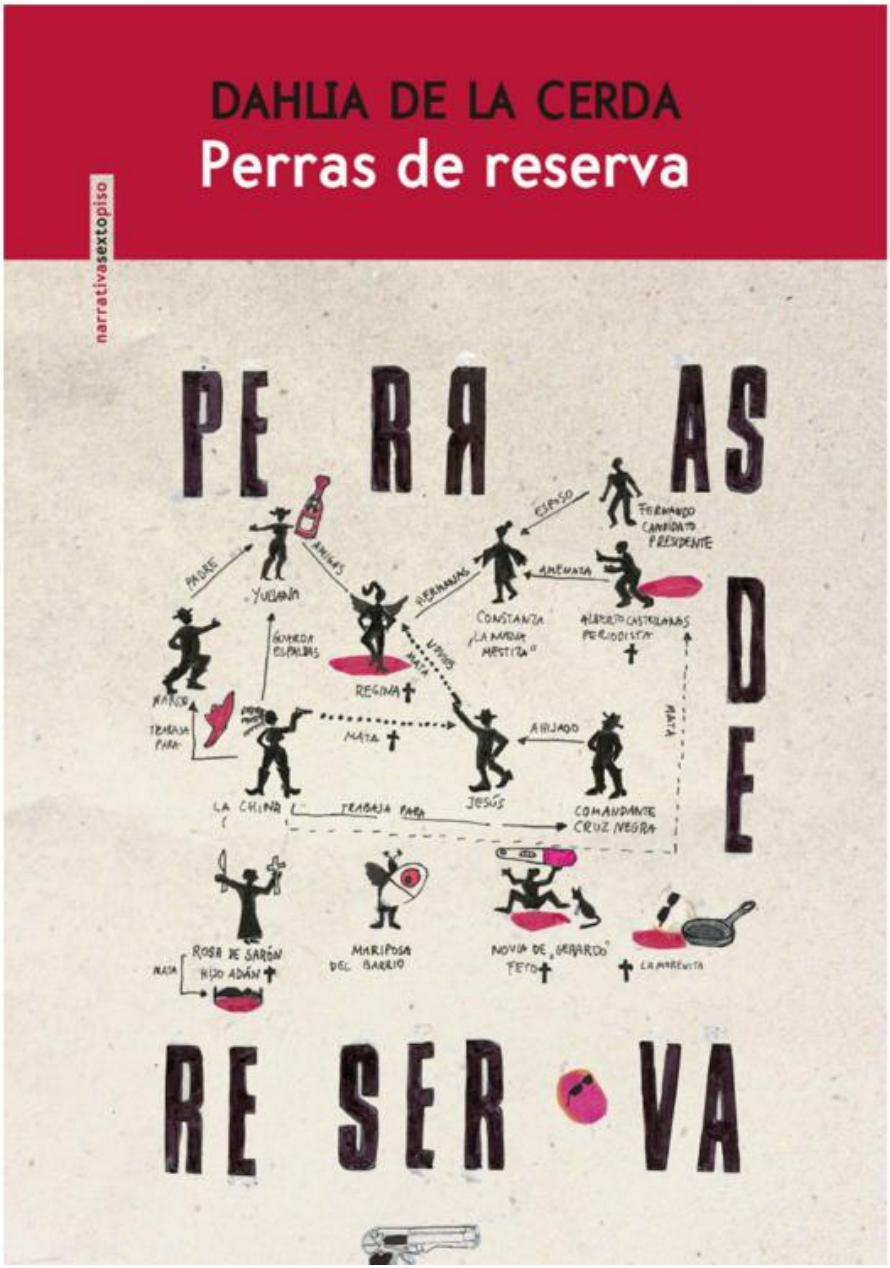
DAHLIA DE LA CERDA

Perras de reserva

narrativasextopiso





PEREJIL Y COCA-COLA

Me senté en la taza del baño, oriné sobre la prueba de embarazo y esperé el minuto más largo de mi vida. Positivo. Me dio un ataque de pánico y luego una discreta felicidad; me acaricié con ternura el

vientre. Siempre que veía esas escenas de una chica en un retrete aguardando por saber si estaba embarazada me parecía patético. «Esto es patético», pensé. Aunque, siendo honesta, estoy acostumbrada a ser patética, quizás por eso me identifico con personajes como Jessica Jones o como Penny Lane de Casi famosos. Me levanté, lavé mi cara y salí del baño. Me dejé caer sobre la cama.

Tengo cierta resistencia a aceptar las malas noticias. Algunos dirían que las evado, pero no, solo es difícil creer que todo lo malo me pasa justo a mí. Me han puesto el cuerno, me han asaltado en la calle, mis mascotas han muerto envenenadas o atropelladas, no conozco a mi padre y perdí a mi madre hace algunos años. Y ahora, en el cajón derecho de mi buró, un test de embarazo con dos líneas rosas. Así que me hice un examen de sangre para confirmar.

Positivo. Yo no sabía que las pruebas caseras son inexactas en resultados negativos, jamás en positivos. No estaba preparada para traer un hijo a este mundo de mierda.

Recuerdo perfecto que en ese momento en la bocina de Amazon sonaba

«Desorden» de María Rodes. Es la canción que define mi vida. Estoy atrapada en un bucle infinito de malas decisiones cuyas consecuencias son, sin excepción, dramáticas y

Vuelvo a pasar por el camino acostumbrado

sin acordarme de si es el equivocado

y aunque parezca que lo tengo controlado

algo me dice que otra vez se me ha escapado.

Probablemente sea un ciclo inacabado de desaciertos o de amor desesperado.

Quizás creas que estoy exagerando porque un embarazo no deseado no es una calamidad, sin embargo para mí sí lo era. Era la peor calamidad de mi existencia. Un maldito tsunami que destruía con su agua salada cada uno de mis sueños y metas, e incluso saboteaba los errores que aún me faltaba cometer.

Le mandé un mensaje a Gerardo. «Estoy embarazada», le dije. «¡No mames!

¡No mames!», me dijo. Y luego me envió los emojis más ridículos del mundo. «Vamos a ser papás. ¡Diana, qué felicidad!». «¿Felicidad? No. No, ni vergas». «¿No me digas que lo quieres abortar?¡No mames, Diana!».

Estoy mintiendo... No existe Gerardo. Me dieron ganas de meterle romanticismo a la historia. El embarazo fue producto de una noche de copas.

No sabía el nombre del tipo ni me interesaba saberlo. Su desempeño no lo recomendaba para nada en la vida. Sí, estaba embarazada de un tipo que cogía horrible.

Soy esa clase de chica que suele usarse como argumento contra el aborto. La que sale y se acuesta con el primero que le habla bonito. Esa que mejor debería tomar anticonceptivos o ligarse las trompas o cerrar las piernas. Me dejo abrazar con fuerza por desconocidos. Me gusta la fiesta, ponerme muy borracha y hacer osos ahogada en alcohol.

La idea de llevar a término el embarazo nunca pasó por mi mente. Así que investigué cuáles eran mis opciones para abortar. Busqué en internet

«aborto» y encontré varias clínicas, todas en la Ciudad de México. No estaban a mi alcance. Leí gran variedad de métodos siniestros. Perejil en la vagina, lavativas vaginales de Coca-Cola con aspirina y zapote negro, té de ruda, té de orégano, té de anís estrella y picarse el útero con un gancho para la ropa. De clic en clic llegué a un video donde un feto luchaba por su vida gritando «¡Épale, épale mi patita!». Me dio risa y me dio tristeza.

Hallé anécdotas de mujeres que habían abortado y que hablaban de hemorragias, coágulos del tamaño del mundo, legrados dolorosos, choques hipovolémicos, entrañas podridas y comidas por gusanos. Historias de arrepentimiento, de dolor y de terror. Entre esas historias di con la de una chica que hablaba de un fármaco, el misoprostol. Lo busqué en Google.

El misoprostol —según Wikipedia—, aunque se usa para las úlceras gástricas, produce contracciones uterinas. Las brasileñas de las favelas descubrieron que provoca abortos. Después de ser estudiado por la Organización Mundial de la Salud fue aprobado para abortar de forma

segura. Como no tenía mucho que pensar, tomé los quinientos pesos que me sobraban de la quincena y salí a la calle.

En la esquina de mi casa había una Farmacia Guadalajara, me pidieron la receta. Avancé y llegué a una Farmacia del Ahorro, costaba seiscientos cincuenta pesos; suspiré y continúe la búsqueda angustiada. Probé en otras cinco farmacias: en las que no se requería prescripción médica el misoprostol excedía mi presupuesto, mientras que en el resto la receta era obligatoria. Las lágrimas salieron solas y me dio una crisis de ansiedad.

«¿Qué voy a hacer?», pensé.

Caminé por lo menos una hora, o eso creí. Lloré todo el tiempo. De pronto, a lo lejos, vi una botarga regordeta bailando una canción de Maluma Beibi.

Apresuré mi paso, entré y pregunté por el misoprostol. La dependienta, una señora de unos cuarenta años, me miró con lástima y me dijo: «Los lunes lo tenemos en trecientos ochenta pesos». «¿Me lo da, por favor?». «Claro que sí, por diez pesos más puedes llevarte una cajita con doce tabletas de ibuprofeno de ochocientos miligramos». «También lo quiero». Pagué, agarré mis cosas y salí corriendo.

En cuanto llegué a mi casa, volví a leer la información en internet. La leí tres veces para que no me quedaran dudas. Las manos me sudaban, estaba aterrada. Los manuales de aborto recomendaban no hacerlo sola, pero yo no contaba con nadie. Mi madre falleció hace cinco años luego de un largo cáncer que la debilitó hasta los huesos. La mandé cremar con lo que me dieron de su afore, puse las cenizas en su habitación y las encerré para siempre. Las cosas están tal y como ella las dejó. Después de que un abogado se cobrara con sexo y arreglara el trámite de la pensión,

básicamente me dedico a la escuela y vivo de los diez mil pesos que me depositan al mes. Estudio en una Universidad del Opus Dei y, aunque tengo amigas, ninguna de ellas está a favor del aborto, a menos que implique programarlo en Houston y que luego del alta del hospital nos vayamos de compras a un mall.

Mi única compañía es mi gato Ricardo. Lo adopté al día siguiente de que mi madre murió. Era tan pequeño que debía alimentarlo con leche especial y un biberón. Lo crie en una caja con una lámpara para darle calor. Fui la cuidadora de mi mamá durante su enfermedad, por ello que alguien dependa de mí, que alguien necesite que yo regrese a

casa, me mantiene viva, lejos de los vicios y la perdición.

Leí una última vez el protocolo, prendí la televisión e inicié sesión en Netflix. Busqué una película para abortar: Chicas pesadas. Abrí la caja de misoprostol, saqué cuatro pastillas, le puse una gota de agua a cada una y las coloqué debajo de mi lengua. Las dejé ahí por media hora. Sabían amargas y pasar saliva era casi una hazaña épica. Tuve que tragarme mi vómito en dos ocasiones. Casi de inmediato comencé a temblar. Me tomé los restos con un poco de té de manzanilla. Terminé de ver la película y puse Legalmente rubia. El escalofrío aumentó y me metí entre las cobijas con Ricardo sobre mi regazo. Vomité y me dio diarrea. Nada de sangrado y apenas un cólico que parecía premenstrual. En cuanto acabó Legalmente rubia empecé Miss Simpatía, acomodé otras cuatro tabletas en mi boca y esperé a que se derritieran. Fue más fácil: la lengua se había acostumbrado al sabor, no me dieron náuseas. Me pasé las sobras con un té de hierbabuena y preparé una quesadilla de queso panela y jamón de pavo. El dolor llegó, era como de una menstruación dolorosa, pero no exagerada. Tomé un ibuprofeno y me acosté en la cama con un trapo caliente sobre el vientre.

Un jalón dentro del útero y unas ganas incontrolables de pujar me hicieron correr al baño. Pujé y una corriente de sangre y de coágulos tiñó de rojo la cerámica del escusado. El dolor encrudeció: ya nada tenía que ver con una menstruación, era peor. El sangrado intenso duró cerca de un minuto. Me dio un ataque de pánico y vértigo. Lloré desconsolada. Estaba aterrada y no quería morir, no entre sangre y excremento. Había imaginado mi muerte más rocanrolesca, por lo menos relacionada con una sobredosis. Me dejé caer al

piso y abracé la taza del baño sollozando de miedo, rabia y tristeza. Quise un Gerardo que me dijera «esto va bien».

El dolor disminuyó. Introduje la mano en el inodoro buscando al bebé; no lo encontré. Había solo coágulos muy similares a los de la regla. Jalé la palanca. Me desvestí, abrí el agua caliente, entré a la ducha, me senté en cuclillas y pujé como una perra en labor de parto. Pujé con todas mis fuerzas y apenas expulsé un chorro de sangre y un coágulo del tamaño de una guayaba. Me acosté en el piso y permanecí ahí media hora. Acabé de bañarme y alimenté a Ricardo. Preparé una sopa Maruchan de pollo con harto limón, unos Ruffles en lugar de tortillas, y una Coca-Cola muy helada.

Hice exactamente lo contrario a lo que decía el manual de aborto, que recomendaba comida ligera, suero oral y nada de irritantes. Hice todo

lo contrario, quizás porque quería que las cosas acabaran mal, por ejemplo, conmigo en el hospital o en la cárcel o en ambos lados. Vi Casi famosos y chillé como siempre. Los cólicos iban y venían y la diarrea era molesta, pero tolerable. Le faltaba desgracia a mi aborto. Había leído de hemorragias y dolores terribles y esto era más una regla con disentería y gripa que una tragedia, y además me enojaba que por primera vez en la vida algo parecía terminar bien.

Puse las últimas cuatro pastillas debajo de mi lengua y esperé con discreta felicidad a que se disolvieran. No hubo náuseas ni escalofríos y los malestares estomacales habían cedido. Si acaso una febrícula tolerable. Di clic en Ligeramente embarazada, forjé un porro y destapé una Heineken.

Bebí y fumé marihuana. Me partí de risa cuando el dolor volvió porque sentí las mismas ganas de pujar. Caminé al baño, me acomodé en el retrete y pujé con fuerza. Un rojo vino y varios coágulos del tamaño de un puño manaron de mi vagina.

Me senté en el piso y metí la mano en el escusado. En poco tiempo encontré una bolsita del tamaño de mi dedo meñique con un frijolito de color rosa pálido en su interior. Suspiré aliviada y sonreí. La arrojé a la taza y jalé la palanca.

YULIANA

«Lo que empieza recio, recio se termina». Esa es mi frase favorita porque define mi filosofía de vida, plebe. En fin, estás aquí para que te cuente cómo es que estoy donde estoy y no para que te aviente mis proverbios. A darle.

Comenzó con Regina. La conocí cuando estudié en Guadalajara. Íbamos juntas a El Sagrado. Mi apá, por protección, nos mandó a mí y a mis hermanos a la Perla Tapatía. Mi amá se fue con nosotros. Nuestra casa estaba en un fraccionamiento exclusivo y bonito, pero muy lejos de la mera, mera cuidad, allá por la salida a Zapopan. Regina vivía en el fraccionamiento de al lado, éramos casi vecinas.

Nunca tuve amigas; pasé mi infancia en la sierra. Mi apá cuidaba sus negocios en la sierra y nosotros habitábamos en el pueblito más cercano: una comunidad de tres mil quinientos habitantes con calles empedradas y casas de teja. El kínder, la primaria y la secundaria las construyó mi viejón.

También financió el centro de salud, arregló la plaza e instaló la luz eléctrica. Por eso la gente lo quiere mucho y lo protegía de los marinos. La casa estaba a las afueras del rancho y nos daban clases maestros particulares: mi apá no quería ponernos en riesgo porque hay gente malagradecida que te echa al agua por pura maldad, y llevarnos al kínder o a la primaria del pueblo implicaba riesgos que mi viejón no quiso asumir.

Durante mi infancia conviví solo con mis hermanos y mis mascotas. Una vez a la quincena venían los socios de mi apá, jalaban la banda, mataban puercos y nos juntábamos la plebiza. Era rebonito. Nomás imagínate un chingo de morritos agarrando a plomazos botellas de Buchanan's y Moët y bailando caballos. Bien a gusto, plebe. De morrita tenía un caballo que se llamaba El Pinto. Me gustaba un chingo montarme en él y cabalgar sierra abajo. Me iba a explorar a la orilla del río que estaba cerquita de mi casa y que en época de lluvias se ponía caudaloso, dejaba a El Pinto y me metía a bañar. Mi apá me daba unas regañadas perronas por esas salidas, pero nunca agarré juicio.

¿Y cómo?, si mi casa siempre estaba rodeada de hombres armados y me sentía aprisionada; no importaba que tuviera una sala de juegos con

maquinitas de videojuegos, pantalla gigante, alberca de agua y de pelotas, era una pinche jaula de oro y por eso jalaba pa'l monte.

Un día me bañaba en el río cuando pasó una camioneta con una familia que me invitó al campo de sandías. Sin pensarlo me fui con ellos, los ayudé a cosechar, comimos sandías y tacos de chicharrón duro con salsa de molcajete. Me divertí un chingo. Como no le avisé a nadie, mis papás entraron en pánico y casi quemaron el pueblo entero. Al regresar, ya me andaba con la cueriza que me pusieron.

Me acostumbré a las cuerizas y me seguí escapando. Mi amá le dijo a mi apá: «Tu hija no tiene remedio porque la cabra gana pa'l monte; mientras vivamos en este chingado pueblo ella va seguir siendo una salvaje». Mi apá aflojó y nos mudó a Guadalajara.

Me metieron a estudiar a colegios de élite. El último se llamaba Sagrado Corazón de Jesús, mejor conocido como El Sagrado. Era de purititas viejas y, para acabarla de chingar, la dirigían monjas. Mis compañerillas eran güeras, con apellidos extranjeros y de mucho dinero; pura hija de famosos y políticos. Yo la mera verdad no quería hacer amistad con ninguna. Eran bien cremosas y fachosas y me caían

muy mal. Aparte me daban flojera sus pláticas inmaduras y chiqueadas. No estaba acostumbrada a esas mamadas del maquillaje y de los novios. Con los hijos de los socios de mi apá jugaba a quebrar botellas a tiros de pistola, a las carreritas de caballo y conquián con apuestas en dólares. Yo era la única mujer; ellos siempre hacían corajes porque yo bailaba más bonito los caballos y ganaba en la baraja, pero se aguantaban como los hombres. Nomás hacían pucheros, nunca me faltaron al respeto. No por educación, sino porque «bien sabe el Diablo a quién se le aparece». Lo que no se me daba era el tiro al blanco: me asustaba el ruido del plomazo saliendo de la pistola. Un día le disparé por accidente al jardinero —casi lo mato al pobrecito— y se me prohibieron las armas por siempre. Mejor me pusieron escoltas para mi cuidado personal.

El primer año de secundaria lo cursé en el Colegio Español. Fue horrible.

Yo era una salvaje. Haz de cuenta un cochiloco. Cero femenina y con un look desastroso. Mis botas, mi pantalón vaquero y mis camisas Versace de hilo de oro. Mis compañeras eran unas perras; se pasaban de ojetes, y me hacían la

vida imposible, desde bromas inofensivas hasta cosas bien pasadas de verga. Las mujeres podemos ser muy horribles, plebe.

Cuando terminé primero de secundaria, mi mamá, para hacerme el paro, me mandó a un curso de verano de clase y estilo en el que me enseñaron a vestirme, peinarme, maquillarme y ese pedo, y me cambió de secundaria al mentado Sagrado. Ahí fue donde conocí a Regina.

La primera vez que llamó mi atención fue en Halloween: iba vestida de ángel de la Victoria's Secret a un colegio católico, a la verga, plebe. Iba en puro brasier, calzón y zapatillas. Traía unas alas colgadas en la espalda. «Es la hija de un diputado federal», me dijo una compañera con cara de asco.

«Se ve bien perra», le contesté. «No seas naca, se ve vulgar», me respondió la muy prángana y envidiosa. Dije: «Órale, qué ovarios tan grandotes». A partir de eso yo le sonreía y la defendía cuando se la agarraban de bajada; ella me decía con su voz ronca y fresilla «Gracias, qué cuera eres».

No es que en El Sagrado yo anduviera gritando a los cuatro vientos:

«¡Miren, soy hija de un narcotraficante bien chingón, a la verga, me la

pelan todas!». Yo, aunque la verdad no soy discreta, soy una dama y sé respetar las reglas. Mi apá y mis padrinos así me aconsejaron y yo siempre sigo el consejo de la gente mayor porque más saben los diablos por viejos que por diablos. Siempre vestí mi uniforme reglamentario y la falda debajo de la rodilla. Ve, traigo delineado permanente de ojos, labios y ceja; nunca fui maquillada de forma ostentosa porque una tiene que respetar. Según, me delataron las bolsas: soy fanática y me gusta comprar de marcas buenas. Haz de cuenta que un día llevaba una Ferragamo, al otro una Hermes, luego una Chanel; mis compañeras eran de marcas corrientitas como Tous. Todavía no soy experta en finanzas, apenas estoy estudiando, pero supongo que no se necesita una chingada calculadora para saber que, si a tu papá nomás le alcanza para comprarte una bolsa Tous y tu compañera tiene mínimo treinta diferentes de cincuenta mil pesos para arriba, pos es que el papá de tu compañera gana más dinero. ¿Y quién no sabe que acá la maña gana más dinero que el gobierno? Supongo que era una deducción lógica, y asumo mi culpa. Es que no me gusta andar de pioja ni dando lástimas. Otras me decían que se me notaba por naquita: no soy rubia. O por mi leoncito bebé de

mascota. O porque traigo un reloj hecho con piezas del Titanic; Romain Jerome se llama la marca.

Aunque soy muy blanca, no tengo ojo de color y mi cabello es negro. Y, según ellas, una persona con mis características físicas no es de abolengo ni de dinero de toda la vida. Sí soy: nací en cuna de oro, ¡qué digo en cuna de oro, en cuna de diamantes! La organización de mi apá está desde la década de 1990 en las listas de las empresas más millonarias del planeta. «El abolengo no se trae en la cartera», me bufó una. Tu chingado abolengo me la pela, pinche vieja pendeja.

Mi comando de seguridad era la otra sospecha. Como en ese momento yo no había sacado la licencia de manejo, andaba con un chofer y un escolta en una Chevy Silverado normalita. No importaba que a El Sagrado la mitad de las plebes llevara guarros, resulta que los míos eran los únicos sospechosos; decía la Regina que por la forma de vestir. Mis escoltas eran de la vieja escuela: usaban pantalón vaquero, botas de avestruz y camisa Versace de hilo de oro. Bueno, en El Sagrado todas afirmaban que mi apá era narcotraficante y por eso me hacían menos, no me invitaban a fiestas y no me hablaban.

Me gritaban «naca». «Naca tú, vieja pioja; en tu puta vida vas poder comprar unos zapatos como estos que traigo. Me costaron lo que el corrupto de tu papá gana en un mes». Ya luego se me ocurrió amenazarlas con darles un levantón y se calmaron un tiempo. La

Regina siempre me defendía y yo la defendía a ella. Era una especie de pacto, no amistad; era un pacto de marginadas. A mí me chingaban por naca, y a ella, que por puta. Yo pienso que la odiaban por la figura. No estaba acuerpada, era muy delgada, atlética.

Daba envidia; ni mexicana parecía. Tenía unas pequitas bien coquetas en su naricita de chile bola y bailaba rebonito.

La verdad no entendía por qué me decían «naca»; siempre me vestí correctamente: un pantalón Louis Vuitton, un cinto Ferragamo o Hermes, una blusa discreta —de preferencia Gucci— y zapatillas —los tenis o zapatos de piso son para viejas fodongas—. Además siempre traigo las uñas arregladas en forma de almendra, de un solo color, sin brillos y mates. En cambio ellas usaban marcas chafas como Zara, y esos trapos de rancho gringo, shorts de mezclilla y playeras fosforescentes. Lo único que las ayudaba era ser güeras

de ojo de color; fuera de eso, las nacas, corrientes y vulgares eran ellas. La verdad sí me hacían emperrar, y entre más me decían cosas más disfrutaba llevar una bolsa cara o unos zapatos exclusivos y sostenerles la mirada.

Como mis amenazas de levantarlas nunca se cumplieron, me tomaron la medida y siguieron jodiendo. Me dejaron de molestar porque rapé a una que era la líder de todas. Se creía muy poderosa, muy chingona. Era hija de un hermano del presidente. Un día me hizo enojar mucho, mucho, y la dejé pelona. Le demostré que en una plaza no hay lugar para dos poderosas porque los monstruos de dos cabezas son más débiles. Son decisiones que una se ve obligada a tomar para forjarse carácter. Bueno, la mandé rapar. Me enteré de que iba a ir a la estética y le ordené al Terciado que hiciera el trabajo; él a punta de pistola le exigió a la estilista que sacara la máquina de rasurar y procediera. Fue la primera vez que les di una orden a mis escoltas y supe lo que es tener el poder. Y no te voy a decir que me gustó, pero es un mal necesario. En ese momento ya sabía que era la heredera del puesto de mi apá en la organización y, si no podía aplacar a una chingada chiquilla fresa,

¿te imaginas a los contras?

En realidad en mis planes nunca estuvo ocupar un lugar en la organización.

Yo pendejamente creí que iba ser una narco junior toda mi pinche vida, a gusto, plebón. Yo me quería casar y dedicar al hogar. Tengo

novio; somos novios desde chiquillos. Es hijo de un socio de mi apá. Cuando él cumplió quince años, los guachos le mataron a su jefecito en un operativo y, como no tiene hermanos, heredó su puesto en la organización. Mi novio es gente muy pesada, gente con respaldo; respeta a su familia, y está dedicado a la organización. Puso su Instagram privado y aun así lo siguen casi un millón de personas. Cubre su imagen por seguridad. Él va y viene de la sierra a la ciudad porque trae buenos tratos con el gobierno y ni siquiera está en las listas de la PGR ni de la DEA ni nada. La DEA sí sabe que existe, pero no lo ubica físicamente. Y los del gobierno son sus compas y ya. Qué tan seguro se sentirá que anda por la vida sin pechera y solo trae a cinco en su comando.

Eso sí, su camioneta está blindada hasta de las chingadas llantas.

Nos hicimos novios formales desde los trece años. Y es que una no tiene muchas opciones. Cuando estás dentro de este negocio, no es tan fácil conseguir pareja ni amigas ni quien te eche un lazo. Imagínate que me agarro

de novio a un muchacho cualquiera y luego le confieso: «Oye, fíjate que mi apá es narcotraficante». Pos cállate, sale corriendo. Y la tradición, por protección, es casarnos entre nosotros, como las familias reales. A veces hasta nos ofrecen de ofrenda de paz; por ejemplo, para cerrar tratos o negocios se usa matrimoniar a los hijos. Aunque mi historia sí es de amor. Él y yo aprendimos juntos a disparar, a montar a caballo, a bailar zapateado y a destapar botellas de champaña. Nadie nos obligó, nos enamoramos a la buena. Y a la organización le gustó el plan.

Él siempre me ha conquistado a la antigua. Me regala ramos de flores enormes y ropa, me lleva de viaje, me compró mi leoncito, me mandó componer tres corridos. Es bien romántico y me trae loca. Todavía estoy un poquito sentida con él, aunque ya casi lo perdono porque el corazón está donde está. Así de sencillo y así de complicado. Tengo a mi disposición el brazo armado de sicarios más poderoso de México, millones de hectáreas de siembra de amapola y marihuana, y valgo verga por un chingado muchacho barbón.

Mi plan de vida era dedicarme a ser hermosa para él; ser una superviejota, una ama de casa bien arremangada y una madre dedicada; operarme lo necesario; ir al spa todos los días para tener la piel suavecita; parirle hijos sanos, barboncitos y con estilo; cocinarle; ser una esposa modelo, a la antigua; andar en fiestas sin perder ni el glamur ni la compostura. Lo de mamacita sí lo he cumplido: a mis

veintidós años ya llevo... ¿veinte?, no sé, muchas cirugías. Todo lo que ves está operado porque evidentemente a mí lo que me sobra es plata: aumento de glúteos, chichis, pantorrillas; me quité dos costillas; me hice la nariz; traigo rellenos en pómulos, labios y ceja; liposucción, y lipoescultura. En este cuerpito hay invertidos solo en cirugías un millón de dólares. Todo lo ha pagado mi novio. También hemos viajado a Dubái, Francia, Egipto, Canadá, Japón, Tailandia y otros cincuenta países que ya no recuerdo. Ahí están mis fotos en el Instagram. Siempre en primera clase, de compras, con exceso de lujo. Mi novio es espléndido. Lo único que nunca me dio y que para mí era lo más importante es la cabeza del hijo de la chingada que mató a mi amiga.

Mis planes de ama de casa se fueron a la verga, plebe, porque resulta que tengo dos hermanos, gemelos, y los dos son jotitos. Se pusieron de acuerdo

para renunciar a la organización y en la cena de navidad soltaron la bomba:

«Apá, nosotros ya lo hablamos y no queremos ser narcos». ¡Escándala!

«¿Entonces qué quieren ser, hijos de la chingada?». «Yo, ser estilista, apá.

Me quiero especializar en colorimetría y en extensiones de cabello», le contestó el Pepe. «Y yo ser cirujano plástico, apá», agregó el otro. Ellos sí buscaban construir un imperio, ¡pero uno de belleza y glamurs! Y pos mi apá qué hacía. Ni modo que los obligara. La plata o plomo no aplica con la familia, código de ética narco. «Y luego, pendejos, ¿qué procede?». «Ponga a la Yuliana, apá, nos hace falta una reina del sur en la familia», le sugirió el joto del Beto. «Y tú, Yuliana, ¿qué opinas? ¿Te gusta la idea de ser una Teresa Mendoza?», me preguntó el viejón. «Ay, apá, usted ya sabe que soy más de Laurita Garza, pero está bien. A la orden, patrón», le respondí resignada. «Ta bueno pues. Ustedes a poner más buenas a nuestras mujeres y tú a conservar el imperio».

Regina y yo nos hicimos amigas ya para entrar a la prepa. Ella me buscó a mí. Le daba curiosidad el mundo de la maña y me dijo que quería un novio buchón. No sabes cómo me arrepiento, no de ser su amiga (era una chulada de vieja), me arrepiento de haberle presentado al novio. Mi Regina chula, tan bonita, mi plebe. Que Dios me la tenga en su gloria.

Con Regina viví los mejores momentos de mi vida. Nuestra amistad,

ya lo que se dice «amistad», fue breve, pero al cien. Había cariño, respeto y amor del bueno entre nosotras. Me dan ganas de llorar cuando la recuerdo diciendo «fierro pariente». Jamás se le quitó el acento fresa. Era una morrita desinteresada y una batalla mucho para encontrar eso en este negocio, plebe.

Todas quieren ser tus amigas para que les compres cosas o para escalar de nivel colgándose del tuyo. Y luego hasta te pisan al subir las mierdas, puras mermas. Regina ya tenía nivel, su familia siempre ha estado metida en la política y ella se llevaba de pellizco de nalga con las hijas del presidente.

Era bonita, bonita en serio. Blanca, pero bronceada. De cabello rubio natural y ondulado. Cejas pobladas. Facciones... te juro, plebe, que como de muñeca. Y unos ojos azules que sacaban de onda. Su papá les daba a ella y a su hermana lo necesario: lujos y berrinches.

Ella no ocupaba estatus ni regalos ni fama ni nada, solo quería más seguidores en internet; eso qué. No me hacía sentir usada. No era hipócrita ni

andaba inventando chismes a mis espaldas. En este ambiente se usan mucho las páginas de mitotes y casi siempre son tus dizque amigas las que filtran fotos comprometedoras o rumores para quemarte: con quién andas de novia, qué cirugías tienes y cosas ya más delicadas. Regina era incapaz de hacer algo así, era de buena mata, de buena entraña, un pinche angelito. Por eso me dolió tanto su muerte. Bueno, su asesinato.

Me cuesta trabajo pronunciar las palabras «homicidio» y «asesinato».

Quizás porque me queda el saco. También soy asesina y culpable de homicidio, pero siento que hay de crímenes a crímenes, y no es lo mismo matar a un secuestrador, a un violador o a un envenenador que vende piedra hecha con efedrina que matar a tu novia por celos. Esas son mamadas. Lo que le pasó a Regina no tiene justificación ni mecha ni por dónde. ¿Sí o no, plebe?

Cuando mi apá hizo mi nombramiento no oficial, Regina todavía estaba con vida. Fue a la semana siguiente que me llamó a eso de las cinco de la tarde y me contó llorando que su novio la había encontrado platicando en la alberca con uno de sus escoltas, que lo mató delante de ella y que la trató de ahogar.

La alberca estaba llena de sangre y la pobrecita sí alcanzó a atragantarse poquito. Alguien intervino y ella pudo correr a una de las

recámaras y marcarme. Estaba en crisis nerviosa. Le hablé a mi apá para pedirle refuerzos y me mandó a la chingada. «Le estoy diciendo que la quiso matar.

Él no está respetando los códigos, apá, hay que darle un escarmiento. ¿Para qué me dice que soy su heredera si no puedo tomar una decisión como esta?

Ya no quiero nada, váyase a la verga, apá», le grité y colgué. Le llamé a mi novio y me mandó a buzón. Durante todo ese tiempo tuve a Regina llorando en el otro celular. Agarré al Terciado y al Negro y fuimos a buscar a Regina.

Pasó en menos de cinco minutos: gritos, un disparo. Y silencio. Cuando llegué a la casa de su novio, había luces de sirenas y una ambulancia.

Vi cómo sacaron su cuerpo. Traía un traje de baño blanco. Corrí y abracé el cuerpo. Tenía un solo tiro en la cabeza. Me llené la mano, el pecho y la cara de sangre, de la sangre de mi amiga. Corrí hacia su novio, le embarré la sangre de Regina en la cara, lo amenacé: «Sangre con sangre se paga, culero» y me fui.

La versión oficial es que se suicidó con la pistola rosa que su novio le había regalado. Mentira. Yo lo oí todo. Él la asesinó. Le llené de rosas el funeral y jalé la banda; maté un puerco y le construí una tumba con forma de castillo, a la verga, plebe; una tumba con una suite en la parte de arriba. Mi novio, como para aminorar mi dolor, me pidió matrimonio; le respondí: «Te doy el sí cuando me traigas el anillo en la cabeza de ese hijo de la chingada». «No, mi reina, no puedo, no podemos: es ahijado del comandante Cruz Negra. No podemos». «Sin muertito no me puedo casar con usted, pocos huevos, a la verga, culero». Me fui a vivir a la tumba de Regina y me quedé ahí hasta que tuve que regresar a prepararme para entrar en la organización. Durante ese tiempo no hablé ni con mi apá ni con mi novio. Los odiaba a los dos por cobardes.

Antes de que mataran a Regina la idea de ser jefa no me desagradaba, aunque tampoco me agradaba. Porque no es igual ser una junior, gastar dinero, ir al spa y al gimnasio, y andar de arriba para abajo en fiestas que ser patrona. Tampoco es como que yo estuviera en posibilidad de decidir.

Pero, cuando vi que mi apá y mi novio no servían para nada y que yo misma tenía que cobrar venganza, me encantó la idea. Siempre he

sido una mujer muy profesional y ubicada, así que empecé a buscar escuelas para adentrarme en el mundo de los negocios y el comercio, que iba a ser mi área.

Encontré una muy nice donde según estudiaban puros hijos de empresarios del alto pedorraje y la elegí. Era bilingüe y tenía la opción de estudiar chino.

Me imaginé haciendo tratos con los chinos para venderles opio. Perrón.

Para ser sincera no me entusiasmaba tanto aterrizar avionetas cargadas de cocaína en Colombia ni mandar cargamentos de opio a Asia en barcos camaroneros. Me emocionaba imaginar la cabeza del vato que mató a mi amiga colgada en un puente o dentro de una hielera, o dársela de comer a los cocodrilos. También pensé en los corridos que me iban a componer. Y quién sabe, a lo mejor y salía una narcoserie. Me emocioné. Y pos me tomé muy en serio mi trabajo.

Acá en la empresa los puestos de mando alto se heredan, rara vez se obtienen por méritos. Hay una clara línea de sucesión al trono de yerba. Y yo era la heredera. Se me hizo un nombre bonito para una serie: «La heredera», quiubo, compa. Me empezaron a decir así porque en muchos años era la

primera mujer que en algún momento iba a ocupar un puesto importante en la organización. Aunque, claro, eso solo iba pasar en caso de que mi apá fuera capturado o asesinado. Y es que en este negocio eso es un riesgo. Mi apá siempre está en peligro. Me da más miedo que me lo agarre el ejército a que lo maten. Si lo matan, tendré un cuerpo para llorar, un cuerpo para jalar la banda y hacer una tumba bien perrona. Si lo agarra el ejército, lo desaparecen. Con gobiernos anteriores se podía negociar: había paz y prosperidad, pero desde el sexenio que pasó, uy, no, qué cruz. Puras mermas con este gobierno. En nombre de una supuesta guerra al narco han favorecido a nuestros enemigos y nos ha tocado defender el territorio.

Mucha gente me pregunta si no me da asco o miedo o vergüenza ser hija de un asesino. Mi apá no es asesino. Él no se ha quebrado a nadie, tiene mucho dinero para pagar quien mate por él. Además todos cometemos pecados.

Unos mienten, otros roban; lo que puedo decir a favor de mi apá es que nunca ha mandado asesinar a un inocente, puro ojete que se lo merecía, la verdad. No me da vergüenza. Yo estoy muy orgullosa de

mi apá porque creció aterrado, en un rancho donde no había agua ni luz ni nada y tenía que andar descalzo. Un día lo invitaron a trabajar en la pizca de la marihuana; aceptó, y con un chingo de esfuerzo fue escalando, escalando, hasta que se juntó con otros señores para formar un imperio. Ahora el pueblo está irreconocible. La gente por eso quiere harto a mi viejón, porque así como le va bien en los negocios él comparte. No es un santo, tampoco. Y quizás para mucha gente es un delincuente; para mí es un apá. Yo lo que recuerdo de él es a un viejón que le enseñó a su hija a montar a caballo, a tirar con la pistola, a bailar caballos y cosas así. Es cariñoso, buen esposo. Y sí, es empresario y defiende la plaza cortando cabezas y tumbando helicópteros; eso no es porque él lo haya buscado, es porque aquí le tocó vivir y era lo que había.

Cuando entré a la universidad, mi apá organizó una cena baile show en uno de nuestros ranchos para avisar que yo era su sucesora, y que, de ahora en adelante, iba a asistir a las reuniones y a tomar decisiones. Para festejar jalamos la banda y matamos tres puercos; la fiesta duró hasta el amanecer.

Me compró una camioneta nueva y me asignó un nuevo comando de seguridad: tres plebes que seguirían mis pasos en una Hummer aparte. Me

informó que me había encontrado una escolta que viviría conmigo y viajaría conmigo; en resumen, sería mi pinche sombra.

La China. Ay, mi China chula. Yo al inicio pensé que mi apá me estaba contratando una amiga porque me veía muy sola desde que se murió la Regina. Cuál. La China era de élite. Cabrona y guapa. Venía de los altos de Jalisco y era alta; dadota; con un cuerpazo natural de mujer antigua, como gordibuena; de ojos color miel y cabello chino. La primera vez que la vi traía unos leggings y un top de camuflaje de licra, del tipo que se usan para ir al gimnasio; una cachucha con el escudo nacional; unas botas para la sierra, y una cangurera con un radio. Me dio la mano y me dijo: «Soy La China, mucho gusto, patrona». Tenía la mano rasposa. «Tu primera misión es ir conmigo al spa a que te arreglen esas manos, las traes de pizcador de mota, plebe. Tu segundo operativo será que vayamos de compras, y el tercero, a la estética», le ordené.

Me la llevé al spa a que le acomodaran esos chinos y le compré ropa. Me costó trabajo el tema de la vestimenta. Ella se aferraba a sus botas y a sus garras para la sierra. Al final la convencí y ya anda de pantalón de mezclilla, flats Ferragamo y blusas de Ed Hardy, algo es algo. Al

inicio sí era como mi amiga y sus misiones y operativos consistían básicamente en acompañarme al spa, a las fiestas, detenerme el iPhone para los videos que subo al Instagram y cuidarme luego de las cirugías. Poco a poco empezamos a platicar de nuestras vidas. Ella me habló de su pasado. Venía de abajo, de un barrio muy humilde. Su exesposo la golpeaba y casi la manda al panteón a golpes, así que ella lo mandó matar. Me habló de su niña, de su mamá, de los novios que ha tenido. Y yo me desahogué sobre Regina y mi vida como hija de un patrón. Nos hicimos compas, plebe. Ya luego me animé a preguntarle de dónde la había sacado mi apá y me contó todo.

Resulta que mi nueva mejor amiga era una asesina despiadada que después de cortar cabezas con una chingada sierra se lavaba las manos y comía carne asada sin nada de asco. Había tumbado helicópteros y descuartizado. Y yo todavía llorándole a la muerte de Regina. Me puse a pensar: «Tengo un chingo de dinero, de a madres; soy la heredera de uno de los capos más poderosos del mundo; mi mejor amiga es una sicaria de un grupo armado sanguinario, y estoy llorando porque un pinche muchacho cagón me mató a

Regina. No valgo nada, Malverde, arrástrame al Infierno por cula». Luego de una peda se la solté. Le propuse que se cargara al vato y le ofrecí una fuerte suma de dinero, su retiro y un corrido. La China ya estaba forrada en billetes y no le interesaba su retiro; ¿me creerás que el corrido sí le llamó la atención? Después me confesó que tiene un odio particular contra los vales que se pasan de verga con las mujeres. Me dijo que cada vez que se enteraba de un cabrón manchado, sentía como si le pegaran a ella y se lo tomaba personal. Le dolían las cicatrices que le dejó su exmarido. Su hobby es levantar y darle calentaditas a esposos y novios abusones. Y es que una siempre habla, piensa y actúa desde las heridas. Aceptó. Y el culero ese ya está pasando revista allá con Satanás.

«Las cicatrices sanan cuando se ha vengado»*. La China no se quiso retirar.

Le pagué y ahora es mi mano derecha. Llega a reuniones importantes en zapatillas. Mi apá se jubiló por cuestiones de salud. Le dio un infarto cuando se enteró que se quebraron a la basura esa; le dio la pálida, plebe. Pensó que nos iba cargar la chingada. Pero La China conoce tan bien el negocio que para despistar al enemigo le puso la clave de los contras en el pecho al cadáver. Se desató un infierno que para qué te cuento. Bloqueos con camiones en llamas, más de cien hombres muertos en un mes. Nosotras salimos invictas. Y hasta mi apá se creyó el cuento.

* Frase del corrido «El americano», de Jorge Santacruz y su Grupo Quinto

Elemento.

QUE DIOS NOS PERDONE

¡Ay, Dios mío santísimo! ¡Nosotras cómo lo íbamos a saber, joven! ¡Mijito, parecía un muchacho! Traía una cachucha, uno de esos aretes en el labio y una lágrima tatuada en el ojo izquierdo. Eso sí, llevaba muy planchadito su pantalón café, con su rayita en medio. Pensé en su mamacita, en su santa madre. Un muertito no nomás es un difunto, es el hijo, el hermano, el padre de alguien. ¿Te fijas que, cuando se te mueren tus papás, te dicen «huérfana», y cuando tu esposo pasa a mejor vida, eres «viuda»? Perder un hijo no tiene nombre. ¡Pobre de su madre, no dejo de acongojarme por ella! Lo natural, la ley de Dios, es que a una la entierren sus hijos, no al revés.

La hubieras visto: lloraba con el cuerpo bien agarrado y le gritaba que se levantara. Luego se nos fue a los golpes y nos gritó: «¡Sí robaba, pero no era una mala persona!». ¿Usted cree, mijito? ¿Nosotras cómo íbamos a saber si era una buena o una mala persona? Nomás lo vimos ahí con el machete, y, de que lloraran en su casa a que lloraran en la nuestra, pos mejor allá, ¿qué no?

Esa noche hacía hartísimo frío. Mis hermanas y yo acostamos a dormir a mi mamá. Ella ya no camina, padece de pie diabético y es ciega. Es que, imagínate, ¡tiene noventa años! Ya está muy malita. Después le dimos de comer a Zapatitos, nuestro gato, y nos preparamos un cafecito de olla con harta canela y unas conchas de chocolate y nata.

Estábamos acabando un trabajo. Acá en la colonia cada 12 de diciembre se organizan primeras comuniones comunales y esta vez nos tocó a nosotras hacer los vestidos de las chamaquitas. Quince vestidos de raso blanco con encaje y velo. Les bordamos con hilo dorado una paloma blanca de pura lentejuela y chaquira; queda bien bonita, aunque es muy cansado. Trabajamos como costureras y así nos ganamos nuestro dinerito. Andábamos en la bordadera y oímos un ruido en el patio. El Toby empezó a ladrar. Mi hermana Emilia fue a asomarse. «Anda un cabrón en el patio», nos gritó.

Vivimos en una colonia conflictiva y aquí son comunes los robos y los

asesinatos. Nosotras llegamos cuando todavía no había nadie. Habitamos toda nuestra infancia y juventud por allá en el Centro Histórico. En aquellos

tiempos había decenas de vecindades. Un día vino un señor muy trajeado, se presentó como representante de gobierno y nos alegó que iban a comprar esas fincas y que nos teníamos que ir. Mi papá se hizo de un terrenito por acá. En ese entonces era un ejido. Era puro monte y si acaso había una o dos casas construidas con lo que se pudo, cartón, lámina, ladrillo viejo. Poco a poco mi papá fue fincando y nos hicimos de una casa digna. Luego llegó otro trabajador del gobernador y nos informó que nuestros terrenos no eran nuestros porque la persona que nos los vendió no era dueña de nada; nos querían desalojar. Los colonos nos organizamos y resistimos y aquí estamos.

No nos reconocen todavía como colonia, nos llaman que «asentamiento irregular». Y por lo mismo no tenemos acceso a servicios, no hay luz eléctrica ni agua ni alcantarillado. Todo lo que ves de luces y drenaje lo han puesto las inmobiliarias que se adueñaron de las tierras vecinas y construyeron pajareras y edificios multifamiliares.

La colonia, así le decimos nosotros, se fue poblando. Se empezaron a fincar casas cada vez más chiquitas y se dejó venir gente muy fea de modos.

Familias sin valores morales, cholos y señoras de reputación dudosa. El gobierno no manda patrullas para cuidarnos porque no estamos municipalizados, por eso hay robos y drogadictos en las esquinas. Las inmobiliarias no se hacen responsables de la inseguridad, dicen que ya bastante han hecho con pavimentar y alumbrar las calles. Vivimos a la buena de Dios.

No era la primera ocasión que allanaban nuestra casa. Por ahí de enero un señor al que unos vecinos querían linchar por ratero se brincó a nuestro patio y agarró a mi hermana Martha de rehén. Quedamos ariscas. Por eso, cuando Estela gritó que había un cabrón afuera, fuimos corriendo a la cocina, que está pegada al patio. Y sí, joven, ahí lo vimos. Te digo, tenía toda la pinta de un cholo. Playera aguada, los pantalones de esos pescadores. Pos que le decimos: «Vete, mijo. No queremos problemas, somos unas señoras solas; tócate el corazón, mijo, ¿qué no tienes madre?». No entendió razones.

Y que se nos deja venir, ¿y cómo ves que traía tremendo machete en la mano?

Estamos hartas de vivir rodeadas de violencia, pobreza y robos, por eso me da tristeza pasar por el Centro y ver centros comerciales lujosos y cotos

donde fue nuestro hogar. Me da tristeza que nos despojaran de nuestras casas por ser morenos y de pocos recursos, porque por eso fue. El gobierno lo llamó «saneamiento del Centro Histórico»; la mera verdad es que nos querían correr por feos y pobres. Y uno, aunque pobre y de tez humilde, tiene derecho a la vivienda. Acá en la colonia, tú la miraste, nuestra casa es sencilla, pero digna. Tenemos un patio grande con muchas plantas y espacio para nuestros animalitos. ¿Viste que criamos gallinas y cóconos y que también hay una cocina espaciosa y cuatro cuartos? Pues con trabajo y esfuerzo nos hicimos en familia de nuestras cositas. Las constructoras y el gobierno son los culpables de la violencia; construyen casas inhumanas: viviendas de dos recámaras y un baño, y de apenas cuarenta metros cuadrados.

¿Sabes cuánta gente vive ahí? Hasta diez personas. Los muchachitos mejor agarran para la calle y acaban en una esquina. Por eso nos dio compasión y le rogamos: «Mijo, agarra juicio, por san Judas. Vente, te invitamos cenar.

No vayas a desgraciar tu futuro por una pendejeada». No nos escuchó.

Aquí nos miran como presa fácil de los delincuentes porque no tenemos hombre que nos cuide. Mi papá murió hace veinte años de cáncer y luego mi mamá cayó enferma de diabetes, y nosotras renunciamos a hacer vida matrimonial para dedicarnos a cuidar lo más sagrado que una tiene, que son los padres. Se nos fue la juventud en ver por ellos, en cuidarlos, y nunca nos casamos; somos las quedadas de la colonia. Quizás por eso decidió meterse a nuestra casa y verdad de Dios que no queríamos perjudicar a nadie, pero se nos dejó venir con el machete, y aunque le gritamos: «Mijo, no, mijo, llévate lo que quieras», estaba como en otro planeta. Mi hermana le dio un sartenazo en la mera chompa. Yo entré en crisis, agarré otra sartén y le hice la segunda. Le dimos como diez sartenazos en la cabeza, hombros y espalda.

Se cayó al piso. Mi otra hermana estaba fuera de sí, solo nos miraba llorando. Ya cuando vimos que estaba ahí, en el suelo, sin moverse, llamamos a la policía.

Nos fuimos a la sala y seguimos tomando café y pan para el susto. Nos daba miedo que se fuera a levantar. Llegó la policía y una ambulancia. Les contamos lo que pasó. Cuál va siendo nuestra sorpresa que nos

informan:

«La muchacha ya no cuenta con signos vitales». «¿La muchacha?», les

preguntó mi hermana. «La muchacha que se les metió a robar», nos contestó el oficial. Híjole, mijo, se me rompió algo por dentro. Yo jamás pensé que fuera una chamaca, ¡te juro que parecía un cabrón! Ya nos acercamos, y sin cachucha sí, sí era una jovencita. Traía su cabello recogido con unas trenzas.

Su cabeza, ay, no, sobre un charco de sangre. Tenía los labios ya moraditos.

Pobrecita, sabe qué habrá vivido para terminar en esos pasos. Vino su mamá y ya luego te digo que se nos fue a los golpes. Su hermano nos amenazó.

Los vecinos se amontonaron afuera de la casa. Entre gritos el Semefo se llevó el cuerpo de la jovencita y a nosotras nos trasladaron al Ministerio Público. Nos dejaron salir al día siguiente: comprobamos que actuamos en legítima defensa. Nos absolvieron. A mí lo que me preocupa es Dios. Una cosa es que nos perdone la justicia humana y otra no tener un castigo divino.

Ya le hicimos un novenario a la muchachita y organizamos todos los rosarios de la Morenita en tu humilde casa. También les regalamos los vestidos a las jovencitas de las primeras comuniones y le pedimos a san Judas que interceda por nosotras ante nuestro Padre Dios, ¿crees que nos irá a perdonar?

CONSTANZA

Fui educada para estar frente al poder. Mi familia se ha dedicado toda la vida al servicio público. Mi abuelo, por ejemplo, fue presidente municipal y gobernador. Mi abuela fue secretaria de gobierno hace veinte años. Y mi papi ha sido senador, regidor y diputado federal. A pesar de que mi bisabuela, mi abuela y mi madre son pioneras en romper los techos de cristal para que las mujeres puedan acceder a puestos de toma de decisiones, amigui, no me gustan ni el servicio público ni los cargos de injerencia política. Yo quiero ser la esposa de un hombre en el poder, no ejercerlo. Sí me entiendes, ¿no? Cero Angela Merkel, muy Michelle Obama.

La gente me pregunta por qué. Por qué si tengo el capital económico,

cultural y político, no aspiro a la política. Incluso hay señoras que me llaman

«malagradecida» y reclaman que desperdicie un espacio por el que dieron su vida tantas antes de mí. Espera, o sea incidieron para que yo tuviera la opción de decidir, no para que me viera obligada a tomar un puesto solo porque ellas lucharon en el movimiento sufragista. Sí me explico, ¿no?

No me interesa la política porque las mujeres en el poder masculinizan su aspecto o usan atuendos maternales so riesgo de ser criticadas por huecas.

Angela Merkel, por ejemplo, la poderosa canciller alemana, casi siempre se viste de rosa, ¡rosa!, tipo una abuelita dulce, amigui. Al menos diez veces ha encabezado la lista de las políticas más importantes del mundo. Vela, fíjate bien y dime, ¿qué ves? Ha anulado su feminidad igual que esas señoras que se cortan el cabello cuando se casan para dejar de ser atractivas y no faltarles el respeto a sus maridos. Ay, no, qué terrible.

Angela es la mami de miles de huérfanos, la figura maternal, pragmática y austera. No, yo no quiero eso, soy demasiado joven, sexy y superficial —lo acepto—. Y espera: no está exenta de escándalos, hay quien incluso la cree hija de Hitler; sí, sí, literal. No obstante la revista Time la nombró la persona del año. ¿Por qué?, ¿qué ha hecho ella para ser elegida la persona del año? Diplomacia, rechazar la guerra, ser un puente entre Rusia y

Occidente. Es cristiana, sin embargo, cuando le tocó decidir sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo, se deslindó. Aplausos.

Como puedes ver, no solo soy una cara bonita y un cuerpo fitness, también soy una mujer informada y con preparación. Leo el periódico cada día porque, aunque no me interesa el poder, quiero estar sentada a su lado. Mi papi siempre me ha dicho que tengo un extraño encanto. Tipo Ana Bolena, de quien algunos historiadores afirman que era fea, pero atractiva. Yo me miraba en el espejo y no encontraba ese encanto. Más bien veía a una mujer guapa, tampoco una hermosura, guapa a secas. Mi papi sostenía que había algo en mí, la serenidad en mi rostro, la ecuanimidad en las decisiones más complejas, mi docilidad. Sobre todo mi docilidad me hacía muy atractiva.

Mi hermana, que en paz descanse, era una fierecita. Yo en cambio siempre he sido aquello que se espera de mí. Amable, no fácil. Digna,

no orgullosa.

Tierna, no empalagosa. Alegre sin llegar a frívola. Cuando río, no lo hago a carcajadas y siempre me tapo la boca. Observo con discreción. Converso, pero con mesura. ¡Sí, es un poema, forjé mi personalidad basándome en un poema!

¿Puedes creerlo? Aunque una dama se reserva sus opiniones políticas en público, yo las doy, ¡claro!, sin cruzar los márgenes. Soy progresista sin caer en un izquierdismo acrítico, conservadora sin llegar a ser populista. No sé si me explico. ¿Liberal? Si acaso, de clóset.

De niñas, mi papá nos compró un par de hermosos juegos de té de porcelana.

Yo me senté en la mesa del comedor con un vestido azul cielo, rodeada de mis osos de peluche, a tomar el té, amigui, superteta. Mi hermana los usó para construir un castillo de lodo en el jardín. Ella era indomable: nunca quiso bailar ballet; le gustaba el reggaetón, la fiesta, las borracheras, y tener novios, uno tras otro. Nos dio millones de problemas, era rebelde y escandalosa. Casi la expulsan del colegio porque se le ocurrió ir semidesnuda en Halloween. Estuvo internada por un trastorno alimenticio, anorexia. Y finalmente las malas decisiones y el cúmulo emocional de los excesos pasaron la factura. Tenemos su foto en la sala de la casa siempre con flores blancas frescas y una veladora de color rosa. Es bien triste. Antes no podía hablar de esto; con los años lo estoy superando. Es supertriste.

Yo, en cambio, desde niña he sido una princesa. Me gustaban los vestidos largos y femeninos. Me fascinaba pararme frente al espejo y cantar a la Sarah Brightman y, ya cuando de plano me ponía muy salvaje, imitaba a Paulina Rubio. También hacía poses de ballet (primera, segunda y tercera posición), alargaba el cuello como garza y giraba la mano con movimientos llenos de gracia.

Un día mi mami entró a la habitación y me encontró caminado con un libro en la cabeza y siguiendo la línea divisoria de la duela. «¿Qué haces?», me preguntó. «Mami, estoy practicando para caminar como una dama», le contesté sonrojada, tipo jitomate. Tuvimos una conversación de chicas. Le expliqué que yo quería ser una dama, andar con tacones sin parecer venadito recién nacido, usar los cubiertos conforme a la etiqueta y saberme al pie de la letra el manual de Carreño. «¿Es en serio?», me cuestionó muy alarmada.

«Sí, mami», le afirmé. Bajó la mirada, suspiró y me dijo: «Hay una

escuela de clase y estilo, ¿te gustaría asistir?». «Sí, mami, supersí».

La primaria y secundaria me la pasé estudiando reglas de etiqueta, idiomas, automaquillaje, personalidad y danza clásica. Muy padre. Cuando entré a la preparatoria, yo era una joven regia con porte. Me vestía con trajes Julio y Oscar de la Renta clásicos, elegantes y austeros. Usaba zapatos de tacón de rigurosos siete centímetros y maquillaje nude. Sacaba 9.5, jamás diez.

Aunque tengo la capacidad, no me gusta humillar a los varones. Soy, o era, esa mujer que la gente dice que no existe. Rubia, esbelta, sexualmente disponible sin llegar a ser una puta. Una dama en la mesa y una ramera en la cama. Debajo de mi ropa uso lencería Calvin Klein. ¿La Perla? Eso es para gatas, amigui, qué asquito.

Mi meta era salir de mi casa bien casada con un hombre poderoso. Hice lo que debía hacer: trabajé, me esforcé y me sacrifiqué; lloré lágrimas de sangre para concretar mis metas. Y lo logré.

Mi hermana se descontroló... Necesito sacar esto, perdón, en serio. Un día llegaron a la casa dos camionetas con las cajuelas llenas de rosas. Rosas, amigui, muchísimas; neta, eran miles. Un regalo. Sentí entre envidia y miedo.

¿Quién le manda más de mil flores a una niña de dieciséis años? Luego nos presentó al susodicho. Un niño equis: ni guapo ni feo, pero millonario, millonario en serio. A mí me dio mala espina porque era medio naquito. Yo

albergaba la esperanza de que Regina se fuera de internado a Londres y regresara lista para reintegrarse a la sociedad, a la gente bien, tú sabes, gente nice, la gente chida de este país. Las cosas fueron de mal en peor. Y

finalmente todo concluyó en fatalidad. Como te conté, ella se suicidó. Ya lo superé, te lo juro, neta.

La muerte de mi hermana me afectó. Aunque no se lo decía, yo la quería, era mi bebé.

Tuve una breve etapa, que me duró un año, de desmadre. Empecé a beber en exceso, a vestirme de forma zorrona, naquita. Cambié los trajes sastre por vestidos entallados y diminutos bikinis. Mi vida se convirtió en fiestas, borracheras y drogas. Me metía ácidos como si no existiera un mañana.

Llegó mi primer novio o primera aventura sexual. Me enamoré (si es que a esa combinación de depresión, ajos y alcohol se le puede llamar

«enamoramiento») del nieto de un presidente municipal.

En una noche de fiesta yo estaba superdrogada y él me propuso tener sexo.

Amigui, para mí, una chica de familia que había pasado su adolescencia esforzándose por ser una dama, el sexo era tema tabú, un misterio. Cero información. O sea, yo era virgen. En mi vida había besado, es más, me daba terror tocarme la vagina. Equis, eso ya fue. Estaba muy, muy fresa en eso de la sexualidad, pero me quería ver supercool y me fingí experta. Le dije que me tomara video con su iPhone al tiempo que me desnudaba con una canción de reggaetón, supertonta. Permití que me grabara mientras cogíamos, y por si fuera poco me filmó drogándome, bebiendo en exceso y diciendo muchas pendejadas. Sí, obviamente él les mandó el material a todos sus amigos y fue un escándalo. Mi papá lo denunció por pornografía infantil —yo tenía diecisiete años— y a mí me mandó a España a terminar la prepa y empezar la universidad.

Allá conocí a Fernando. Desde niño lo habían educado para ser El Presidente de nuestro país. El partido con el voto duro más poderoso lo iba lanzar a la contienda electoral en cuanto cumpliera los treinta y cinco años.

Él estudiaba ciencias políticas y se quedaría en Europa para hacer la especialidad en administración pública y democracia, y el doctorado en derechos humanos. Volvería a México a los treinta años e iniciaría su carrera

política. Estaba destinado, no, destinado no, habían construido una superestrategia para convertirlo en el Justin Trudeau mexicano.

No quiero que piensen que soy una interesada y que solo lo seduje para ser primera dama de México, o sea cero. Yo me enamoré y estoy enamorada en serio. Nos conocimos cuando éramos unos púberes y nos sentimos identificados. Ya sabes, familias de abolengo, escándalo, vete a Europa a que el pueblo lo olvide y regresa a triunfar. Mi plan en aquel momento era permanecer en España hasta acabar la licenciatura en Comunicación y luego volver a México. Me enamoré, me quedé a hacer la maestría y entonces Fernando me propuso matrimonio. Fijamos fecha de boda: llegaríamos juntos, yo de veintinueve años, él de treinta. Él, doctor en derechos humanos; yo,

maestra en Arte Cinematográfico. La pareja perfecta de recién casados, la pareja más joven en habitar en los Pinos.

Hice la maestría por matar el tiempo y porque me encanta ver películas. Ahí me hice muy amiga de una chica que se llama Julia; la amo y la adoro. Ella es guionista. Era mi confidente. Un día fuimos a tomar café mientras Fernando estaba en una reunión, y le conté sobre el plan de posicionarlo como el Trudeau de América Latina. Se rio. «Se la maman. ¿Y tú? ¿Tú qué?

¿Tú quién vas a ser?», me preguntó. Tuve una epifanía. «Oye, tengo que contratar a alguien que diseñe mi imagen política», le contesté. Tomé mi celular y me puse a googlear primeras damas y mujeres poderosas. Cristina Fernández y sus zapatos Louboutin, muchas críticas. Adiós, zapatos caros.

«La muerte», pensé. Qué falta de prudencia: una puede gastar veinte mil pesos en unos Prada que no se vean de marca; aquella suela roja es inconfundible, qué falta de tacto. Tache, Cristina. Anahí, ¡ay, mi Anahí! Next.

La Gaviota, actriz de telenovelas. No, no quiero nada de eso para mí.

Busqué en los recovecos. Indagué lo que pude: moda, estilo. Michelle Obama se alisa el cabello para encajar en la política; ella tiene el cabello chino crespo. Usa vestidos baratos. Me gustaba su look, aunque en México dónde compra una vestidos baratos que no sean horrendos, ¿en Suburbia?

No, qué oso. La esposa del presidente francés, Brigitte Macron. Fue su maestra, se llevan como veinte años y ella es brillante. No, eso no va conmigo. Melania, exconejita, no. Eleanor Roosevelt, demasiado abuela, no.

Evita Perón, ¿neta, amigui? Clinton, muy ambiciosa, no, next. «Bebé, bebé

—mi amiga me sacó del letargo—. Esas son tonterías. Lo que tú necesitas es construir un personaje. ¿Por qué la gente ama a Tyrion Lannister o a Walter White? ¿Te acuerdas del guion, el libro de la maestría? Lee el primer capítulo, ahí están tus respuestas», me dijo. Las ventajas de que tu best friend sea una nerd.

En el libro el autor señala que para construir un personaje entrañable debes, palabras sencillas, ser muy pueblo, o sea lograr que el vulgo, que el proletariado, se identifique con tu personaje. Mi primer

problema era obviamente mi color de cabello, ojos y piel. Una no puede ser la primera dama más amada de México siendo rubia en un país de prietos. Me fui a broncear, empecé a usar pupilentes cafés y me teñí el cabello de castaño oscuro. No me reconocí.

Regresé y mantuve un bajo perfil. Mi esposo anduvo de servidor público de aquí y de allá y yo me quedé al margen de gastos y escándalos. En las sombras. Cuando al fin se presentó como candidato a la presidencia, lo acompañé con un vestido negro de deshilado hecho por artesanas indígenas de Guerrero. Yo, ahí, con mi piel bronceada, cabello color chocolate, ojos cafés y sonrisa radiante. Un día antes abrí nuevas redes sociales para iniciar de cero. Encabecé los noticieros: «Con una imagen mestiza, orgullosa de sus raíces, Constanza quiere ser primera dama de México». Nadie recordaba a la rubia representante de la élite mexicana que un día fui. ¿No es perfecto?

En mi Instagram me dediqué a mostrarme humana, llena de miedos e imperfecta. Subí la foto de un pastel que se me quemó; adopté un perro callejero; compartí imágenes de mis compras, todas a artesanas independientes; lloré por una discusión con mi esposo, y grabé un video quejándome sobre lo poco que los hombres valoran lo que hacemos por ellos. Jamás presumí un lujo. En seis meses ya tenía dos millones de seguidores. Mi imagen era muy favorable.

Alberto Castellanos, un periodista de renombre, me pisaba los talones. Me dedicó un par de columnas hablando sobre mis lazos familiares y de mi hermana Regina. Para deslindarme de mis ancestros publiqué un video disculpándome por la corrupción y malos manejos de toda la clase política y afirmé que yo no quería repetir los errores de mis padres. Y respecto a Regina solo lloré, lloré y conté su historia.

Mis seguidores aumentaron. Mi popularidad, por las nubes. La Nueva Mestiza, me llamaban, por portar trajes de nuestros pueblos originarios con mucho orgullo. Amigui, sé que suena muy mezquino, pero te juro que me la creí; el personaje me terminó comiendo y al final yo sí era eso que presumía en redes. Todo, te juro, amigui, que era de corazón.

Una tarde Alberto Castellanos me mandó un correo con un video adjunto; era mi video sexual. Me amenazó con filtrarlo en las redes sociales antes de la elección. Me quedé fría. No podía permitir que el pueblo se sintiera traicionado. No quería que supieran que detrás de su Malinalli moderna vivía una rubia frívola cagada en varo que representaba lo peor de la élite mexicana.

A la mañana siguiente, al pasar junto al retrato de mi hermana (siempre tengo un retrato de ella con flores en mi sala), tuve otra epifanía. Recordé que había guardado en casa de mis papis su laptop. Eufórica, fui a buscarla. La encontré, la conecté, la prendí. Y Regina, mi ángel, mi bebé, había dejado su Instagram abierto. Con los dedos temblando, te juro, busqué a la que fue su mejor amiga. Creo que no te hablé de ella, se llama Yuliana y no hay mucho que contar, solo que es una persona con poder, demasiado poder. Bueno, le mandé un mensaje que decía: «Yuliana, soy la hermana de Regina, estoy desesperada y necesito tu ayuda, ¿cómo puedo comunicarme de forma segura contigo?». Tardó quince minutos en contestar. «Plebe, dame una dirección para mandarte unas flores». Le di mi dirección.

Hasta la puerta de mi casa llegó una canasta floral con una tarjeta y un iPhone 7. En la tarjeta me pedía que le llamara al número registrado como

«Patrona» y me explicaba que el teléfono estaba cifrado de tal modo que ni la DEA podía interceptarlo. Le marqué y le dije que un periodista me estaba amenazando con filtrar unos videos sexuales y que la carrera política de mi esposo estaba en riesgo. Le ofrecí que, si se encargaba del problema, le agendaba una cita con mi marido para que negociaran y ella pudiera trabajar sin ser molestada. «Ya hay trato con tu esposo, Concha. Te voy a hacer el favorcito por amor a tu hermana. ¿Qué ocupas, piso o que le demos un sustito?». Nunca quise tener el poder, solo sentarme al lado, pero, cuando alguien te lo ofrece, es difícil no caer en la tentación. «Lo quiero muerto», le contesté. «Ya dijo, socia» y colgó.

DIOS NO HIZO EL PARO

Empecé a robar porque me dio pa'bajo la pinche vida culera, mijo. Mi carnal moneándose en la esquina o poniéndose bien focote. No vale verga el morro. Mi jefe, quién sabe, ausente; embarazó a mi jefa cuando ella tenía trece años y se la llevó a la casa de la ruca esa, mi dizque abuela. Vieja bruja desgraciada. Nació mi hermano. La volvió a embarazar en cuanto terminó la cuarentena y luego se fue a la chingada y jamás supimos de él.

Dicen que ya tiene otra familia; yo no sé, mijo. Para mí mi jefecita es mi padre y madre. Soy hija orgullosa de una mamá luchona y cabrona.

Ella siempre ha trabajado. Al pedo. Matándose para darnos de comer a

mis carnalitos y a mí. Bien talón, bien camello. Con lo de sus puntos de Infonavit compró el cantón donde vivimos. Le costó cuarenta mil pesos y es, ¿cómo le dicen?, un pie de casa. Sí, mijo, nomás eran dos cuartos, el patiecito, un bañito, su salita comedor y terreno para que se le fincara otro cuartito. Es de puro block porque nunca hubo feria para mandarla enjarrar. El piso, eso sí, muy nuevecito. Es como de loseta.

Mi jefa sí intentó rehacer su vida. Se juntó con otros dos culeros que le hicieron chamacos y se fueron los putos. Los vatos son bien culos para camellarle, mijo. O, ¿sabe?, a lo mejor a ella le gustaban los chacales, los pasados de lanza. Puro gandalla agarra la pobre. Yo al chile ni la juzgo, ese es su pedo, allá ella. Al cabo de sus andadas nacieron mis carnalitos. La neta a ellos sí los quiero un chingo. Son tres. Somos seis de familia, seis en una casita de treinta metros con dos cuartos. Mi hermano el mayor y yo tenemos dividida la recámara con una cortina; de mi lado hay una cama y un roperito, no cabe más. Cuál privacidad. Nada. Está culero, mijo. Luego por qué una se desespera y piensa pendejadas. La vida es una perra. Por eso hay que patearle la jaula, aunque sea brava la hija de la chingada.

Mi jefa mal que bien se la discutía chambeando para que fuéramos a la escuela y para los alimentos. En una de esas que la descansan en la fábrica, tsss, gacho. El refrigerador estaba vacío. Acá de este lado uno vive al día, uno se la lleva comprando la botana para hoy y rifándosela taloneando para

garantizar la de mañana. Se aprende que a veces se tiene para una sopa de fideo con menudencias de pollo, jitomate y su cebollita, un kilo de tortillas y una cocota de dos litros, y otras veces hay que comer y cenar con un sobre de fideos y un cuadrito de consomate, mijo.

A mi jefa la descansaron y con veinte pesos había que echar la papa y que pagar el abono de la casita y la luz y el agua. No, mijo, ni pa'donde.

Imagínate dos meses sin morralla, sin chivo. 'Ta cabrón. Se puso feo el pedo.

Guacha, visualiza: ¿Mi carnal? Juido. Todo marihuano y pastillo, en la aviada; te digo que no vale verga. Mis carnalitos con hambre. Y yo... yo con quince años y nadie me quería dar jale. Y los que sí me daban eran de a tiro explotación, cincuenta pesos por doce horas.

Te juro, al chile, al chile que traté. Traté con ganas de ser una morra

decente.

Yo no busqué ser malandra ni ratera ni andar de culera. Yo simplemente no soportaba mirar a mi jefa llorar y pedir fiado, no la quería ver que le perreaba un taco a la bruja de mi abuela; me aguitaba guachar a mis hermanitos llorando de hambre. Es culero. A lo mejor a ti mi historia se te hace como de La rosa de Guadalupe porque allá en tu casa llena de áreas verdes y calles bien pavimentadas esto no pasa, pero esto pasa a diario, aunque ustedes, los ricachones, no lo crean.

Desde morra estoy rodeada de pobreza y hambre. Crecí en la violencia y deseando unirme a una pandilla. No para andar de traviesa, no te me confundas, más bien para pertenecer a algo; tener una familia, un respaldo.

Desde morra rolé en este barrio, que es de los más violentos: hay riñas cada fin de semana, y los cholos traen cohetes, bates y hasta cuchillos cebolleros para defender el territorio. Aquí el pan de cada día es el sonido de las sirenas y que los judas caigan nomás para levantar muertos; la tira casi no entra. Aquí puro pelón de coco a rapa, fieles a la crazy life. Escapar de esto no depende de echarle ganas, de querer salir adelante. Esas frases son de güeros. En el barrio se trata de rifártela para sobrevivir.

En este lado uno se da cuenta de que quienes le patean la jaula a la perra progresan. Poquito, pero sí. Una guacha que el pelón de la otra cuadra asalta bancos y ya maneja una troquita o que el vecino ratero ya compró su

pantallita plana o que el morro que anda de sicario ya trae tenis originales. Y

los comparas con las doñas, las doñitas que, aunque trabajan de sol a sol en la fábrica o limpian mierda de gente rica en casas curras o venden donas todo el día, no salen de jodidas. Comparas lo que gana un tumbador con lo que ganas tú camellando machín, y la neta, al chile, mijo, sí te dan ganas de patear la jaula, de agarrar de las greñas a la perra, de arriesgarte.

Yo pensaba y pensaba: «¿Y si me voy a brincar bardas con mi carnal o si me le pego al Tongolo para asaltar bancos?». Me daba culo. Solo fantaseaba, fantaseaba con delinquir y comprarme mis cositas: unos tenis Vans con sus agujetas bien almidonadas, llenar el refrigerador de salchichas y gansitos.

No sé, puras pendejadas. Hasta que el hambre nos estrujó las tripas y la desesperación me caló detrás de la nuca, me armé de valor y que le tumbo el filero a mi carnal. Le di filo y me salí a la calle.

Me encomendé al Diablo porque Dios en esto no hace el paro. Me subí a un camión, me bajé, caminé varias cuadras, llegué a una zona de antros y busqué a un pinche fresilla cagón con cara de idiota para expropiarle el varo, el varo que seguro era producto de la explotación de la gente de mi barrio. Me encontré a uno todo pendejo que andaba hasta el huevo de borracho y que le digo: «Sigue caminando, perro. No le juegues al Mickey o te doy dos, tres piquetes en el culo, hijo de tu puta madre. Dame el celular, la cartera, los tenis, perro; las joyas, puto. Ora, no te hagas». Lo dejé sin nada.

Cinco mil pesos en un ratito, mijo. No, pos de aquí soy.

Me fui recio a tumbar cada fin semana. Entre más malandra me vestía, más rápido y sin mermas me aflojaban el varo. Hasta pensé en raparme. Me tatué, se me hizo vicio hacerlo. Y como me iba bien —de agarrar tres, cuatro mil pesos por día— me rayé mucho. No dejé a mi jefecita volver a trabajar, le empecé a llenar la despensa de comida, metí a mis carnalitos a la escuela otra vez y a veces hasta le rolaba dos, tres pesos a mi hermano mayor para sus vicios.

Siempre fui bien firme en mi vestimenta desde chiquita. Esas mamadas de los vestidos y las princesas son para hijas de papi. Yo soy vata loca de pantalón Ben Davis, camisa a cuadros cuatro equis y calcetas blancas y almidonadas hasta la pantorrilla. Mis trenzas tejidas, mi paño azul, gafas negras, mi pantalón con su rayita en medio. Pero para chambear me ponía

una malla en la cabeza y una cachucha para verme pelona y que se paniquearan más cabrón, mijo. Y funcionaba. Hasta me llegué a pintar un trece enorme en la cara con un plumón, carnal. Y pos ahí voy con mi pantalón aguado y mi trece mal hecho. No, pos en cuanto me acerqué le dio la pálida al morro y me aflojó la cartera en corto: «Qué transa, loco,

¿quieres pedo, puto? Acá también queremos». Ah, mira, ratera, malandrina de calle con principios: tumbaba a hijos de papi y vatos, con morras y gente pobre no me metía. Como soy devota de la Santa Muerte, de mi niña blanca, sé que lo malo se te regresa. Y tumbar gente rica no es hacer maldades, es justicia, ¿sí o no, mijo?

Guacha, se me hizo fácil robar siempre en la misma zona. Pasó lo que

un día tenía que pasar: le hablaron a la tira. Llegué un día a trabajar y que topo a los pinches puercos ahí. Se me aguadó el plan. Me regresé al cantón toda bajoneada y me senté a quemarle las patas a Judas en una barda que dividía un baldío de la casa del vecino. En eso que escucho un: «Tss, tsss, morra, morra, paro, morra, paro», que me asomo y era un ruco con una rila y una bolsa negra. «Ayúdame con la rila, morra». Total que lo ayudé a brincar la birula del otro lado de la barda y luego me bajé para tirarle paro a él. En su bolsa negra traía un plátano macho, una Coca-Cola y un fajo de billetes.

Luego me enteré de que le decían Pancho El Loco y que una vez al mes se le escapaba a su familia para irse a gastar los miles con las putillas de la Zona de Tolerancia —sí, de Ciudad Peluche, viejillo cachondo— y pos el plátano macho y la coca eran dizque para la potencia.

Ese perro día me fijé en lo fácil que era saltar bardas. Y que se me ocurre:

«¿Y si me hago jaulera?». Los pelones del barrio me habían contado que en un solo atraco se traían hasta cincuenta mil pesos. No, pos me entró la ambición. Pensé: «¿Pero dónde?». Me acordé de las costureras de la colonia, que eran conocidas como Las Riquillas del Barrio, tres mujeres solas y una ancianita. La llevaba de gane. Chingue su madre la vida.

Me puse mis pantalones caqui, una sudadera negra y me fleté una cachucha.

A veces se arriesga todo para poner un plato en la mesa. «Mijo, rólame unos jales de piedra y préstame tu machete». Oportunidades que te convierten en monstruo. Apreté mi escapulario de san Juditas y me encomendé al Diablo

porque Dios en esto no hace el paro. La vida loca tiene sus secuelas, «los sueños vuelan, amárrelos quien pueda».

LA CHINA

Siete pecados son los capitales, el mío es la avaricia. Yo estoy en esto por dinero. Entre plata y plomo, elegí los dos porque soy una avara. Ingresé al Centro de Readaptación Social para mujeres por delitos contra la salud y homicidio. Se oye bien interesante, pero en realidad en ese momento ocupaba el escalón más bajo en la jerarquía de la

maña: era halcón para una célula de un cártel muy poderoso. Me gusta recalcar «poderoso», me hace sentir importante. Mi jale era de mitotera. Yo miraba que pasaban los marinos y en chinga que mandaba un mensaje a un grupo del WhatsApp para que se pusieran al tiro. Obvio no ponía: «Cuidado con los marinos», de pendeja. Teníamos nuestras claves con puros monitos: un policía + un barco

= marinos. Y ya luego un policía + un barco x 20 = cuántos eran. Me pagaban poquito, cinco mil al mes más celulares de alta gama, y se quebraron a mi exmarido, que me maltrataba. Yo no maté a nadie, lo mandé matar.

Un día me encomendaron, para calarme, que moviera un kilo de mota de una colonia a otra y me torcieron unos estatales. Me llevaron presa por delitos contra la salud, me dieron cinco años de prisión y abrieron una investigación por el asesinato de mi ex.

No habían pasado ni seis meses cuando me sacaron del taller de costura, dizque para una actividad. Nos pararon a mí, el burro por delante, y a varias compañeras en el patio, formaditas en hilera. Lo vi llegar. Medía como 1.75, era de complexión robusta: estaba medio gordito, la barba muy delineada y cuidadita, moreno, con un cinto Hermes, todo de negro, empecherado, con lentes oscuros y bien enfierrado. Traía un anillo con una cruz de diamantes, unas botas de esas de las que luego supe que se llaman «tácticas», pechera importada de Israel y armas de lujo que le vendieron unos árabes. Era el comandante Cruz Negra. Venía acompañado de dos plebes tipo soldados, pero sin uniforme.

Nos examinaron una por una y nos dividieron en dos grupos. Unas nos quedamos en el patio y a otras las regresaron a las celdas. Nos interrogó: lo

primero que me preguntó fue si alguna vez le había dado piso a alguien.

Estaba tan nerviosa que le contesté: «¿Una rata cuenta como alguien? Me gusta matarlas casi, casi por hobby. Una vez metí a una pelona en una bolsa de plástico, de esas negras para la basura, y la azoté contra la pared hasta que se despanzurró. Oí clarito cómo chillaba, le tronaban los huesos y se le salían las tripas. También ahogué a un pato en el lavadero de mi casa; bueno, no era un pato, era un pollo, yo lo confundí con un pato y lo aventé al agua.

Cuando vi que no nadaba, me dio mucha risa y me entretuve

sumergiéndolo hasta que se murió. Tenía siete años». «No seas mamona», me respondió. Y

luego me cambió la pregunta: «¿Te atreverías a matar?». «Por un buen billete, simón que sí, viejón». Me sonrió, me dijo: «Vamos» y me sacó como Pedro por su casa junto con cinco plebitas.

Cruz Negra con muchos huevos le dijo al jefe de la cárcel: «Me voy a llevar a estas morritas, ahí te arreglas con el patrón». No firmamos nada, no pasamos por puertas de seguridad. Salimos como si fuéramos inocentes, jefas, patronas, invisibles. Nos subieron a la parte de atrás de una camioneta Lobo. Íbamos con seis vatos encapuchados y con chalecos antibalas.

Pasamos dos retenes de policías y nomás nos dijeron «adiós», ni de chiste nos pararon. Nosotras bien voladas respondimos el gesto: «Eh, adiós, plebes, qué guapos». Ahí inició realmente mi carrera en la delincuencia organizada. Con un «sí, viejón».

Nos informaron que el sueldo se definía según las aptitudes. Recuerdo que llegamos a una casa en las orillas de la carretera y ahí dejaron a tres morras.

Me taparon los ojos con un paño de calavera y me pasaron a los asientos de adelante de la camioneta. Íbamos oyendo corridos bien alterados, fierro, pariente. Abordamos una avioneta, despegamos y aterrizamos. Me quitaron la venda. Estábamos en un cuartel militar, o eso parecía. Amurallado, con torres de vigilancia y fácil, fácil unos doscientos hombres armados y encapuchados. Traían radios, celulares y armas chingonas. Me sentí en la película de Rambo. La organización así en total tiene a su servicio más o menos quince mil hombres en el país. Un chingo. ¿Ves que en la carretera hay puestos de cocos? La mayoría son de gente nuestra. Llegas a un pueblito y le propones a cualquier muchacho: «Oye, vale, te compro un celular de lujo, te pongo una palapa, te armo tu negocio de cocos helados y te pago cinco mil al

mes para que me avises los movimientos de los feos y de los contras». Y ya, decenas a tu servicio.

Igual que en cualquier organización militar ahí había comandantes, subcomandantes y soldados. Me informaron que me iban a entrenar como soldado, soldado al servicio de la maña, obviamente. La adrenalina me recorrió la piel bien chingón, no sé por qué.

Si pudiera describir mi historia con una palabra, sería «descontrol».

Estoy descontrolada y he vivido descontrolada toda mi existencia. Desde plebita fui muy impulsiva, muy radical. Me costaba trabajo seguir reglas, respetar figuras de autoridad; me cagaba que me dieran órdenes; me emperraba y me emperra la gente que dice «sí» y significa «no». No, viejón, para mí el «sí»

es «sí» y el «no» es «no». No hay términos medios porque se trata de todo o nada. Yo por eso vivo al extremo, siento al extremo, gasto al extremo y gano dinero al extremo.

Tuve muchos novios, muchas aventuras amorosas, muchos amantes y muchos detalles. Mi mamá siempre me decía que yo era de naturaleza promiscua y que al menos debía sacarle billete y provecho. La putería nunca se me dio; yo ya andaría triunfando si en vez de mochar cabezas me hubiera sentado en ellas. Ya traería unas nalgas de infarto, una cinturita de avispa y unas chichis bien bonitas, pero me gusta lo difícil, llevar las cosas un paso más allá; además, la neta, cobrar por sexo jamás se me dio: no sé cómo ponerles precio a las nalgas. Las cotizaciones que hacía o eran de puta de lujo o de piruja de cantina de arrabal. Iba de cinco mil pesos a doscientos pesos. Y es que, qué te digo, no sé lo que es el color gris: una o es cara o es barata, no puedo con la modestia. Para matar también soy extrema, por eso estoy donde estoy.

Entre tanto cabrón nomás éramos ocho mujeres. Dos expolicías, y otras cinco, que quién sabe de dónde salieron, eran las encargadas de la limpieza y la comida y una paramédico. Nos asignaron una cabañita solo para nosotras. Era una casita de madera, con su cocina equipada, su baño y dos recámaras con camas matrimoniales. Había televisión en la salita; todo muy nice. «Ya me trajeron de día de campo», qué perrón, mi viejón. No, qué chingaos, puro pinche entrenamiento militar. Mira, era una escuelita, como academia de policías, bien de flojera. «Oiga, no, a mí dijeron que vine a

matar gente y a hacer un chingo de dinero, ¿y me va a poner a estudiar?».

«Sí, señora, aquí somos profesionales, no liandros ni miones ni matones de barrio».

Fueron seis meses de entrenamiento. Aprendimos desde cómo usar armas cortas, largas, M50 para tumbar avionetas hasta primeros auxilios y cómo identificar el nivel de blindaje de una camioneta. Me ponían a trepar el méndigo monte con piedras en la mochila, muy pasado de lanza el cotorreo.

A descuartizar nos enseñó un carnicero; sí, un pinche carnicero matacochis.

El primer día de preparación lo vi por segunda vez, camuflaje, capucha de calavera, botas y el anillo de cruz: «O se está con nosotros o se está bien con Dios —fue lo primero que nos dijo—. Acá vamos a faltar al quinto mandamiento y nos vamos a forrar en billete. Ocupo gente al tiro, que esté conmigo, que le sea leal a los jefes y obedezca sin mermas las órdenes de la organización. Les ofrezco un trato: me cuidan, los cuido; me obedecen y mochan cabezas y los hago millonarios; me traicionan y los mato. Tienen un minuto para pensar... Se acabó. Un paso adelante quien sí le entre; a quien no le damos su plomo». Fin del comunicado, o algo así; quizás le puse de mi cosecha. A grandes rasgos es eso. No, espera, me faltó algo, las reglas: no se mata inocentes; no se mata sin autorización de la organización; no se desobedece; no se extorsiona, secuestra, roba, viola o delinque sin permiso del comandante. Di un paso al frente; ni modo, no quedaba otra más que entrarle. Ha valido la pena cada que me he manchado las manos de sangre.

En la organización una sube poco a poco. Empecé vigilando los campos de marihuana. Para llegar a la sierra tenía que hacer un viaje de veinticinco minutos en avioneta. Mi tarea era llevar y traer a los campesinos, cuidar que nadie nos siguiera y alimentarlos. Eran de diez a doce campesinos.

Doscientos kilos de mariguana por sembradío.

El segundo puesto fue cuidando los laboratorios de metanfetamina, que también estaban en la sierra. Me daban traje de protección. Ahí me aburría un chingo. Los cocineros son reservados, pero expertos en química; hacen la droga con pastillas para la gripa. Deja un putero de dinero. Medio kilo de criko cuesta cuatro mil y se producen hasta cien kilos a la semana. La meta es la droga de los pobres; la coca, la de los ricos; la mota, la de los chavos.

Cubrimos todo el mercado.

Mi penúltimo jale en la sierra fue en los campos de amapola, de donde sacan la goma de opio para la heroína. Ahí además la hice de cocinera. Haz de cuenta que se ordeña la florecita y sale un líquido blanco que se deja reposar y al día siguiente ya es negro. Me pagaban ciento setenta y cinco mil pesos al mes, y jamás disparé un arma, pura pinche botánica. En todo ese tiempo viví en el cuartel, pero me movían a trabajar a diferentes puntos en la sierra.

La primera vez que maté, para qué te voy a mentir, sí me costó trabajo. Me llevaron a un plebe que era chapulín: anduvo un rato de halcón de nosotros y se fue con los contras. Lo apañaron unos vales y luego lo mandaron al cuartel a que le diéramos piso. El comandante se me acercó, me dio una escuadra y me ordenó: «Sobres». Estaba amarrado, parecía Santo Cristo lleno de sangre. «¿Y si mejor dejamos que se muera de hambre?». El comandante me miró y me respondió: «Ay, plebe, no sé si eres sádica o maricona, ya jálale que es una orden». Subí tiro, cerré los ojos y presioné el gatillo. La bala le entró en la cabeza, entre ceja y ceja. Muerte inmediata.

Abrí los ojos y el olor a pólvora y sangre me alteró, le descargué toda la pistola. Un bautizo de sangre y plomo.

De ahí el comandante me agarró confianza y me ascendió a sicaria. Mi trabajo era levantar culeros, defender territorios, cuidar casas de seguridad, torturar, mochar cabezas y quebrar gente, por supuesto.

¿Cuántos muertos llevo? No sé, muchos. No me arrepiento. Yo puro estilo siciliano, sin remordimiento.

Mi eficacia para la tortura, la decapitación y el asesinato me hizo acreedora al comando especial: comando Cruces Negras. Formar parte de él era lo más alto a lo que puede llegar un sicario. Arriba de eso, en el brazo armado, no hay nadie, solo están los viejones. Sí, los patrones. Éramos cinco elementos, incluido el comandante. Nuestro objetivo era estar al tiro en la zona de guerra: asesinar y descuartizar, violencia extrema. Colgamos plebes en los puentes, dejamos cabezas de contras en hieleras, tumbamos helicópteros de la Marina. Sobre todo nuestro jale era encargarnos de las cacas grandes, los jefes de plaza de otras organizaciones; armar estrategias de guerra sanguinarias a niveles muy alterados, y garantizar la seguridad de los patrones. Un día el viejón llegó a mirar qué pedo con sus comandos de seguridad: «¿Y esta quién es?», le preguntó al comandante mientras me

apuntaba con una 40 con la imagen de Al Capone. «Es La China, es del comando de las Cruces Negras. Bonita, sanguinaria, hábil en armas orientales y estrategias de guerra, sabe detonar explosivos y lanza granadas». «Me gusta para escolta de mi plebita, me la llevo». Al comandante se le desencajó el rostro, se le notaba que no quería que me fuera; siempre sospeché que me hacía ojitos, pero se lo atribuí a la desesperación de no ver más mujeres. Se tragó el coraje y solo respondió:

«A la orden, patrón. Ya oyó al patrón, plebe, va ser escolta de la niña». Me quedé fría.

Durante los cinco años que serví como soldado en la organización, solo dos veces al mes bajaba a la ciudad. Una a ver a mi familia, y otra a las pachangas que organizaba el comandante. Estaba nerviosa de regresar a vivir entre la gente. Mi nuevo hogar sería la casa de la patrona, de La Heredera, le dicen. Aunque me comían los nervios, me emocionó que estaría más cerca de mi hija.

¿Te conté que tengo una hija? Se llama Julieta, recién cumplió diez años y mi familia me la cuida. Con lo que he ganado trabajando les compré su casa en una colonia buena y su camioneta; le deposito cada mes para los gastos y sus lujos. Si me matan un día —porque aquí, dicen, hay dos cosas seguras, la cárcel o la muerte—, mi mamá ya tiene su vida asegurada, y mi Juliet también. Yo anduve a raíz, comiendo sobras, con ropa de la segunda y no quiero esa vida de limitaciones para mi plebe. Aquí pagan bien y te acostumbras a matar. No me quejo de mi trabajo, la mera verdad. Es un trabajo muy noble. Si Dios existe, ojalá y Malverde interceda por mí. Yo prefiero morir en batalla que vivir con los pies aterrados, prefiero empuñar mi cuerno que seguir comprando ropa en la segunda.

De ser escolta de guerra pasé a ser la BFF de la hija mimada de un capo, bonita chingadera. Me pagaban lo mismo, no era un asunto de dinero, era de dignidad.

Me sentía degradada. La plebita era un dulce, pero me aburría a su lado. Mis misiones eran básicamente ser su copilota del tingo al tango mientras ella conducía su flamante Mercedes, escucharla cantar corridos, sostenerle el iPhone y acompañarla al spa a hacerse tratamientos de piel de porcelana.

Me pidieron que pasara desapercibida, o sea que no se notara que yo era su escolta, porque además traía a otros plebes en una camioneta aparte. Mi papel era ser su mejor amiga y cuidarle las espaldas a la sorda. No, y qué te cuento: me obligó a deshacerme de mis botas, quería que usara zapatillas; negociamos y me dejó andar en flats y tenis de marca. Cambié mi uniforme por pantalones Louis Vuitton y blusas de Ed Hardy; al inicio no tenía ni puta idea de ropa de marca, pero la patrona me enseñó.

Un día de peda Yuliana me contó que un ahijado del comandante había matado a su mejor amiga y que ella quería vengarla, pero que su apá no le había dado la autorización. Me saqué de onda bien

cabrón: el comandante era un señor, un tipazo; sabía tratar a las mujeres; era gente de palabra, cómo así. A su mentado ahijado nunca lo topé. A veces los buenos árboles traen mala hierba, y ahí ni qué hacerle. Muchacho cabrón, mal agradecido.

A la Yuliana se le llenaban los ojitos de lágrimas nomás de oír el nombre de Regina. Y, cuando la nostalgia le pegaba duro, se quedaba a dormir en la tumba en forma de castillo que le mandó construir allá en la Perla Tapatía.

«¿De dónde te sacó mi apá?». «Mire, plebe, la organización me la sé de arriba abajo, ora sí que, como dijo José José, "Yo he rodado de acá para allá, fui de todo y sin medida"». «No mames, mamona, esto es serio», me regañó. Le conté de los campos de hierba y los de amapola, de los laboratorios de metanfetaminas, de mi época de sicaria y finalmente del comando Cruces Negras. Saqué de mi bolsa el anillo de cruz de diamantes y se lo puse en la mano. «Su apá trajo a la mejor pa'cuidarla, la quiere mucho». Miró el anillo y que me pregunta: «¿Tu lealtad está con el comandante o conmigo, Karla?». «Con usted, patrona», le respondí sin titubear. Sonrió. «Tira ese anillo a la verga, te lo cambio por un reloj de diamantes». «Como usted diga, patrona». Me regaló uno rosa de diamantes de Versace. Doscientos cincuenta mil pesos le costó. Me lo puso en la muñeca y me dijo contenta: «Se te ve hermoso, Karla. ¿Vamos al spa? Te pago un tratamiento de piel de porcelana, estás muy requemada, mija».

De regreso de una fiesta Yuliana iba manejando y cantando y cuando empezó a sonar el corrido de «Clave 7» me dijo: «Mata al ahijado del comandante, cuélgalo de un puente en cachitos y te otorgo tu retiro, una casa, un carro y te sigo pagando por cinco años. Si sale mal, le doy lo mismo a tu familia, te

mando a escribir un corrido y te hago una tumba perrona y lujosa al lado de la de Regina». Se persignó al pronunciar el nombre de Regina. «Patrona —le respondí—, usted sabe que, si me ordena "quiébrate a ese cabrón", yo lo hago nomás porque es una orden de usted, ¿por qué me ofrece tanta cosa?».

«Porque es alta traición, pendeja. Es peligroso, es algo casi suicida». «Lo voy a pensar», le contesté. Y es que sí, neta, neta ocupaba meditarlo bien.

«Oiga, no le estoy preguntando, es una orden». «Su apá, me contrató para que la cuide, no para que le mate pelados. Le dije que lo voy a pensar». «¿Y

el corrido quién me lo va a escribir?», le pregunté por WhatsApp y cerramos el trato. Solo había que planear una buena estrategia de guerra.

Yuliana me enseñó el Instagram del mocoso cagón, un pinche narco junior nefasto. Siempre se tapaba la cara en todas las fotografías y el muy hipócrita tenía una con la Regina. Es que deja te cuento: según la versión oficial Regina se suicidó, aunque Yuliana oyó por el celular cómo la mataba porque resulta que la Regina le marcó aterrada para decirle que estaba en peligro y que por favor fuera por ella. Y pum, pum, escuchó los plomazos, y luego le salieron con que ella solita se voló lo sesos. Nadie le creyó a Yuliana, o más bien no quisieron esparcir el pedo para no armar un desmadre en la organización; la situación está complicada y se necesita unidad porque los contras cada día ganan más terreno. Total que el ahijado del comandante tenía una foto con Regina en la que ella, rubia y guapa, traía una escuadrita forrada de Hello Kitty. Dando un recorrido por el Instagram del plebe, detecté tres vicios, es decir, tres debilidades: mujeres, droga y alcohol.

«Mira, Yuliana, te propongo esto: el sábado me arreglas, me voy de antro, lo seduzco y ya en la cama me lo trueno, ¿qué tal? ¿Crees que funcione?». «Sí, plebe. Este niño tiene su identidad protegida en lo público. A lo mucho ha de traer cinco escoltas. Pan comido, viejona».

El sábado Yuliana le habló a una estilista de su entera confianza para que me arreglara: me alació el cabello y me lo pintó de negro, me sacó la ceja, me maquilló y me puso una faja de látex y un brasier que dizque pushup; la patrona me prestó un putivestido negro Fendi, unas zapatillas de esas Dolce

& Gabbana y una bolsa enorme de Chanel. «Tienes que verte cara, ese perro es un avaro y, si te mira jodida, no te va pelar», me explicó. La ventaja de mi super look de buchona era que en este rancho todas se parecen. Si alguien preguntaba cómo era la plebe con la que se fue el vato, era blanca, de

cabello largo, lacio, chichona y nalgona. No pos ya valió verga. Podría ser cualquiera. En la bolsa Chanel oculté la escuadra de la Regina, una cinta canela, unas esposas, una granada de mano, mi cartera y mi celular. Yuliana y yo rentamos una habitación en un motel —con cajones de estacionamiento en los cuartos— cerca de un antro que frecuentaba el idiota ese, y dejamos parqueada una camioneta tracker en la que guardé tres bolsas negras, una sierra eléctrica, un cuchillo de carnicero, un bisturí y guantes de látex. La patrona se fue a esperarme a casa y yo me fui en un taxi al antro.

Lo ubiqué enseguida. Llegué muy en perra y le dije al oído: «El viejón me mandó de regalo para usted: me pagó un servició completo. Son dos horas, todo incluido. El motel también lo dejó cubierto» y le di la clave de seguridad de la empresa; eso mientras le arrimaba las chichis y le ponía la mano en el pito en perra total, plebe. El baboso no tenía ni veinte años, andaba cruzado y hasta la madre. Me respondió que sí, que no podía hacerle un desaire al viejón y les avisó a sus escoltas que nos íbamos. Nos fuimos en su Lamborghini solos él y yo; sus escoltas nos siguieron en una Ford Sport.

Al llegar al motel se bajó del auto, les ordenó a sus guaruras que esperaran afuera porque quería privacidad y caminamos juntos hasta la habitación. En cuanto entramos, yo a lo que iba, la neta. Saqué la pistola, le di un cachazo en la nuca, se cayó al piso y lo esposé. Lo inmovilicé, le tapé la boca y lo até de pies y manos. Lo amarré como puerco con la cinta canela. Suspiré. Ya íbamos de gané. Pensé que iba ser más difícil.

«¿Reconoces esta pistola?», le pregunté deslizando la escuadra por su cuello. Asintió con la cabeza. Hasta lo pedo se le quitó. «La dueña me mandó a darte un recadito», le dije y puse «Clave 7» en mi celular. Prendí un cigarro y me entretuve quemándole los brazos y el pescuezo en lo que llegaba a la parte de «Adiós, señor comandante, aquí lo llevo en mi lista, usted me echó por delante, allá lo veo en la revista. Ya tumbaron mi panal, ahora toree las avispas». Cuando se escuchó «las avispas», me paré frente a él, lo centré y pum.

Saqué el cuerpo estirándolo de las patas y lo subí a la camioneta que habíamos dejado estacionada en la cochera del cuarto. Arranqué. Como a los dos o tres minutos la plebiza que lo acompañaba se me emparejó y me preguntó por el patrón. «Ya está con San Pedro, plebe, pero les dejó este

regalito», y granada para qué te quiero. Aceleré al máximo por el bulevar.

En el desmadre que se hizo me di tiempo de ganar terreno. Tenemos bien peinada toda la ciudad y sabemos dónde sí y dónde no hacer desórdenes, así que me lo llevé a una casa abandonada que usábamos como zona de seguridad. Ahí le corté la cabeza, las patas y los brazos, y eché su humanidad en una bolsa negra. Le grabé en el pecho dos triángulos entrelazados, que es el símbolo de los contras. Colgué su torso, una pata, su cabeza y un brazo en el primer puente que me encontré. Lo demás lo tiré en un basurero.

Me desnudé camino a casa de Yuliana. Tiré la ropa en una coladera y me puse el pants y la playera que llevaba para la ocasión. Abandoné la camioneta y pedí un Uber.

Yuliana ya me esperaba en casa. Luego, luego me puso algo en el cabello que según era un extractor de color para que volviera a ser castaño claro; lo dejé cuarenta minutos. Me bañé, y, cuando salí de la regadera, yo era otra vez La China. Yuliana veía las noticias. Un flash de última hora notificaba que un cuerpo desmembrado había sido encontrado colgando de un puente. Me abrazó con lágrimas en los ojos, «Ay, plebe, se la rifó». «Claro que me la rifé, en la sierra y en la ciudad yo soy La China», le contesté.

ROSA DE SARÓN

Escucho el tictac, tictac del reloj; el palpitar de mi corazón, bum, bum, bum, y el sonido del viento que silba lentísimo y me acaricia el rostro. Pero, sobre todo, estoy atenta a la voz de mi Señor, de Jehová de los Ejércitos. Soy solo un corazón dispuesto, una sierva fiel que lo espera y que, como David, se regocija con su presencia. Oh, mi león de Judá; oh, mi poderoso de Israel, bendíceme. Señor, háblame, que tu hija oyendo está.

Comenzó con un mal pensamiento. Nunca los subestimes. No lo hagas. Fue mi culpa, lo sé. Dejé de alimentarme con su palabra, me debilité y me arrojé a los placeres mundanos, sí, a las delicias de la carne. La mente es un campo de batalla, y Satanás lanza sus dardos de fuego en forma de imágenes que, aunque no lo parecen, son un ataque.

Posé mi mirada en el hombre, «maldito el hombre que confía en el hombre», y fui maldecida por quebrantar la ley de Dios. Lo conocí oficiando el culto de adoración. Mi amado, mi amado es tan hermoso, florece en mi corazón como la rosa de Sarón que crece entre los pantanos. Lo vi, alzó el cuerpo de Cristo transmutado en aquel pan sin levadura y ya no pude dejar de mirarlo.

A veces pienso que fue su parecido con nuestro Señor Jesucristo: la barba, el cabello rizado y los ojos profundos. He pecado. Me enamoré. Me enamoré de un hombre de Dios. Él, con sus palabras de fe, avivó el fuego en mí; reconstruyó con salmos mi corazón de alabastro.

Mi mamá me decía «Impura». Sí, me apodaba La Impura. Me

desarrollé —

sabes a lo qué me refiero, ¿verdad?— a muy, muy, muy temprana edad. Los hombres me veían con lascivia en las calles, y mi madre me culpaba por «no ser lo suficientemente pulcra». «Eres la imagen del Demonio, Impura», me gritaba. Cuando menstrué por primera vez, me casó; me dio en matrimonio a un hombre quince años mayor, apostólico de la boca para afuera, un monstruo de la boca hacia adentro. Nunca me trató como el vaso más frágil,

según lo ordenado por Jehová, Nuestro Señor. Descubrí lo que era el sexo entre la perversidad y la desobediencia a la ley divina.

Me embaracé y parí en dos ocasiones sintiéndome pecadora porque mis hijos no eran fruto del amor, eran fruto de la violencia y del sexo desviado.

Los bauticé con los nombres de Adán y Eva.

Dice el Antiguo Testamento que Dios se manifestaba a sus siervos a través de distintos fenómenos, por ejemplo el olor a perfume de la mirra, o en forma de fuego, como con Moisés y la zarza ardiendo. Siempre tenían el mismo significado: «Tu oración ha sido escuchada». Cada noche, entre mis rezos, le rogaba a Dios que me librara de mi esposo. «Oh, Padre mío, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a mí tu reino, hágase tu voluntad. Abba Padre, y sé que tu voluntad es que tu criatura sea tratada como un lirio y acariciada con lino fino aquí en la tierra. Adonaí, si es posible, llévate de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya». Mis oraciones pedían una sola cosa, que me concediera la gracia de enviudar.

Dios jamás se apareció, no obstante sí oyó mis súplicas: apenas a cinco años de la profanación al sagrado sacramento del matrimonio, es decir, del día en que me casé, ese hombre al que fui obligada a llamar «mi esposo» llegó ahogado en alcohol y se quedó dormido en la estancia. Mientras lo observaba roncar cual bestia, le oré a Dios con más intensidad. Mi voz fue escuchada. De su boca salió vómito con olor a alcohol. Me dejé caer al piso y con lágrimas en los ojos grité pidiendo que se atragantara. «Dios mío, que los muros de Jericó caigan frente a mis ojos, quebranta las cadenas y llévate a este hombre a las puertas del Infierno. Dame la victoria sobre mi enemigo, derrumba los muros de mi prisión y las fortalezas que entristecen mi corazón». Como David ante la presencia de Jehová, dancé, dancé, mientras veía con regocijo cómo el rostro de Efraín cambiaba de rojo a

morado, y, al sonar de trompetas, confirmé su muerte. Mi espíritu glorificó y magnificó al hijo de la simiente de Abraham, aquel que le pisó la cabeza a la serpiente.

Llamé a la ambulancia y después de la necropsia de ley lo cremé. Lo cremé para que, en el Juicio Final, no tenga un cuerpo que se levante de entre los muertos.

Mi felicidad al lado de mis hijos duró muy poco porque lo conocí a él, mi pecado. Me enamoré en silencio. Iba a diario al culto de oración solo para verlo; aunque no me atreví a confesarle mis sentimientos, mi espíritu se corrompió aquel día en que, mientras me bañaba, me masturbé pensando en él.

El Demonio, el engañador, el ángel caído encadenó mi alma y mis pensamientos. Comencé a oír dentro de mi cabeza una voz que no se callaba.

Al inicio me pedía que me tocara con más y más lujuria pensando en el pastor Raúl. Luego la voz demoniaca me ordenó que hurtara piezas de pan y monedas de las limosnas. Lo hice, pero Satanás exigía cada vez más de mí.

Así que dejé de alimentar a nuestras aves, y nuestras aves murieron; maltraté a nuestros gatos, y nuestros gatos se fueron; azoté al perro con la escoba, y desde entonces corría a esconderse siempre que me veía. Aunque quería parar, no podía. Me convertí en una ramera, en una mujer demoniaca, en la gran puta del Apocalipsis encarnada.

Ayuné; oré; le imploré a Dios que ungiera mis manos para la batalla, que me diera un refuerzo de fe. «Jehová de los Ejércitos, conviérteme en guerrera, no me abandones». Dios no atendió mi llamado. Dejé de ir a la iglesia, de bañarme, de salir a la calle. «Elí, Elí, lama sabachthani».

Una noche oí dentro de mi cabeza una voz distinta a la demoniaca, era dulce, muy parecida a la de mi Eva. Me dijo: «¿Recuerdas la historia de Abraham e Isaac?». «La recuerdo, la recuerdo». «Dios está enojado contigo y demanda un sacrificio de sangre. Él te sacó de Egipto, te libró del brazo del faraón, ¿y cómo le correspondiste? ¡Permitiendo que te invadiera la lujuria! El pago por tu pecado es la muerte», afirmó y se apoderó de mi voluntad. Fui a la cocina, tomé un cuchillo, subí las escaleras, puse una almohada sobre la cabeza de Adán y lo ofrecí como ofrenda a Jehová. Di una, di dos, di tres, di cuatro, di cinco, di seis, di diez, di veinte puñaladas; no olía a sangre,

olía a perfume.

REGINA

Mi foto con más likes en Instagram es esa en la que estoy disfrazada de ángel de Victoria's Secret. En la foto mi cabello tiene un estilo californiano, traigo un bronceado ligero porque acababa de llegar de una reunión de fin de semana en la playa y luzco muy delgada. Fui la sensación. En El Sagrado las niñas se murieron de envidia porque me veía hermosa y disfrazaron sus celos con «pinche zorra», «pinche gata», «pinche vulgar». En esa época yo era medianamente popular en redes. No era la reina del Instagram, tampoco era recha. Tipo de cinco mil seguidores. Obvio no era suficiente.

Mi historia comienza conmigo bailando «I'm an Albatraoz» de Aron Chupa.

Traigo un short de flores, una playera blanca sin mangas y unas sandalias.

Jamás usaba tacones. Bailaba girando y girando y girando en medio de una multitud de adolescentes eufóricos.

Esa noche, la última noche de mi antigua yo, fue la despedida de la secundaria. Iba a iniciar una nueva etapa y había que cerrar ciclos con broche de oro. ¡A lo pinche grande! Saliendo del festival Butterfly nos fuimos de after a la casa de Alonso. Vivía en una mansión enorme en las Lomas de Montecarlo y había contratado un DJ que mezclaba reggaetón como negro puertorriqueño. En ese momento Alonso era mi galán. Galán es algo tipo pretendiente, pero con besos. Llegamos en su BMW convertible. La fiesta fue en su jardín. Había alberca, fuente de fresas con chocolate, botana y muchos martinis.

Mi galán era hijo de un amigo de mi padre: un chico alto, rubio y de cuerpo atlético; integrante del equipo de futbol de su escuela, y un alumno sobresaliente en todas las materias. Ese Alonso es un superniño, un tipazo.

Pasamos la noche bailando reggaetón. «Hola, qué tal. Soy el chico de las poesías», me cantaba Alonso, y yo le respondía haciendo un buen twerking.

La cabeza me daba vueltas. No sé decir si era por tanto perreo o por lo pinche borracha que estaba. Entre más noche se hacía más decadente

se ponía la fiesta.

La fiesta terminó, regresé a mi casa, subí las fotos al Instagram y me acosté un ratito. Cuando desperté, me decepcionaron bastante los poquitos likes que tenía. No era para nada lo que yo esperaba. Triste, me puse a ver fotos y más fotos, y me encontré con las de Yuliana, mi excompañera.

Yuliana era una niña especial, de cabello largo y negro y de piel muy clara (hago énfasis en esto porque nuestras compañeras eran güeras, pero bronceadas, y la palidez de Yuliana contrastaba bastante; de hecho, era demasiado «sin color» para mi gusto). Tenía unos labios bien gruesos y la ceja delineada de forma perfecta. No hablaba con nadie. Todas las mañanas la llevaban unos señores de aspecto norteño en una camioneta. Siempre se especuló sobre el oficio de su padre, que según ella era un ganadero y agricultor exitoso.

En una de las fotografías del Instagram, Yuliana estaba vestida con una blusa Chanel, y unos zapatos de tacón realmente muy altos, de esos de suela roja que se ven ultra gatos, pero son carísimos de París; neto, güey, caros. Traía el cabello cubriéndole la cara y empuñaba un arma chapada en oro. Le estaba «disparando» a El Komander. Parecía una fiesta privada. Esa imagen tenía cincuenta mil likes. Sí, cincuenta mil. Entré a stalkearla y me di cuenta que era «superpopular»: ochocientos mil seguidores y sus publicaciones no bajaban de cuarenta mil corazones. Tenía fotos presumiendo toda clase de lujos, botellas de vinos caros, caballos, carros de lujo y ropa de marcas turbocaras. Me cagué.

Yuliana montando un caballo frisón. Yuliana abrazando un león. Yuliana sentada en medio de veinte bolsas de compras de marcas exclusivas: Chanel, Versace, Hermes. Yuliana frente al espejo en bikini, torciendo la cintura, para resaltar sus nalgotas y cadera. Yuliana con un ramo de flores enorme.

Yuliana bailando en un yate. Yuliana en Dubái fumando con un árabe. Yuliana nadando con cerdos en las Bahamas.

Aunque dudé bastante en escribirle, al final me atreví. Le mandé un mensaje directo diciéndole que me gustaban sus fotos. Ella me pidió que habláramos por el WhatsApp y me dio su número. Platicamos todo el día. Me contó que entraría a una escuela de las más caras y exclusivas de la ciudad, se llamaba El Americano. Le dije que justo estaba buscando una prepa y me contestó que le encantaría que fuéramos compañeras. Texteamos muchísimo. Ella me

habló sobre sus ranchos, las avionetas de su papá y las fiestas privadas con música de banda a las que asistía. No sé por qué su vida me atrapó; se me hizo fascinante, era algo tan cautivador comparado con bailar reggaetón y tomar cerveza hasta vomitar. Quedé cautivada y quise ser como Yuliana.

Convencí a mi papá de que me inscribiera en El Americano. Ahí te dejaban asistir con ropa casual, así que quedé con Yuliana en ir de compras. Me invitó a Los Ángeles, y nos fuimos en el avión de su papá, que era pequeño y lujoso.

En LA Yuliana pagó todo: el hotel, el shopping, la comida, los taxis. No me dejó gastar ni un peso. Me explicó que a su apá le había ido bien en un negocio y que en su casa le enseñaron que, si le va bien a uno, le debe ir bien a todo mundo. Eso sí, ella escogió cada prenda. «Mija, te hace falta un cambio de look. Eres muy fresa y, si vamos a ser amigas, tienes que ser más como yo»,me condicionó. Yo acepté encantada, superencantada.

Regresamos de Los Ángeles por la noche y me propuso quedarme en su rancho para que descansáramos y fuéramos a recoger la lista de útiles y el horario al día siguiente. Megaacepté. El rancho del Señor Papá era enorme.

Cuando le pregunté a Yuliana qué tan grande era, me sentí como Simba:

«Todo lo que toca la luz...». Tenía una finca del tamaño de mi casa, y mi casa no era nada pequeña, únicamente para ella. Había seis albercas, una palapa, un escenario para que tocaran las bandas en las fiestas, una cantina con pantalla de cien pulgadas para ver los partidos de futbol, una pista de aterrizaje, caballerizas. Era un sueño. También había decenas de hombres armados, aunque a eso decidí no darle importancia.

¿Cuándo me di cuenta de que su papá era narco? No lo sé, ni me importa.

Alguien que le dice a su hija: «Mija, si nos va bien a nosotros, le debe de ir bien a todo mundo», no puede ser una mala persona, qué más da a qué se dedique.

Conocí a su novio. Conducía un Maseratti. Vestía con mucho lujo, siempre combinaba la marca de los zapatos con la hebilla del cinto; tenía la barba perfectamente delineada; era pachoncito, tipo Gerardo Ortiz, y era un dulce de persona. Yo quería uno así, uno que me

matara un puerco en el rancho y me lo ofrendara como símbolo de amor, que me jalara la banda y me

mandara componer canciones. Un novio que me comprara quinientas rosas solo para recordarme que me amaba.

Pasé el verano con Yuliana. ¿Ya dije que mi papá es diputado? El diputado no puso ningún reparo. Obvio sabía que el padre de mi amiga era gente muy pesada; le valió. «Se ve que son personas muy finas, hasta que haces buenas amistades». ¿Y Alonso? Lo boté. Ya no cumplía con mis expectativas. Yo quería un novio buchón con ropa de marca que no fuera a Zara y que en lugar de tener gatos Sphynx tuviera leones de mascota. «Bebé, ¿qué hago para conseguir un novio como el tuyo?», le pregunté a Yuliana por WhatsApp porque no me atreví a interrogarla en persona. «¿Es en serio, mija?, ¿quiere un novio mafioso? Pues mire, buscan tres tipos de mujeres: las que van a ser sus esposas, que son o hijas de sus socios o niñas bien hijas de políticos.

Las que son sus amantes, que son plebitas guapas y de escasos recursos; las operan a su gusto, les ponen departamento y son como sus muñecas; les dan todo con la condición de que sean solo para ellos y que no les den problemas con sus esposas. Y las mulas, niñas de barrios muy, muy pobres a las que enamoran para que hagan el trabajo sucio; usted sabe, pasar droga o ir de chapulinas con otros manes a sacarles información o hasta para descuartizar. Estas últimas siempre acaban muertas, plebe», me explicó. «¿Y

yo para qué estoy buena?», le pregunté. «Usted me gusta como para esposa de un patrón, está que se cae de chula y es de cuna de oro. A cualquier viejón le conviene tener de esposa a la hija de un diputado», respondió. «Yo no me quiero casar, quiero andar de novia. ¿Qué ocupo para agarrar de novio a un buchón?», seguí. «Ser buchona, como yo. Eso ocupa, plebe».

«Ayúdame a ser buchona, ándale». «Pues véngase al rancho y le doy unas clases».

Se tomó muy en serio eso de convertirme en buchona. Me pidió borrar todo vestigio de mi antigua vida en redes sociales. Eliminé mis fotos de Instagram y solo dejé esas donde estoy de ángel. Me ordenó que cambiara mi perfil a privado para hacerme la interesante. Nos pusimos a ver fotos de otras chicas buchonas en la página de Gente Fina. Yuliana me contaba pelos y señales de cada una. Ella es esposa de tal, ella fue amante de tal y cual, ella es hija de fulano, ella es hija de un diputado como tú. Parecían clones unas de otras: blancas con cintura

de avispa, caderas, nalgas y pechos exagerados; cabello negro, largo y moldeado; los labios mate.

Tres ya estaban muertas. Una murió de causas naturales, es decir, de enfermedad; las otras dos fueron asesinadas. A Claudia los federales le dispararon a quemarropa en un operativo a pesar de que salió del auto con las manos en alto. A Berenice la mató un grupo rival: la subieron a una camioneta afuera del cine, se la llevaron y su cuerpo torturado apareció en un basurero. Se dice que grabaron su asesinato y tortura y le mandaron el video a su novio, que está en prisión.

En dos meses ya era una verdadera buchona: había visto telenovelas colombianas como «Las muñecas de la mafia» y «Sin tetas no hay paraíso».

En dos meses ya sabía bailar bachata, cumbias, banda y norteño de forma espectacular. Dejé los flats y hasta aprendí a caminar con tacones; eso sí que me costó trabajo. Solo faltaba la transformación final. El look.

El cambio de look fue más complicado por mi complexión: flaca, muy flaca, o sea nada que ver con las chavas de cuerpos de escultura renacentista. Es que en mi antiguo círculo eso era de nacas, de gente gata, y estar delgada era signo de estatus. La idea de estar nalgona y tener chichis gigantes me daba

¿disforia? Y además tampoco me gustaba la idea de pintarme el cabello de negro porque, como buena hija de mi familia, estaba orgullosa de ser rubia natural. Lo que sí hice fue ir al spa y pedir un tratamiento para quitar el daño solar, y me pinté el cabello de rubio platinado. «Pareces una barbie», me dijo Yuliana cuando pasó a recogerme a la salida del spa.

Ya estaba todo listo, solo faltaba mi presentación en sociedad. Para eso nos tomamos una foto juntas frente al espejo haciendo duckface y parando las nalgas. Nos la tomamos con su iPhone y la subió a Instagram con mi etiqueta.

De inmediato mis seguidores aumentaron.

Debuté en una fiesta en casa del novio de Yuliana. Fue en un rancho en la sierra. Usaron las cajas de camionetas como hieleras y había chingos de tecates cubiertas en hielo. Amenizaron varias bandas famosas y un grupo norteño. Yo estaba viendo a Yuliana bailar un caballo cuando llegó una caravana. Pura camioneta, digo, troca, lujosa y blindada, ¿ves cómo no soy tan fresa? De pronto Jesús bajó; iba

vestido al estilo italiano, era güero y joven. Nos miramos con coqueteo. Caminó hacia mí y me dijo: «Hola, guapa. Usted está como para escribirle tres corridos. ¿Baila?». «¡Claro que

bailo!», le respondí. Al despedirnos me preguntó si tenía radio y le contesté que no. Me pidió mi número.

Esa noche me tomé una foto en el caballo greñudo y negro azabache del novio de la Yuliana porque, claro, también me enseñó a montar. Sí, todo en dos meses; aprendo turborrápido. La subí al Instagram. Diez mil likes.

La mañana siguiente me llegó un mensaje de voz de Jesús. Era una canción que se llama «Piénsalo». Cuando en la canción se oyó «Te lleno de rosas mis dos camionetas», le escribí: «A ver, oiga, quiero que me llene de rosas sus dos camionetas». «Deme su dirección, mi alma». A la puerta de mi casa llegaron dos camionetas con las cajuelas repletas de rosas. Sí, full, full.

Eran, no sé, dos mil rosas. No, tres mil. Eran un chingo. También me regaló un radio, que para que estuviéramos en contacto.

No te quiero aburrir: nos hicimos novios. A Yuliana nunca le gustó la idea, argumentó que era ahijado de El Comandante, que tenía fama de violento, que ya traía otros códigos, que no era de confianza.

A Jesús lo apodaban El Comandante Junior. Su padrino era el encargado de la seguridad de la empresa, un experto en armamento, blindajes y estrategias de guerra. Era una máquina de matar, un señor que descuartizaba cuerpos con cuchillo cebollero mientras comía palomitas. El Comandante traía un chingo de hombres a su servicio, la mitad de ellos con entrenamiento militar. Jesús era un junior; no tenía idea de nada en la vida y lo único que hacía era gastarse el dinero que le daba su padrino y abusar de su poder. Eso yo no lo sabía.

Nos hicimos novios. Nuestra relación al inicio consistía básicamente en hacer cosas intrépidas y presumirlas en redes sociales: saltar en paracaídas, ir a bucear, tomarme fotos montada en sus leones, bañarme en botellas de Moët y grabar videos para el Instagram. De regalo de diecisiete años, o sea, cuando cumplimos seis meses de novios, me pagó el marcado del abdomen y el aumento de boobies y pompas. No había capricho que no me cumpliera.

Quiero un cachorro de tigre, ahí está su cachorro. Quiero una bolsa Dior, ahí va su bolsa. Quiero un mini pig, tenga su mini pig. Todo me daba. Y yo lo presumía en Instagram. Llegué a tener ochocientos mil

seguidores y mis fotos con El Comandante Junior rompían el internet. Eso era felicidad.

La primera vez que me pegó fue a la salida de un antro. Estaba muy enojado y no supe ni por qué. Me dio una cachetada bastante fuerte y no me acompañó de regreso a mi casa. Me dejó la mejilla morada. A la mañana siguiente ya tenía un ramo de flores con un iPhone en la mesa de la sala.

«¿Qué pasó?», preguntó el diputado. «Es que me bofeteó y me mandó eso para disculparse», le respondí. El chofer de mi papá me dijo: «Habría de regresárselo, señorita, al rato, si se le hace maña, nomás la mata y de qué le va servir que la lleve al panteón en una carroza de lujo». Mi papá le gritó que se callara, que por eso no iba salir de jodido.

La segunda vez que me golpeó fueron dos puñetazos y un jalón de greñas; me envió la tienda Versace entera, literal. Zapatos, bolsas, vestidos, un chingo de cosas. La tercera, la cuarta, la quinta. Iba de menos a más y yo estaba en estado de indefensión, atrapada. Un día tomé valor y le grité que ya estaba harta de sus golpes y de los regalos que los seguían. «Le voy a contar a mi papá», lo amenacé. Con tono cínico me contestó: «No me vengas con pendejadas, pinche estúpida. Él sabe que mi gente se dedica a colgar contras de los puentes, a disolver en ácido a culeros, ¿y qué hace? Nada. ¿Crees que me va meter a la cárcel por ponerle sus madrazos a una puta como tú? Estás pendeja, mija». No sé por qué no lo dejé y tampoco sé por qué jamás le conté a Yuliana.

La noche de mi muerte íbamos a tener una velada romántica; el plan era pasar en su penthouse el fin de semana. El primer día sucedió algo. Jesús era muy celoso, al grado de que, si yo contestaba el mensaje de algún hombre en Instagram, me golpeaba. Es más, bastaba con que volteara ver a alguno de sus escoltas para que me insultara. Ese día fue a comprar unas botellas de vino y me dejó sola con El Pelón, su empleado de confianza. Cuando regresó, yo estaba en la alberca y El Pelón me estaba arrimando una cerveza.

Jesús sacó la pistola y le disparó en la cara. El Pelón cayó al agua. Jesús se metió a la alberca, me sujetó del cabello y me sumergió; estaba tratando de ahogarme. El agua con sabor a sangre me llenaba los pulmones. Su hermano me lo quitó de encima. Como pude me salí y me fui corriendo a la recámara.

Me encerré y le marqué llorando a Yuliana. Ella, muy molesta, me

pidió que me quedara en línea mientras hacía unas llamadas. «Le estoy diciendo que la quiso matar. Él no está respetando los códigos, apá, hay que darle un escarmiento. Para qué me dice que soy su heredera si no puedo tomar una

decisión como esta. Ya no quiero nada, váyase a la verga, apá... Plebita, espéreme ahí, ahorita vamos por usted», fue lo último que supe. Luego todo se llenó de humo, plomo y sangre.

MARIPOSA DE BARRIO

Yandel me terminó por WhatsApp y lo primero que hice fue apretar el cora'

partido que traigo en el pecho. Es la mitad de un corazón que tiene grabado

«Yandel»; él trae la otra mitad que dice «Stefi». En cinco años que llevamos de novios era la décima vez que me mandaba a la verga. Me cortaba cada que conocía a otra. Lo dejé en visto porque no podía escribir y agarrarme del pasamanos del autobús al mismo tiempo. Iba en la ruta 9 y eran las nueve de la noche. Me acababa de subir y venía bien atascado de todas las morras que trabajamos en las zapaterías del mercado.

Entré a su Facebook y ya había cambiado su nombre. Antes se llamaba

«Yandel Esposo de Stefi» y ahora era «Yandel de la Befe». La Befe es su barrio. Nunca había hecho eso, siempre que terminábamos él seguía siendo

«Esposo de Stefi», y las otras, sus queridas. Pinches perras. Perdón, mija, pero me cagan las viejas que andan con casados o juntados; habiendo tanto vato sin novia ahí van con el de una y luego hasta andan de culeras. La Angie me tiraba indirectas en su Facebook. Yo la ignoraba porque estaba panzona y me daba miedo que se me fuera a venir el bebé. Me alivié y me las pagó.

Que me la encuentro en la fila de las tortillas, que me hago un chongo y que la agarro de las greñas; le puse una putiza bien puesta. «Conmigo no se ande metiendo», le grité. La Bertha subió una foto con él y la frase «Tú le lavas la ropa pero yo se la quito»; no me aguanté las ganas y le comenté «Perro es perro y donde le sirvan come». Esa vez tenía tres meses de embarazo y me agüité un chingo, ya era

mucha humillación. Puse en una publicación que iba abortar y llegó Yandel a decir que, si no lo quería, que se lo diera; mi suegra le dio «me encanta» a su comentario, vieja metiche, y mi mamá salió con su

«no necesitas un hombre, el bebé va tener mucha madre, no vengas con pendejadas», «Usted no se meta jefa, este pedo es de los dos», «Es mi pedo porque tienes trece años y porque vives en mi casa mocosa idiota».

Cuando estaba en la cuarentena, Yandel iba a diario a llevarme leche y pañales; como soy menor mi mamá no me dejó irme a vivir con él. Pero, en el tiempo que anduvo con la Perla, duró una semana sin pararse y la culera me envió un WhatsApp con una foto juntos: estaban los dos acostados sin

ropa en una cama mugrienta, acababan de echar pata. Me dijo: «Aquí te lo entretengo socia». Yo estaba recién parida y no tenía ganas de pelear. Nomás le mandé la canción de «Su mujer» de los Chicos de Barrio y la bloqueé. A esa no le rompí su madre porque un día que me vio con mi pequeño en el autobús me pidió perdón, nos pusimos a llorar juntas, nos abrazamos y luego hasta nos fuimos a un baile de los Chicos de Barrio y cantamos la canción que le dediqué y nos reímos un chingo.

Iskender cumplió el año y Yandel se fue pa'l gabacho con su papá; allá duró un año y medio. Año y medio en que jamás se reportó con dinero ni con una méndiga llamada; la verdad lo di por muerto. Total que en una fiesta de perreo conocí a Kevin y entre que «baila morena» y es «noche de sexo, voy a devorarte, nena linda» salí panzona de nuevo. Fíjate que esa vez fue diferente. Con el Iskender desde que oí su corazón sentí bien bonito, y por esta niña, no. Yo me la quería sacar y Kevin me pidió que la pariera y él se la quedaba. El mismo día que la tuve se la llevó y jamás volví a saber de ella. De repente la miro de lejos cuando su abuela la trae cargando en el mercado; me hago güey porque no siento nada de cariño. Es como si fuera una niña extraña, ni parece que salió de mí. Eso del instinto maternal es puro verbo.

Bueno, resulta que estaba platicando con mi papá, que vive en otra casa con su otra familia, y de repente me entró un mensaje de Yandel, era una canción de Pequeños Musical, la de «Mujer infiel». «No mames pinche Yandel.

Pensé que te habías muerto y el muerto al pozo y el rico al gozo». Y que se encabrona y me salió con que ya se iba regresar y ¡sí volvió! Alguien le fue con el chisme de que andaba panzona. Yo le inventé

que la niña había nacido muerta para que no me juzgara de mala madre y hasta lo llevé a una tumba falsa igual que el señor de la canción de los Tigres del Norte.

Te puedo hacer un recuento de las veces que me puso el cuerno y que estando embarazada me llegaba chupeteado; de cuando me rompí la jeta con otras morras por defender mi lugar porque me humillaban mandándome fotos de él besándose con ellas y videos de él bailando cumbias muy contento mientras yo chambeaba doce horas para comprarle la leche y los pañales a mi pequeño, pero las caguamas se ponen tibias y ya no saben buenas. No me hizo muchas, ¡me hizo todas!, y yo aguantaba para que Iskender creciera con

su papá porque quería para él la familia que nunca tuve. Al final las otras siempre eran deslices y la catedral seguía siendo yo. Hasta hoy.

Se desocupó un lugar en el autobús y en chinga me senté. «Yandel si no pretendías nada serio conmigo, me aigas avisado desde el principio. No te cientas amarrado por Iskender. A el nunka le ha faltado nada, para eso yo estoy en la zapatería. No es justo que me traigas de a tú pendeja y andes con Juana y María. Si quieres aquí la dejamos, ahora sí ya estubo» y le mandé la canción de «Tengo que colgar» de la Arrolladora, que iba sonando en el radio. Me dejó en visto aunque seguía en línea.

Pinche Yandel. Me dio un chingo de sentimiento y me puse a llorar. El locutor dijo que iba a rifar unos boletos para el concierto de una chica trans que imita a Jenni Rivera. Estaba bien fácil: a las primeras cinco muchachas que enviaran un mensaje con su canción favorita de Jenni y la razón por la que merecían ir, ganaban. No, pos que pa'pronto mandé: «Basta ya y quiero ir porque el papá de mi hijo me acaba de dejar». Yandel estaba en línea y seguía sin contestarme.

Cambió su foto de perfil. Él con una morra que la neta yo no topaba. Lloré más. «Te pasas de verga culero. Vengo de jalar 12 horas cargando cajas para comprarle zapatos al niño y tú de galán pinche perro. Te odio culero. Vete a la verga». Visto. «Ojalá seas feliz aunque no sea conmigo, eres el papá de mi hijo y no te puedo desear mal». Visto. «Estoy harta de ser siempre tu segunda opción, es mi culpa por aguantarte hasta lo que no idiota». Visto. Publicó en el estado «muy enamorado» y la foto de la vieja. «Yandel no me chingues perro, yo te fui haber ahora que te metieron al tutelar por picar al Chato, no me meresco esto». Visto. «Ya no te voy a molestar Yandel, ni yo ni Iskender te necesitamos». Y le envié «Tu postura» de la Banda MS.

Me acordé de los buenos momentos; habiendo tantos malos recuerdos solo podía recordar los buenos: fue un papá responsable por seis meses para que yo terminara la secu y me llevaba leche y pañales, nos íbamos al baile de la Raza y tirábamos cumbia hasta la madrugada con las rolas de Los Vatos de La Calle. Pensé también en mis errores, en eso de que nomás me enojaba con él y subía fotos en poses sexy con frases como «las cabronas no ocupamos un cabrón», «mi hijo no necesita a su padre porque para eso tiene mucha madre»; me acordé de que les daba cuerda a otros vatos para ponerle sus

picones o de que le tiraba indirectas o de que me ponía peda con mi jefa y le mandaba audios reclamándole que no valía verga como padre ni como novio. Supongo que quería buscar un pretexto para culparme de su ojetez y perdonarlo si regresaba. Estaba a lágrima, moco y baba cuando el locutor anunció a las ganadoras; dijo mi nombre. N'ombre, me emocioné un chingo.

Me bajé del camión a las 10:05 de la noche, corrí a mi casa y subí los cinco pisos del edificio en chinga. Entré y mi mamá me pidió que me callara porque Iskender estaba dormido, pero mi bendi preciosa siempre se despierta para verme. Mi mamá es la que lo está criando y por eso a veces me siento mala madre. Desde los catorce trabajo en la zapatería, entro a las diez de la mañana y salgo hasta las ocho y media; casi no estoy con él. Ojalá de grande agarre el pedo y entienda que lo hice para comprarle sus tenis Jordan y Nike y para traerlo bien guapo y con su refrigerador lleno de Danoninos; ves que luego los hijos somos bien malagradecidos. Cargué a Iskender y lo llevé a acostar; le di besitos en la frente, lo cobijé, «Duérmete, mañana que descanse vamos al cine». «Sí, mami». Y le cerré la puerta de nuestro cuarto.

«Amá, me gané un boleto para ver a la Jenni en jota, me gané un boleto doble. Ándele, déjeme ir que el Yandel me acaba de cortar». «¿Y qué?, ya te vas ir de luchona, cabrona. Pinche ardida, buena habrías de ser para ya mandarlo a la chingada, puras fallas con ese mocoso». «Le juro que ya lo dejo». «Está bien. Nomás no te vayas a desbalagar porque ya te conozco».

«Sí, amá, mañana voy a ir al cine con el niño». «¿Y a quién te vas a llevar?». «A la Carmen, amá. La que era mi compañera en la zapatería».

«¿La güerita que salió en las noticias porque la mandó al hospital su esposo de una putiza?». «Sí, ella. Lo demandó y va a pasar cinco años guardado en el penal». «Mira, apréndele, eso es ser chingona.

Arréglate rápido, pinche luchona». «Cállese que le voy a dar cien más de lo de la semana».

Me vi con Carmen afuera del Palenque. Nos abrazamos y entramos al concierto. Chillé apretando el colguije de mi pecho con una mano y la mano de Carmen con la otra. Jenni cantó «Basta ya» y me quedé sin voz de tanto gritar. Jenni también secó sus lágrimas; sabe qué pena estaría cruzando. Nos alentó a siempre levantarnos y a darle puro para adelante y cerró con

«Mariposa de barrio». Salimos del Palenque, acompañé a Carmen con un

cliente que la estaba esperando en la esquina y tomé un taxi. Lloré mucho en el taxi de regreso a mi cantón. Traía un chingo de sentimiento y trataba de mantenerme fuerte por mi pequeño. El taxista bien metiche, pero, chulada, me dice: «Mija, vienes del concierto de la Jenni y ya estás sufriendo por un cabrón. A la Jenni del Cielo no le gustaría mirarte así». «Tiene razón, a mi Jenni no le gustaría verme así». Me quité el corazón partido, lo tiré por la ventana y saqué mi labial Jornada para pintarme los labios de rojo y «aunque venía llorando, mis alas levanté».

LA SONRISA

Me vine pal norte montada en la Bestia. En mi pueblo ya no había nada pa'mí. Nada. Me vine buscado futuro: me dijeron que en la frontera había trabajo en las maquilas y, ya encarrilado el ratón, podía brincar pal otro lado. American dream, you know. Me monté en la Bestia porque es de a gratis: nomás agarras vuelo, corres, corres, brincas y úpale, yandas arriba.

Claro, si tienes suerte y afianzas bien la pezuña en alguno de los fierros porque, si no, la Bestia te muerde entre sus patas de metal y si bien te va, te mata, porque si no nomás te deja rengo para siempre. Pero la vida es un riesgo y yo me la rifé, qué chingaos.

Yo no tenía ni un quinto: en mi pueblo vivía en la miseria, pinche y jodidota: dormía en una hamaca, siempre traía guaraches de orca pollo y comía puras sobras de pescado. No hay futuro, no. Ni por dónde buscarle, en serio. Mis días eran: levantarme, ayudarle a mi apá a pescar, ir al puerto a vender y regresar a ver la puesta del sol en la playa. Suena bien bonito para un día, para una vacación, pero ya de planta la neta no está tan chido. Yo quería conocer mundo,

comprarme alguito para escuchar música, bailar y gozarla.

No quería morirme viendo la misma arena, las mismas olas y el mismo atardecer el resto de mi vida. Hice mal mis cálculos: perra vida.

En el pueblo me decían la negra. Soy negra, y qué, negrita con tumbao. Puro mais prieto, pelo chino alborotado, afro, me decían en la fábrica. Acá en la maquila me apodaban «la chiqui» porque además de negra soy zotaca.

Zotaca, negra y china alborotada, ahí va un micrófono andante, me carreteaban, las garras de muchachas. A las morras de acá del norte les sorprendía y costaba trabajo entender que soy mexicana, tan negra como mexicana, ¿cómo crees? Se imaginaban que mi amá había engañado a mi apá con algún rapero gringo y que por eso salí mulatita, o que alguna negra me había abandonado en la playa hasta que mi familia me adoptó. N'ombre, si yo soy más mexicana que los nopales, mexica negrita. Brown Sugar, me decían los gringos que me compraban pescado envarasado, en-vara-asado.

La frontera no es lo que una piensa ni cómo la platican. La frontera es un monstruo, una fiera ansiosa de tragar. Y no tiene llenadera: se alimenta de trabajo, sexo, drogas y mujeres, pero eso yo no lo sabía. A mí nomás me dijeron que en Juárez había trabajo: en las fábricas y maquiladoras, y aunque el ambiente estaba bien perrón, la pura pinchiparty loca todos los días, y pues me le dieron cuerda al coco.

Yo no le avisé a nadie: nomas un día agarré y me fui a las vías del tren, agarré vuelo y con mis sueños y me vine hastacá. Juárez es un rancho gigante, me cae. Un rancho con sombrerudos por todas partes, trocas que una ve y dice, este men es narco, ahuevo que sí. Y botas colgando en los cables de luz. Cada rancho exhibe su calzado: allá en la costa las chanclas, cuando pasé por la provincia colgaban tenis, y acá avientan las botas vaqueras, qué cura. Las personas somos bien botanas. Pero acá en la frontera también se cuelgan cruces rosas, en memoria de las muertitas de Juárez, y hay más carteles de morritas desaparecidas que bailes, eso me dijeron.

Mala suerte la mía, yo que vine buscando bailes me encontré con un desierto cabrón que se devora a las mujeres, que las hace pedazos, que las desaparece, que se las traga. Nadie sabe, nadie supo. Pero a mí nadie me cuenta las muelas.

En la Bestia conocí a una colombiana bien bacán. Traía un chingo de cumbias en su celular y las escuchábamos juntas pa'pasar el rato: ella

me compartía un audífono y cuando la velocidad bajaba y el terreno no estaba tan serreño bailábamos, sí, sí arriba del vagón, burlando a la muerte, al final de cuentas ya cruzando medio México en un tren, por la ruta de la muerte, ya la medio andábamos burlando. Cuando digo esto recuerdo que la colombiana y yo bailábamos bien sabroso, pura cumbia, bien bonito, como burlar a la muerte para no caer en manos de los narcos, asaltantes o padrotes, eso era burlar a la muerte en serio. Bailar arriba del vagón era celebrar a la muerte que nos la andaba pelando, al menos por hoy. Mientras la cumbia sonaba, la muerte no era, solo era el baile. La colombiana me dejó en Juaritos y ella siguió su camino en busca del sueño americano. Yo me instalé con mi tía, mi tía vivía en un cuartito en la mera orilla de la ciudad. Ella fue la que me sonsacó, qué vida esperas allá, no te vas convertir en sirena, mejor vente para acá conmigo, y me fui.

Trabajar en la maquila es como ir a la escuela de otro modo. Yo trabajaba en el turno de la madrugada: entraba a las cuatro de la tarde y salía a las cuatro de la mañana, cuando los gallos todavía no cantan, pero los buitres sí. La maquila a veces parece una cárcel: todas con uniformes color caqui, en chinga, produciendo, sacando para ganar el bono de la productividad, en chinga y ganar unas horas extras y agarrar una lanita para pagar la tanda, en chinga para tener un día de descanso e irnos a bailar.

Yo me la pasaba bomba: sabía que trabajar en la maquila era un riesgo porque una sabe, de oídas, que casi todas las muchachas desaparecidas son maquilocas. Así nos dicen a las trabajadoras de las fábricas, «maquilocas», que andamos de voladas con los camioneros, o que nos desbalagamos, pero no es cierto, o sí, pero se siente gacho que los vatos nos digan «maquilocas».

Yo la mera, mera verdad, era bien loquilla, me chingaba trabajando y me lo merecía. Me gustaba irme a los bailes, comprarme mi ropita coquetona, pintarme mi boquita de rojo. También me llevaba con los compañeros de trabajo y me besuqueaba con los vatos que conocía en los bailes, lo que sí es que no era de cantinas: lo mío eran los bailes, qué le voy a hacer, sí me encanta la música, los vatos y el bailongo sabroso. Me chingaba trabajando, a veces, neta, hasta sin tomar día de descanso, a destajo, doble producción y la chingada, para una vez al mes ponerme mis botas de tacón, mis pantalones de mezclilla bien apretaditos y mi tejana para irme a bailar toda la noche con dos o tres muchachos; me tomaba una o dos cervezas. Tengo diecisiete años, pero ¿a poco por ser una «maquiloca» me merezco lo que me pasó?, ¿a poco yo lo estaba buscando? ¿Tú crees que yo lo iba andar buscando si durante una semana de viaje burlé a la muerte bailando cumbias?

No, mijo.

Lo más cagado del asunto fue que cuando me mataron, ¿o no me mataron?, yo ni siquiera andaba en el cotorreo. Ese día recuerdo que me puse una blusa de los Tigres del Norte porque tenía flojera. También me puse una falda negra hasta la rodilla y unos tenis tipo conchas, bien ridícula, ya sé, pero tenía dos meses sin descansar porque andaba guardando dinero para comprarme un celular y para el área VIP del baile de Intocable y no tenía ganas de arreglarme. Andaba ahorrando, metida en cuatro tandas. Entonces me fui en el autobús de la fábrica para que me arrimara a la ciudad y de ahí no me saliera tan caro. Pero algo salió mal, carajo, condenadamente mal. Cuando subí al autobús iban otras diez morras, pero poco a poco se fueron bajando

hasta que me quedé sola con el camionero, ¡ay, dios mío! Lo recuerdo y me sudan las manos que se convirtieron en mar, sudaban, sudaba mucho, yo estaba muerta de miedo, de nervios. En mis audífonos sonaba el Poder del Norte, la voz nasal del vocalista no lograba distraerme de mi paranoia, ¿o era un mal presentimiento? No supe ni a qué hora el camionero, maldito perro, cambió de ruta. Empecé a rezar, le pedí a dios que solo fuera a cortarle, a tomar una veredita para no rodear, pero no, de pronto no vi nada, solo oscuridad y desierto. Ya valió verga, pensé. Ya valió. El pánico se apoderó de mí y empecé a gritar que me bajara, que a dónde chingaos me estaba llevando que, por su pinche madre, que por sus putas hijas no me hiciera daño. El ojete solo se reía. Paró el autobús. Yo iba hecha bolita llorando, llorando mucho, maldiciendo. Escuché que bajó del camión, pude ver las luces de una patrulla: grité más fuerte, les pedí ayuda, les supliqué, pero los culeros se hicieron los sordos y lo dejaron seguir su camino. Nos perdimos en el desierto. Dio tremendo frenón. Abrió la puerta y subieron otros cuatro culeros. ¿Quieres que te lo cuente?

Me violaron entre los cinco. Se turnaban para violarme. Me amarraron las manos y los pies. Me quemaron con cigarros, me golpearon hasta que se cansaron. Me soltaban y jugaban a cazarme. Me mordieron los senos. Me soltaban y yo corría con todas mis fuerzas, pero eran más rápidos y más fuertes que yo. En cuanto uno me alcanzaba, me agarraba del cabello, me tiraba a la arena y me pateaba, en la cara, en el pecho, con saña.

Yo había oído muchas cosas, que usaban a las morras para hacer pornografía sádica o ritos satánicos para gringos aburridos. No, la neta no. A mí no me grabaron, no eran gabachos, eran vatos mexicanos, podría ser tu primo o mi papá, normales, no juniors ni extranjeros. No

sé por qué lo hacen, no lo sé, pero hay algo de lo que sí estoy segura: que lo disfrutan. Ellos gozaban al verme llorar y suplicar. Se les veía en los ojos, en sus gemidos. Mal nacidos, culeros, malditos. Jugaban a asfixiarme con un paliacate rojo y cuando ya veían que andaba en mi último aliento me soltaban, y luego a chingarme otra vez.

No sé cuántas, por cuántos pitos y manos horas pasé, pero yo estaba muy jodida, madreada, moretón sobre moretón, quemada sobre quemada, golpe sobre golpe. Me violaron con sus asquerosas vergas, con un objeto metálico

y con sus dedos infectos. Cuando se aburrieron y me dieron por muerta me dejaron tirada en la mitad del desierto.

La oscuridad se hizo poco a poco clara. Abrí y los ojos y lo vi: parado junto a mí. «Ya vino la muerte y para acabarla de chingar es vato», me dije. Pero no, no, no era la muerte. Me di cuenta de que no era la pinche muerte porque me pegó un tremendo mordidón en el cuello. Sí, una mordida. Me cargó en su lomo y ya no supe de mí.

Tuve fiebre o algo peor. Quizás me morí y reviví, pero durante mi alucín, valga la rebusnancia, tuve varias alucinaciones, no, más bien varios recuerdos. Me acordé cuando mis carnalitos y yo éramos morrillos y nos dio por orinarnos en la cama. Bien cagado, no sé por qué me acordé de eso o por qué lo soñé más bien, pero nos dio un tiempo por andar de miones.

Estábamos sincronizados, nos orinábamos al mismo tiempo, bien paranormal. Mis papás hicieron de todo, pero nada funcionó. Nosotros hasta ideamos estrategias pipiosas y nada, nada, nada. Al final a mi papá no le quedó otra que bañarnos en la mañana para que no fuéramos todos hediondos a la escuela. A mí lo que más apuración me daba es que ya estaba grande, doce años, y me andaba coqueteando un muchacho y pues pensaba, nomás me roba y el día que durmamos juntos me lo meo y me regresa de volada a mi casa. Estaba en medio de mi drama infantil cuando desperté. No tardé mucho en darme cuenta de que me encontraba en una pinche cueva, una cueva en medio del desierto. Pero al menos estaba viva, había burlado a la muerte, según yo. No sabía que la muerte soy yo.

Vi que estaba amaneciendo y se me ocurrió salir a agarrar solecito, a checar el cuadro, a ver qué pedo. Bad idea. En cuanto el perro sol tocó mi piel sentí como si me quemara, hasta humito me salió, ah su pinchi madre, y que me meto de nuevo a la cueva en chinga. Los demás días fueron terribles, aunque nada comparado con la violación y asesinato,

pero muy jodidos. Mi piel empezó a descomponerse, no solo olía a podrido, sino que se empezó a caer, a caer en hilachas. Todo el cabello se me cayó. Vomité, vomité todos mis órganos, el corazón, el estómago, el intestino, los riñones, el hígado, el páncreas, me cae que los vomité. Con estos ojos que ya jamás se comerán los gusanos vi salir mi intestino por esta boca, todavía con sabor a tacos al pastor. Neta, hasta le jalé pa'que saliera bien. El hígado sabía a sangre, a

sangre fresca: me gustó. Mi páncreas como dulcecito, como a leche de bebé.

¿El corazón? Ese sí no lo escupí, sabe dios por qué.

Luego de vomitar todos mis órganos, perder mi cabello, me volví a morir, te digo que ya ni sé. Cuando desperté, aunque parezca un pinche mal viaje, ya era otra vez yo. No había heridas, ni dolor, ni nada: yo era la pinche chiki en todo su esplendor, pero andaba toda encuerada, bueno casi, nomás con una playera negra. Esos cabrones largaron mi ropa a quién sabe dónde, culeros.

Total, que esperé a que se hiciera de noche, y fui a buscar al Charro Negro, ese men me debía un par de explicaciones. Te digo que agarré camino por el desierto, para mi pinche sorpresa veía rebién en la oscuridad, como si trajera visión ultrarroja, o ¿es infrarroja?, ajá, así bien perrón. No tardé mucho en encontrar un pinche camper en medio del desierto. Muy mona toqué la puerta y cuando lo tuve frente a mí le dije, ¿qué pedo?

El Charro Negro me dijo algo bien cagado, me dijo que burlé a la muerte y logré regresar. O sea que esos culeros no lograron matarme, me dejaron agonizante y este güey con algún tipo de brujería extraña logró atrapar mi último aliento y detenerlo y hacerlo eterno. Yo pienso que la materia no se crea ni se destruye, solo se transforma. ¿De qué te ríes?, me veo pendeja, pero acabé la secundaria. La cosa es que el Charro Negro me dijo que mi cuerpo había desarrollado la capacidad de curarse a sí mismo, pero que para lograrlo era necesario consumir sangre, no de humano, porque con esa se cruzan los cables y te salen ronchas, pero de animal que le daba vuelo a la capacidad regeneradora de nuestros cuerpos y cualquier herida. Primero se iba a descomponer para luego resurgir triunfante bailando cumbia de las cenizas. Perrón. También me habló de la visión un poco más chingona, el olfato y el oído más al pedo y la fuerza sobrenatural. Esto debe ser un alucín, pensé. Pero no, neta no. Quizás por el sufrimiento me convirtió en mártir y ahora dios se estaba poniendo al corriente y me había dado superpowers o quizás es que la vida me andaba dando

la oportunidad de cobrármelas. Y

bueno, como dios no les da alas a los alacranes, nos dio un perro defecto, el sol. Una pinche alergia bien cabrona al sol. Entonces había que actuar de noche.

Para no hacerte el cuento largo, el Charro Negro me pasó el chisme de todo lo que había que saber de los no-muertos, la mutación de sobrevivir al

sufrimiento. Me dijo que si la sangre de cuervo es amarga, que si para entrar a algún lugar nos tienen que invitar. Ya luego me vieras en las tiendas de ropa de Juaritos preguntando a las morras, ¿oye, puedo pasar? Y con lo mamonas que son algunas, nomás me respondían sí, y no, yo necesitaba que me dijeran, puedes pasar, o te invito a pasar. Fue una batalladera, pero la conseguí, mi blusa de los Tigres del Norte, una igualita a la que traía el día que esos hijos de la chingada se pasaron se lanza.

No sé cómo vergas le hice, pero usé mis artimañas femeninas para convencer al charrito pa'que me ayudara a vengarme. La verdad es que tampoco me costó mucho trabajo. ¿Te dije que el morro tenía un hobby entre tierno y aterrador? Le gustaba recolectar los huesos de las mujeres asesinadas y los acercaba a lugares donde pudieran ser encontrados con facilidad. Le pregunté por qué con súper poderes jamás detuvo a los asesinos, o los mató o les hizo algo. Me dijo que estaba esperando una mujer que pudiera hacerlo.

El morro, bien paciente, me acompañó por todo Juaritos a comprar mi falda de mezclilla, mi playera de los Tigres y mis conchas. Vi mi rostro pegado en un poste. Decía: Se busca. Me dio harta tristeza imaginarme a mi familia buscándome, a mi tía contando los días. En ese momento ya eran seis meses sin que nadie supiera de mí, si vivía o moría. Me ganó la tentación y le dibujé un globo de historieta a uno de los carteles: «Me la pelaron, estoy viva y me los voy a chingar». El charrito me miró con una sonrisa con la que jamás lo había visto sonreír. Entré a un baño público, me puse mi playera de los Tigres, mi falda y mis tenis, me pinté la boquita de rojo. Me miré al espejo y aunque no vi mi reflejo sabía que era yo misma, la que salió de la maquila aquella madrugada, la misma, aunque muerta y expulsada por el desierto, no devorada, me vomitó a la chingada. Sonreí. Salí del baño y sonaba el grupo Cañaveral. Me detuve para bailar, bailar como bailaba con la colombiana arriba del vagón de la Bestia, era ese momento en que te burlas de la muerte mientras no la burlas, pero tú crees que sí.

El Charro Negro me acompañó a la parada del autobús. Reconocí el número de inmediato: 495. El camión detuvo su marcha, subí en grupo junto con otras morras y el camionero ni me notó. Me senté al final, lo suficientemente escondida para que no me viera bien, pero no tanto para que supiera que ahí

iba. Tuve un dèjá-vu. Desvió su camino, se detuvo con una patrulla. Agarró camino por el desierto, frenó. Se subieron los otros cuatro. Salí a su encuentro, uno de ellos me reconoció de inmediato, mi playera de los Tigres y mi pelo afro me delataron. ¿Es una broma, pendejo?, le dijo al conductor.

No les di tiempo de decir nada, nada. Me acerqué poco a poco, vi sus caras de pánico, uno de ellos se orinó encima de la impresión, pinches idiotas, les gusta llevarse, pero no se aguantan. Tenía miedo, el cuerpo tiene memoria, pero me lo tragué. Sonreí enseñando mis colmillos afilados.

LENTEJUELAS

El día anterior cayó tremendo aguacero y las nubes negras auguraban, como la Mhoni Vidente, otra tormenta. Yo esperaba en una esquina polvorienta alumbrada nomás por los relámpagos. ¿Qué esperaba desperdiciándome bajo el frío, loba? No sé. Tal vez a un anciano rabo verde, un político aburrido o a un mayate cualquiera. O quizás, tan solo un resfriado por aferrarme a la putería. Pisaba con mi bota en tacón dorado y punta desgastada un charco de agua para no ver mi reflejo. Me recordaba lo que fui, lo que no quería volver a ser. Me llevé un cigarro a mis labios de silicona, saqué el humo con un suspiro y miré de un lado a otro. Sentí el pinche frillazo y pensé en las que ya no son, esas de lentejuelas que quedaron en un tiempo muy atrás, cuando no había soledades largas bajo cielos descoloridos. La noche era fría, como panocha de pingüino, y yo esperaba, loba.

Los recuerdos hacen que el tiempo camine de prisa. Recordé los días cuando agarraba los vestidos a mi hermana y jugaba a ser Selena: me ponía una peluca negra, me delineaba los labios con el lápiz que mi mamá usaba para dibujarse la ceja y luego me los rellenaba con un gloss color palo de rosa.

Mi mamá se encabronaba y me amenazaba con meterme al ejército: «Tú qué vas a saber de maquillaje, cabrón», me decía. «Sigue con tus joterías y te voy a mandar con los soldados a que te hagan

hombrecito, baboso».

Pese a la amenaza militar seguí cantando con mucho sentimiento como la flor como la flor con tanto amor, tanto que mis vecinas le dijeron a mi mamá que me rentara para amenizar fiestas infantiles. La señora aceptó, me rentaba, pero para cantar el Ratón Vaquero. Ella quería un charro, pero le salí escaramuza y muy mona me pintaba los labios, me ponía una mascada roja en el cuello y un clavel en el sombrero vaquero antes de salir al escenario, porque artista soy desde «machito». Además de artista siempre fui medio inventada: a las niñas de mi salón les gustaba Paulina Rubio y algunas hasta usaban agua oxigenada para teñirse el greñero de güero. Yo siempre pensé que pintarse el cabello de rubio siendo morena iba contra la voluntad de dios, y además, tú y yo sabemos que pintarse el cabello con sobrantes de

decolorante es lo más naco y vulgar que hay en el mundo, no hay que andar de pueblerina, loba. Y por si fuera poco eso de cantar Mío, ese hombre es mío, con otra, pero mío me daba ñáñaras. ¿Con otra, pero mío? ¡Nombre!

Una nunca debe ser plato de segunda mesa, nunca. Yo siempre fui más de Selena porque perra, morena, reptileana e inalcanzable. Pero, a la señora nunca le gustó la idea de que me sintiera la reina del tex-mex y me aventaba la chancla para espantarme los malos pensamientos: «Tú eres cabrón, Julio», me decía. «Cabrón». Y me mandaba a ver películas de Mario Almada y Vicente Fernández. Hizo de todo para sacarme de la cabeza la idea de «ser mujercita». Me organizó maratones que iniciaban con la Banda del carro rojo y terminaban con los Tres García. Me metió a clases de lucha libre y charrería. Se fue caminando al santuario de la virgen de las causas imposibles para pedirle el milagrito. Me vistió estilo Pedrito Fernández: con pantalón vaquero, botas y tejana, ¡qué cruz! Todo fue inútil. Yo soñaba con usar vestidos de licra pegaditos, pegaditos, pegaditos al cuerpo y zapatillas de tacón del quince. Hice mis heroínas a Lola la Trailera, Alicia Villareal, Ana Bárbara, Priscila y sus Balas de Plata y Selena Quintanilla para soportar el dolor de los golpes. Mi mamá pasó de los chanclazos al cable mojado y a las súplicas: «Jotito, sí, pero vestida no, Juls, por piedad». Por eso me fui de mi casa. Para que nadie me diera de chingadazos por ponerme calzones con esponjas, pintarme los labios de rojo y dejarme crecer el cabello hasta la cintura. Para que nadie me dijera cabrón por ser una cabrona.

La espera terminó cuando una troquita muy cuquis se detuvo frente a mí, me incliné a la ventanilla. Dentro, un joven de unos dieciocho

años, perfumado y carita de pendejo me miró con impaciencia. De mi boca carmín salieron unas finas palabras que aprendí de una canción de putirecords: Como yo la mamo, como yo la mamo, nadie te la mamará. Entiéndelo, nadie te la mamará.

Porque yo la mamo con la fuerza de los mares, yo, la mamo con el ímpetu del viento, yo. Todo esto mientras me contoneaba luciendo mis curvas y el vestidazo carísimo de París. El joven me miró sorprendido. Te diría que se quedó con cara de pendejo, pero esa ya la traía. Subí a la troca y esta se detuvo seis cuadras más adelante en una construcción de paredes estilo la Emperatriz Carlota, donde yo ya era parte del inventario: Motel El beso negro.

Dentro de la habitación permanecimos una hora. Ni más ni menos. Durante ese tiempo, él tuvo la oportunidad de experimentar todo eso que los hombres solo ven en películas pornohardcore. Lo que no le proponen a la vieja ni a la querida y lo que ni siquiera presumen con sus amigos más íntimos porque se les desmorona la masculinidad, pues la masculinidad es como un mazapán, bien frágil, loba. Soy esa posibilidad. Prestaba mis servicios para satisfacer los deseos más puercos, banales o absurdos que pueda tener mi cliente en turno. Anal. Lluvia dorada. Anal extremo. Coprofilia, todo con un costo extra dependiendo de la dificultad. Este cliente, bastante conservador, solo pidió lo tradicional; una mamada y una buena cogida. Me pagó con un cheque al portador que ya incluía mi propina y lo del taxi. Le di un beso de despedida.

Salí del lugar y me encaminé a casa bajo la lluvia, no me gustaba tomar taxi.

Nunca supe de dónde salió un carro negro con cuatro cabrones a bordo. Me siguieron varias cuadras gritándome babosadas «¡Mamacita! ¡Con ese culo has de hacer bombones!».Yo los ignoré y caminé en plan diva. Ellos pasaron de las vulgaridades a los insultos: «¡Pinche perra, te das mucho tu paquete!

¡Ni que estuvieras tan buena, pendeja!». Enojada, volteé y los insulté, pos qué se creían esos chichifos. El conductor paró la marcha y bajó del auto:

«Te voy a enseñar a respetar, pinche perra», me dijo. Me dio una cachetada.

Con harta furia le regresé el golpe y le escupí la cara. Bajaron los otros. Me empezaron a golpear entre todos, montoneros y culeros, los

muy machos. El silencio retumbaba en las calles y el único sonido que irrumpía violentamente era el de los golpes sobre mi cuerpo. Perdí el conocimiento.

Apenas sentí cuando me subieron al auto.

El día que me mataron iba vestida como reina. Como Cleopatra en Roma.

Durante mi temprana adolescencia podía cobrar hasta cinco mil pesos por palo. Mis clientes favoritos eran los sacerdotes y políticos, pagaban bien y no espolvoreaban el pedo si se me ocurría tomar otros cinco mil de propina, acá de mi inspiración. Con el dinero que gané de los dieciocho a los veinticinco años, me puse tetas y nalgas, me afiné la mandíbula y me acomodé la nariz. Mi cabello era natural. Largo y negro, como una cascada de Coca-Cola. Mi piel color canela, y la bronceaba una vez al mes para que conservara su aspecto dramático. Soy hermosa, loba. Hermosa y exótica. Era una flor entre magüeyes. Una figura de Cleopatra en tienda de baratijas

chinas. Rarotonga en la selva de concreto. La reina del tex-mex de la avenida acueducto.

La última noche que sentí el frío de noviembre y que esperé con impaciencia me maquillé mientras escuchaba a putirecords. Delineé mis grandes ojos cafés y me pusé unas pestañas postizas enormes. Piqué tres veces mis labios con un alfiler y los pinté de rojo para lograr un efecto Selena. Canté: Y en mis besos de silicona, pongo mucha pasión. Mi cuerpo a tu disposición. Me gustaba provocar y era experta. Esa noche llevaba un vestido negro de encaje y unos zapatos muy altos y muy rojos. Un bolso muy discreto en forma de corazón. Guarra, me siento como una guarra, en tu cama dejo mis bragas, con perfume de christiandior. Caminé por la calle sin escuchar lo que la gente decía a mis espaldas. En diva y perra como siempre.

Cuando mi cadáver fue encontrado nadie me llamo Julia, fue como si un pedazo de plástico con una fotografía valiera más que una vida de transformaciones. Un mujercito fue encontrado desnudo y brutalmente golpeado en un lote baldío. Un hombre vestido de mujer fue ultimado a golpes. El cuerpo de un transexual fue localizado sin vida en un predio abandonado, el domingo por la mañana. ¡Alerta, Alerta mataron a un mariposón!

Me clavaron un desarmador en el cuello. Vestido de mujer. Me violaron.

Presunto crimen de odio. Me torturaron. Se hacía llamar Julia. Mi cuerpo fue hallado boca abajo, semidesnudo y con heridas en los senos. Le quitaron las chichis postizas. Me cortaron la cara. Con heridas en el rostro ensiliconado.

Los vecinos dijeron que me dedicaba a la prostitución, que salía de noche vestido como mujer. Tenía seis puñaladas en la garganta, y tres en el abdomen. En mi cuerpo se encontraron indicios de agresión sexual, pero el perito dijo que mejor me hicieran pruebas de VIH y drogas. Me asfixiaron.

Alarma, Alarma, asfixian a travesti con su propia tanga. Ácido en la cara. La muerte no es glamurosa, porque no es de lentejuelas. Vestido negro manchado de sangre.

Desperté muy aturdida sin saber qué pedo. Miré de un lado a otro y di tremendo grito al ver mi cuerpo tirado en medio de un montón de basura. Me acerqué lentamente y confirmé mis sospechas: estaba muerta. Esos pinches mayates me mataron. Tomé mi mano ensangrentada y me lloré un ratito. Un

«¡Vámonos hija, que se hace tarde para la fiesta!» se escuchó en medio del canto de los grillos. Volteé la mirada y ahí estaba Paola, venía acompañada de Susi Pop, Brigeth y Diana Sacayan. Me despedí de mi cuerpo, me sacudí polvo del vestido, las tomé de la mano y caminamos juntas en la oscuridad de noviembre.

Y miré la noche y ya no era oscura, era de lentejuela.

CULO DE PAJA

Mi amá Hortensia nació con un don, fue la primera de la familia. Tenía el don de la sanación. Te curaba si le lamías los piececitos. No fue ella la que lo descubrió, ni su madre, que vendría a ser mi tatarabuela. Fue una vecina.

Doña Juana estaba convencida de que ese color blanco como la leche de sus ojos y piel y pestañas y cejas y cabello, era un don de Dios. Entonces la ponía de que «Mija, bendíceme esta cadenita roja para acarrear dinero» y de que «Azótame con este pirul y rézame para el mal de ojo». Sí le arrimaba la buena suerte, pero nada que no le diera bendecirse a sí misma. Lo otro fue un milagro, comadre.

Doña Juana traía un zumbido en los oídos y un dolor de cabeza que

nuestro señor guarde la hora. Cuando andaba pasando por la vela a mi amá, para curarla de un susto, sin querer le quemó los pelitos de una pierna y para contentarla le empezó a morder los pies y ¡no va siendo que de inmediato se le quitó todo malestar y jamás volvió! «¡Te dije, Cuca, ¡tu niña es milagrosa!», le dijo a mi tatarabuela, y en friega se organizaron para ponerle una capilla. En el cuarto de consultas de doña Juana acomodaron una cama individual, la vistieron con un edredón de encaje blanco y rosa pastel y adornaron con flores blancas y palomas de plástico toda la base de metal.

Acostaban ahí a mi amá con su vestido de raso azul cielo. Pedían cooperación voluntaria para que la gente le chupara los piecitos y recibiera la sanación.

La fama de mi amá se extendió por toda la región, venían gentes de aquí y de allá a ver a la niña bruja de nieve que curaba enfermedades. No había enfermedad que no aliviara ni bicho que no expulsara, pero cuando llegó la edad de la punzada mi amá resultó ser una antorcha encendida y, como motosierra, no dejaba palo parado. Esto no menguó sus dones, pero sí la confianza de la gente en lamerle las patas. Y es que, comadre, no es lo mismo lamerle los piecitos a una niñita con olor a pan dulce que a una muchacha que huele a siete machos y trae las uñas coloradas.

Ante la emergencia doña Juana le enseñó a hacer limpias con huevo, vela y pirul. También la enseñó a leer las cartas españolas y a hacer amarres blancos y negros. Cuando Dios nuestro señor llamó a doña Juana a su reino, ella le heredó sus bienes, bastante generosos, su changarro y conocimientos a mi amá, mi amá los enseñó a mi otra amá y mi otra amá a mí.

Con el dinero y conocimientos de mis amás me convertí en una bruja exitosa: juntaba amantes y desjuntaba matrimonios. Ganaba alcaldías para políticos y adelantaba muertes de enfermitos. Mi sobrina me llevaba mi página de Facebook y tenía 4.5 estrellas y hartísimos seguidores. La mejor bruja de la región. Amarres de todos los colores. La amiga de todos los Santos; la que te consigue los mejores tratos con el chamuco. Te caso, te divorcio, te hago ganar morralla, te mato, te quito del camino y te vuelvo loco a quien quieras.

Garantizado. Tienes al amor de tu vida arrastrándose como perro atropellado en menos de setenta y dos horas. Te firmo ante notario que con este tecito de toloache y veneno de viuda negra los terrenos de tu abuelito son tuyos, no más peleas navideñas. De una tradición de brujas, yerberas y curanderas: la nieta de la niña bruja de nieve.

Mis problemas empezaron con la llegada de la Teresa, la vecina. El problema inicial fue por la barda que divide su casa de la mía. Haga de cuenta, comadre, que cuando mi amá me heredó todo lo que había heredado de mi amá y de mi otra amá, yo vendí todo y me compré un terreno en esta colonia. Finqué mi casa, pero me sobró un cacho de terreno que se mezcla con el terreno del vecino. El dinero me alcanzó para poner la mitad de la barda y la otra mitad quedó de ponerla él, pero nunca la puso y nunca tuvimos problemas porque era una gente muy limpia y muy decente. Pero la Teresa es otra cosa. Esa es una muchacha puerca que tiene tres perros que se me brincan al patio y me hacen un cagadero. Ella según se acomedía a limpiar la cagazón, pero su presencia me incomodaba. Sus pelos chinos de rarotonga, su piel tan oscura y su olor como a limón y anafre de copal, me daban ñáñaras. Verla en mi patio limpiando las cacas de sus cuchos me ponía como energúmena.

Entonces empecé a hacerle la brujería. No creas que me fui luego luego a lo oscuro, no. Primero fue a la buena de Dios: se la dediqué en novenario a San Judas Tadeo. Le ofrendé ayunos al Santo Niño de Atocha. Me vestí como

Santo Toribio un mes. Ningún ritual blanco autorizado por la Santa Iglesia Católica sirvió. Ni Dios ni la corte celestial pudieron hacerla entrar en razón. La chamaca seguía montada en su macho: «Que esa barda no me toca a mí, señora».

Entonces pasé a la encomendación a entidades oscuras, le dije a mi sobrina que le agarrara una foto de su Facebook y me la imprimiera. Pos la pegué en una manzana verde y se la dejé a mi Santa Muerte Roja. Nada. Ella con su acento de otras tierras me decía: «Oiga, pero si le limpio la caca de mis canes, qué más quiere, vieja gonorrea». Ni la Santa Amarilla, ni la Verde, ni la Negra me ayudaron.

Luego traté con los amarres blancos, rojos y negros. Le puse su nombre a una vela, la cubrí con miel y canela y la prendí e hice oraciones para dominar el juicio: «Tranquilidad no has de tener, hasta que pongas la chingada barda o tires a tus perros o te largues a tu país».

Repetí el proceso con velas rojas, verdes y negras. Nada. La amarré a una rana y la enterré en una maceta en luna cuarto menguante. La enterré en las vísceras de una gallina negra y la sepulté en el monte con la luna en cuarto creciente. Nada.

La chingada muchacha disfrutaba con verme encabronada: «Ay, doña

gonorrea, estése tranquila, fresca, que yo no le hago quilombos por su quemadera de yerbas y sus brujerías, qué le hacen mis perritos, señora tan berraca». «Mugrosa, lárgate a tu pinche rancho o ponme una barda». La desesperación me hizo recurrir al alto vudú. Compré una réplica humana en el mercado de las hechicerías, le robé un calzón de su tendedero y la fui a sepultar al cementerio. Nada. Ella seguía moviendo su culo gordo al ritmo de Daddy Yankee mientras limpiaba las mierdas de mi patio. Pero se dio cuenta de que le robé unos calzones y me dijo lo que vendría a ser una amenaza: «Vieja bruja, no juego con fuego si tiene el culo de paja».

Mi penúltimo recurso fue la magia de los muertos. Es alta brujería que solo debe usarse en caso de emergencia. Esto era una emergencia. La magia de los muertos es de que agarras de las cenizas de un ancestro, haces la invocación y luego le das a tragar las cenizas a tu adversario. El alma de tu difunto entra en el cuerpo de la víctima en forma de cenizas y se apodera de

su juicio, orillando al suicidio. Se las preparé en un huevo con chile: «Mire, vecina, ya no quiero ser tan fea de modos con usted, le traje una ofrenda de paz», le dije. Se los devoró como la muerta de hambre que es y me dijo:

«Gracias, qué bacán, le voy a preparar un tecito para los achaques de la menopausia». «Cabrona, prieta, desgraciada, menopaúsica tu abuela, culo gordo», pensé. Nada. Ella feliz como una condenada lombriz de agua puerca, comadre.

Mi último recurso fue recurrir al mismísimo señor de las Tinieblas. Solo en tres ocasiones había tenido que entenderme con él. Para que un político del PAN ganara la elección, para mandar al cementerio a mi difunto esposo, para expulsar un demonio del cuerpo de un chamaco, y esta, que era la cuarta.

Dibujé una estrella de cinco puntas con sangre de gallina negra en el piso de mi sala, puse un círculo de sal rodeando la estrella y una veladora negra en cada punta. Me desnudé y bañé mi cuerpo en agua de rosa, me comí un pedacito de peyote y empecé a invocar: Estrella de la mañana, lucero de la noche, ángel engañador, ángel caído, manifiéstate. Prendí un anafre y le puse jengibre porque el cabrón demonio es apestoso y su peste me pone de nervios.

La primera vez que respondió a mis llamados llegó vestido de charro negro, la segunda de catrín, la tercera de Juan Gabriel y esta vez, ahí estaba, con unas botas de avestruz, una camisa dorada, un diente de

oro, sombrero y una pistola abrillantada. «¿Pa'qué soy bueno?», me dijo, mientras el disfraz de vaquero se derretía como cera y quedaba a la vista su lomo rojo peludo, su pata de gallo y sus cuernos de chivo. «Quiero que te lleves a tu reino o a su rancho a la caraja de mi vecina la Teresa. Cuánto me cobras y por qué tanto por una negra», le dije. «Fíjate bien: vas ir al mercado y vas a comprar una maceta de planta de menta y otra maceta de unas flores bonitas, esas te las dejo a tu criterio porque yo no sé de cosas bonitas, vas a ir a la casa de Teresa y vas a dejar las flores y la maceta en el cuarto que tiene la puerta verde olivo y te vas a traer una vela morada que está en el piso», me contestó el condenado chamuco. «¿Y tú para qué chingaos quieres eso?».

«Para que sí. Regreso mañana por mi encargo», y se esfumó en medio de una llamarada de fuego.

Para que el político del PAN ganara la elección me salió con la babosada de que quería un chivo negro, fresco y muerto. Le dije que no fuera corriente, que el chivo negro era mencionado hasta en el libro de San Cipriano, que me pidiera algo más arriesgado, más caro, que no fuera baratero: ¡eres el Señor de las Tinieblas, chingado! Él, trepado en su macho, me dijo que exigía un chivo negro. Regresó en una semana y me ordenó que rasurara al chivo, lo destazara y que lo pusiera a cocinar con yerbas de olor. También me pidió una salsa de chile de árbol y un barril de cerveza oscura. Se comió al chivo negro en una birria bien picosa mientras me hablaba de lo difícil que es ser el Señor de las Tinieblas.

Para acarrear a mi difunto esposo a las profundidades de la tierra tuve que ir tres meses a los cultos de oración de la iglesia protestante más popular del pueblo y luego explicarle en palabras que no lo exorcizaran por qué son tan exitosas. Le dije verbo más verbo menos, que predicaban éxito, prosperidad, perdón a todos los pecados y superación personal. Se puso muy triste y me dijo que eran tiempos duros para las huestes de la maldad.

Para expulsar a uno de sus achichincles del cuerpo de un chamaquito se puso más picudo. Me pidió las perlas de la virgen, comadre, no es broma, me pidió que fuera al templo del pueblo y me robara las joyas que tiene puestas la virgen del Altar Mayor, y de paso todo el vino de consagrar. Tuve que pedirle esquina al mejor malandro del pueblo y cambiarle las joyas y vino por una intercesión ante Jesús Malverde. El chamuco dijo que restregara las joyas de la virgen contra el cuerpo del chamaco para expulsar a Aztaroth y se esfumó dejándome las joyas, pero llevándose el vino de consagrar.

Pero, ¿eso? No entendí para qué o por qué.

Aprovechando que la Teresa trabaja todo el día fui a meterme a su casa. Me sorprendió: las paredes blancas, limpias, olorosas a Pinol. No me imaginé que fuera tan higiénica, muy limpia, comadre. Me metí de fisgona a su clóset y pura ropa blanca almidonada, me salí y en chinguiza entré al cuarto de la puerta verde olivo. Ni te imaginas lo que encontré: en medio de las paredes blancas había una estatua como de un metro ochenta. Era un señor negro, negro de raza negra. Traía rastrojos en el cabello blanco y la cara pintada como calavera. Usaba un traje color guinda con sombrero de copa y tenía unos ojotes rojos rojos, como mariguano. Estaba rodeado por ofrendas y

velas. Dejé las macetas y tomé la vela morada del piso. Me sonrió y sentí como que algo frío me bajó de la cabeza a los pies y me subió en forma de calor. Le di un beso en la mano en señal de respeto y me regresé juida a mi casa. Entre brujas no nos azotamos las yerbas. Mañana que venga el chamuco le daré la vela morada y le diré que mejor me ponga la barda.

LA HUESERA

I

Tuve la intención de escribirte todo esto en tu muro del Facebook pero recordé que te parecía lo más idiota y cursi del mundo. Una tarde llegué a tu casa con taquitos de colores de doña Bigotes y te conté que había llorado toda la madrugada con los mensajes que Alejandra le dejaba a su hermana en su muro. Me dijiste que eso era más cursi que una fiesta sorpresa con globos.

«El día que su hermana le de like a una de las publicaciones, esa Alejandra se va cagar del miedo», remataste. Entonces por eso te escribo este diario, bitácora, no sé cómo llamarlo.

Me siento de la verga cada vez que en mis recuerdos del Facebook aparece una publicación donde me etiquetaste. Los memes, las borracheras, nuestras canciones favoritas mantienen vivo tu recuerdo, pero son dolorosos. He presumido que tú eres la única persona a la que le he dedicado canciones, tú sabes que no me canso de exhibir lo patética que puedo llegar a ser, entonces confesé en Face lo de las cosas y simples, y peor aún, la de PXNDX, qué oso, ¿verdad?

Extraño un chingo, pero neta, un pinche chingo, cómo me perreabas y los memes donde te burlabas de mi intelectualidad, y cómo me chantajeabas con los videos que tenías en tu celular donde estoy bailando cumbias como chola pesada. ¿Te acuerdas que fue en la Feria? Éramos bien borrachas, y ese día nos quedamos sin dinero, y andábamos buscando un puesto de comida súper barato para bajar avión y fuimos a dar al área chola, había un puesto de tortas de carne extraña que costaban dos por treinta pesos. La gloria, la pinche gloria, y lo mejor de todo es que no daban diarrea. Ya estando ahí fuimos a ver cómo estaba el cotorreo en los antros-homies, tú les decías congales. Y pues quién sabe cómo terminé bailando cumbias. No me di cuenta de que grabaste hasta que me publicaste en Facebook: tengo unos

videos tuyos haciendo el ridículo. Trae dos litros de pulque y tres quesadillas de doña Bigotona o te los publico.

Luego, se nos hizo costumbre, cada noche de parranda terminábamos cenando en los Tacos Mugrositos de dos tortas por treinta, y cantando abrazadas a los cholitos las de Vagón Chicano, eso sí, bien pinches darketas.

O sea, siempre vestidas de negro. Bien malotas. Hace falta bailar con cholos, para curar la melancolía.

Cada vez que escucho las canciones de Vagón Chicano me acuerdo de ti. Me acuerdo de tu mirada perdida. De cómo de reojo y cómo no queriendo veías por la ventana a ver si venía el Señor Vikingo. A veces duraba hasta una semana desaparecido, pero siempre regresaba y lanzaba ese ruido extraño al que él llama el aullido del oso de cuello pardo. Y tú salías corriendo. Un sábado me dijiste, ya no va volver. Y nos pusimos pedas escuchando una y otra vez una canción de Vagón, esa que dice: Sin decirme nada, no, no me dejes así. Pero bien bajito, porque teníamos una reputación de darketas malditas que cuidar.

No sé por qué me acordé de esto de repente, ves que los recuerdos llegan sin que una los esté buscando, son como ráfagas de confeti que aparecen cuando menos te lo esperas, como la menstruación que se te adelanta cuando vas ir a la playa, pero no como cuando te encuentras cincuenta pesos en un pantalón al final de la quincena. Pues así. Me acordé de aquel día que andábamos con el Señor Vikingo y el Oso y ellos traían sus bicicletas y pues teníamos que ir a una fiesta bien pinche lejos y estábamos resolviendo cómo llegar. Y

entonces el Señor Vikingo dice, es que nosotros tenemos bicicletas, y tú y yo nos quedamos esperando un, y ustedes no, y ese es el pedo. O algo alusivo a la fiesta, el camino y las bicis, pero no, el muy estúpido dice, y saltamos. Sí, te acuerdas cómo nos reíamos de su estupidez… Pinche menso, todo sonzoloco, pero era buena bestia, me daba ternura cómo decía ahahahahaha al inicio de cada frase, y cómo agregaba la palabra mucho a todos los sustantivos, mucho pisto, mucho pozole, mucha pizza, mucha música satánica. Qué bien nos la pasábamos con esos morros, el puro cotorreo. Me hacían reír tanto, ellos, sus ocurrencias, pero sobre todo tú, tú, siempre y tú y tu humor ácido.

II

Para qué te echo mentiras. Llevo meses yendo al psicólogo y al psiquiatra.

Te daría un chingo de risa ver cómo con manual en mano, el doctor psiquiatra me puso un chingo de etiquetas: trastorno límite de la personalidad, trastorno obsesivo compulsivo, trastorno de ansiedad generalizada y síndrome de depresión recurrente. Según él yo siempre

he estado bien loca a la verga, y a ti solo te uso como pretexto para estar mal.

Ya mero lo agarraba a chingadazos. Perdona que me desvíe del tema, pero

¿te acuerdas cuando fui la primera vez con un loquero? Cuando terminó la terapia corrí a tu casa para que fuéramos por una quesadilla de la Señora Corajes y me dijiste: no mames, deja esa madre, esas pendejadas te las puedo decir yo, y ese dinero nos lo gastamos en pulque y tamales. Y te hice caso. En lo que no te hice caso fue en esa promesa, la que te hice de que si algún día te cargaba la verga no me iba a dejar arrastrar por la tristeza. A mí la tristeza ya me arrastró. Es más, a veces siento que la tristeza soy yo. Te dará gusto saber que en tu honor y en el mío me tatué en un brazo: la tristeza es rebelión.

Desde ese día. El día que no contestaste el teléfono, un perro negro me sigue a todos lados, es un perro negro que se llama melancolía, dolor, rabia y tristeza, y si te soy sincera creo que cada día voy de mal en peor. Y sé que tiene que ver con que tú no estás para darme ánimos, para hacerme reír, para dejarme llorar en tu pecho. Bueno, el punto es que desde que ya no estás estoy en terapia, y la psicóloga me dijo que además de un chingo de trastornos mentales, tengo duelo no superado, y que para soltarte, tengo que escribir una carta de despedida. Pero tú sabes que yo no soy de cartas. Tú sabes que mi cerebro está condicionado para escribir un telegrama o una maldita Biblia. Entonces aquí me tienes, escribiéndote cómo es y ha sido la vida sin ti. Con tu partida abrupta de este mundo.

Yo siempre pensé, perdona que te lo diga, que te ibas a suicidar. ¿Te acuerdas cuando te amenacé con suicidarme si tú te suicidabas? Y luego vimos una película coreana de una morrilla que promete lo mismo, pero bien culona no cumple y regresa su amiga, en fantasma, a obligarla a que se mate a la verga. Bueno, yo estaba preparada para tu eventual suicidio. Pero no

para que te fueras así. Y es que es tan fácil. Si te hubieras matado, estaría enojada contigo y eso haría mi duelo más fácil, pero así, así como sucedieron las cosas yo me siento víctima de la calamidad y de la tragedia.

Me siento enojada con la vida, y te juro que odio a todos los hombres. Los odio. En todos veo a los idiotas que te hicieron esto. Y he encontrado formas de canalizar mi rabia.

No puedo olvidar la última noche que pasamos juntas. Llegué a tu casa pasadas las ocho de la noche, traía el vestido negro de tirantes que me compraste en la ropa de Paca, era de terciopelo. También me puse las botas que me transformó el zapatero. Ay, no, voy a llorar. Bueno, pues esas botas y unas medias de red. Tú ya casi estabas lista, traías una minifalda de mezclilla, una blusa negra de un osito suicidado y unos Converse clásicos.

Te estabas alisando el cabello. Antes de llegar a tu casa bebí en el camino, en el autobús. Me compré en el Oxxo un seis de Heineken y vacié tres en un vaso de unicel. La gente pensó que era agua. Quizás en el autobús dos o tres personas jugaron a adivinar ¿será de horchata o de jamaica? Pero era de cebada, cebada fermentada. A ti no tengo por qué ocultarte mis problemas con el alcohol porque tú ya los conoces, tú sabías perfecto del agua de rompope con rompope de verdad que tomaba todos los días en la escuela.

De la caguama para escribir los trabajos finales.

Quiero que sepas que ya no bebo. Quisiera decirte que fue por fuerza de voluntad, o contarte una historia maravillosa de superación personal, pero la verdad es que la razón por la que dejé la bebida es tan decadente como la vida misma. Resulta que me dio una congestión alcohólica, sí, el primer día que traté de embriagarme sin ti, casi me muero. Me puse tan mal que terminé en un hospital con mangueras en la nariz. Los lavados estomacales son cosa del mismo diablo. Y me di cuenta de que hasta para valer verga, valgo verga. Quisiera contarte esto de una forma divertida pero no me acuerdo de nada. Solo que me desmayé y desperté en el hospital con mangueras en la nariz y garganta y un dolor que me quemaba por dentro. Estuve a punto de morir, neta, no estoy exagerando. Y entonces dejé de tomar.

No mames, mis pestañas. La última vez que nos vimos me ayudaste a que me maquillara, me dijiste que siempre quedaba como polvorón chopeado en Coca-Cola y te daba mucha vergüenza. Cuando me estabas poniendo rímel

me dijiste: tienes las pestañas bien chidas, un día te las voy a quemar por envidia. Bueno, pues es preciso que sepas que ese día, cuando llegué a mi casa, estaba tan angustiada por tu ausencia que me preparé un té de tila, y a la hora de prender la estufa me explotó. Si esto fuera una película, o sea más bien, si esto fuera el guion de una película, usaría el crecimiento de mis pestañas como metrónomo. ¿Te acuerdas del perro que creció y así nos dimos cuenta de que paso el tiempo? Pues así con mis pestañas. Quedaron achicharradas. Pero ya

están creciendo.

III

Tomamos un taxi en la avenida, la fiesta estaba bien pinche lejos. Era un terreno por allá donde el viento pega la vuelta. Así lo describiste. En el taxi sonaba como siempre la canción de los taxis, tururuu, tururuu, tururuu, te la estoy bailando, y es tan triste que no estés aquí para grabarme. Wey, y la cantamos, me gustas tanto, me enloqueces, y no lo puedo ya ocultar. Y el taxista bien metiche, Uy, señoritas, quién las viera tan darketas. Viajamos en transporte público, señor taxista, qué querían, le respondiste. Tengo mi top de respuestas mamonas que le diste a la gente. No supero aquel, A la misma hora que las de tu mamá, pendejo, para un vato que te dijo, Qué bonitas piernas, a qué horas abren. O aquel, De haberme querido matar, me mató, no nomás lo intento, a la señora que te vio una autolesión en la muñeca y te preguntó si te querías matar. Te extraño tanto, esto es tan difícil.

La fiesta estuvo estándar. Los mismos greñudos de siempre, escuchando las mismas canciones de siempre, por tu espalda abrieron canales de sangre, destinados a lavar el pecado del hombre*, maldito, maldito sea tu nombre**

y six, six, six, the numer of the beast. Bueno, tú sabes. Yo me la estaba pasando muy bien. Y es que, tengo un dilema existencial, no sé, neta, no sé, si era divertidísimo o es que yo siempre andaba bien peda. Pero me la pasaba genial. Pero lo importante no es cómo me la pasaba yo, sino que en cierto momento viste entrar a tu ex y me dijiste que ya te querías ir, pero yo quería seguir la fiesta, y te dije que no. Las lágrimas empiezan a salir, estoy

tan triste, en serio, te lo juro, estoy llorando. Soy la peor amiga del mundo, neta lo soy.

A veces me da la melancolía y me da por espiarte en Face, bueno más bien por stalkearte, y wey, tú siempre me etiquetabas en memes bien chidos, y en canciones y yo siempre pegada a mis cosas, encerrada en mi mundo, siempre he sido una perra egoísta. A veces ni like les daba, por eso un día, me agarré dándole like a todo lo que no había pelado en su momento y una amiga en común se dio cuenta y me sugirió ir a terapia. La bloqueé a la verga por mamona.

Perdona que este texto sea tan inconexo, pero estoy escribiendo lo que me sale del corazón. En ese momento yo estaba muy ebria y no quise

irme contigo. Te deje irte sola. Me mandas un WhatsApp cuando llegues a tu casa.

Yo calculé que en media hora. Pasó una hora y nada. Pasaron dos y nada.

Estoy llorando, te juro que no puedo. Siento la angustia en mi pecho otra vez.

Te mandé el primer mensaje, Wey, ¿dónde estás? Y te llegó, pero no lo contestaste. Te marqué y me mandaba a buzón. La angustia. La angustia. Mi corazón se convirtió en un reloj, tic-tac-tic-tac. A la media hora te mandé un segundo mensaje, Wey, estoy en mi casa, ¿dónde estás? No mames, estoy preocupada, contesta. Solo una palomita. Entré en pánico. Tú nunca te desconectabas más de diez minutos. Con las manos temblorosas y el corazón en la garganta le marqué a tu hermano. No ha llegado a casa, pensé que estaba conmigo. Empecé a llorar, no, no, ella salió de la fiesta hace tres horas, me dijo que se sentía mal, yo me quedé allá y no he podido localizarla. Llamar a todas tus amigas. Nada. Esperar en casa. Ciento cincuenta WhatsApps que nunca te llegaron. Caritas llorando. Diablos con truenos. Caritas llorando. ¿Dónde estás? Corazones rotos. Manos rezando.

Ninguno te llegó.

IV

Doña Lupe y tu hermano fueron al MP. Les dijeron que de seguro andabas con el novio. Setenta y dos horas de rigor. Anda de parranda. Mi hija no

tiene novio y no es parrandera. Setenta y dos horas desaparecida. Al fin levantaron la denuncia, para ese momento tú ya tenías cerca de quinientos WhatsApps. Algunos para ti, otros para quién pudiera ser el responsable de tu desaparición, ya sabes, yo con mi florido lenguaje, Pinche perro, regrésame a mi amiga, culero. Se te va caer el cantón. Por favor, no le hagas daño, te lo estoy pidiendo por favor. Y miles de emojis. Esos WhatsApps podrían triunfar como novela en internet. Te lo juro, puro oro. Pero me da miedo que regreses a jalarme las patas por posmoderna.

Yo quiero que sepas que en todo momento estuve tratando de localizarte a salvo. Todavía no pasaban ni tres horas de tu desaparición y yo ya había bombardeado el internet con tu foto y datos personales. Rogaba que la compartieran para dar contigo. Los comentarios debajo de tu foto me indignaban, me dieron ganas de quemar el rancho entero. Mi odio a la humanidad, se incrementó. De seguro anda de puta, di siguri indi di puti. Los odio, pinches perros.

Abrieron la carpeta de investigación. Fui la primera entrevistada, me salió el cobre. Me puse onda mi jefa, te acuerdas que nos burlábamos un chingo de que tiene ondas de tira, pues así me puse. Me hizo encabronar el culero del MP, porque estaba más interesado en saber sobre tu vida personal que en dar con un sospechoso. ¿Su amiga fumaba? ¿Salía de noche? ¿Se drogaba?

¿Tenía novio? Pero jamás me preguntó si sospechaba qué te paso. Fue un bombardeo de preguntas sin sentido. Jamás hicieron nada, son unos completos inútiles. Los maldigo.

Llené toda la ciudad con tu foto. TODA, te juro que la tapicé. Y sin bloqueador solar. El MP jamás mostró avances en la investigación, arrojaba información descabellada y contradictoria, que si se fue con un amante, que si fue sustraída por una red de trata de personas. La gente llamaba a tu madre a decirle que te habían visto aquí y allá, y la pobre doña de allá para acá.

Fueron meses horribles. Yo jamás dejé de mandarte mensajes. Jamás.

A veces soñaba que me contestabas, y mi corazón saltaba de alegría. Pero eso jamás sucedió. Un día, como no queriendo, dejaron de recibir a tu mamá, dejaron de contestar llamadas y le dieron carpetazo al asunto.

Las llamadas de madrugada nunca son de buen augurio. El silencio de mi habitación fue interrumpido por la canción de los cuentos de la cripta, eran

las cinco de la mañana. Seis meses de tu desaparición. Era tu hermano, el corazón me dio un vuelco. Encontraron un cadáver que coincide con las características de Claudia. Vamos a ir a identificarlo, prepárate para lo peor.

Y colgó. No pude llorar. No pude gritar. No pude hacer nada. Me quedé cinco minutos como ida, como estúpida. Luego lloré desconsolada, abrazada a mi almohada como una hora, y finalmente me puse a googlear, perdóname amiga por ser milenial. Entre a Google y busqué encuentran cadáver de una mujer. Lo que encontré me desgarró:

El cuerpo estaba empalado y mutilado. Presentaba lesiones de arma punzocortante. Fue ultrajada, también estaba semidesnuda. Fue encontrado el cadáver de una mujer con un balazo en el rostro. Unos niños en Ecatepec hallaron el cuerpo de joven, que, aunque no presentaba heridas letales, sí tenía signos de golpes y tortura. Cuerpo de una mujer de aparentes diecinueve años de edad, que presentaba golpes en el rostro además de un balazo en la cabeza. La víctima no está identificada, y fue encontrada tirada boca arriba y vestía pantalón de mezclilla de color azul, tenis y blusa en color blanco. Una jovencita de alrededor de diecisiete años fue golpeada y torturada con ácido muriático, y después sus verdugos la quemaron viva. De acuerdo a los primeros reportes forenses, el cuerpo presentó características que indican que fue enterrada viva.

Fue ultrajada y luego colgada en un árbol con su propia ropa. Una niña de trece años que fue localizada en el río con señales de estrangulamiento. Se fue de casa y no volvió. Violada. Violada. Mujer encontrada con signos de tortura sexual.

Violación.

Señales de ultrajo.

Empalada.

Desgarre vaginal.

Mordidas en los pezones.

La mató su esposo a puñaladas por pedirle dinero. En el interior de su casa.

Al menos diez puñaladas. Una mujer embarazada de diecinueve años es hallada en campos de maíz. La encontraron desmembrada y calcinada en Huaquechula. Una joven que fue hallada asesinada y encontrada a unas cuadras de su domicilio. Será recordada por sus amigos como una chica alegre, risueña y con muchas ganas de vivir. El cuerpo de la niña presentaba signos de estrangulación y de abuso sexual reiterado. Asesina a su esposa y la entierra en el patio de su casa. Reo mata a su pareja en visita conyugal.

Una mujer sin vida fue localizada dentro de la cisterna de su vivienda. Un cadáver es encontrado con heridas de machete en el rostro. Hallan el cadáver desnudo de una mujer en medio de la carretera.

Imagen de brazo lleno de tierra sobre un charco de sangre.

El cuerpo torturado y decapitado de una mujer fue encontrado en un huerto de mangos. El cuerpo de la mujer no identificada fue encontrado esta mañana; era devorado por los perros.

Secuestran a joven de diecisiete años y horas después es encontrada descuartizada y con huellas de tortura.

Hallaron brutalmente golpeada, violada y asesinada a menor de cinco años.

Cinco años.

Cinco años.

Cinco años. Violada y asesinada.

Mató a niña de trece años después de violarla y arrojó el cadáver al río.

Asesinan a pedradas a una mujer frente a un panteón.

El asesino era su novio.

Era su esposo.

Era su ex.

Era su amante.

Era su padre.

Era su hijo.

Era un hombre.

Era el que le decía que la amaba. Y la mató.

Fue asesinada y calcinada por su novio.

Novio asesino.

Esposo asesino.

Amante asesino.

El amor mata.

Le clavaron un cuchillo en su parte íntima. ¿Has escuchado de un hombre al que le muerdan los pezones antes de matarlo? ¿Al que le claven un cuclillo en el pene? ¿Al que le metan un palo por el culo? Yo tampoco.

La mató porque estaba embarazada.

La mató porque no quiso abortar.

La mató porque quería abortar.

Maternidad desechable.

Mujeres desechables.

La maté porque la amaba.

La maté porque era mía.

¿Cómo demuestras misoginia si el asesino dijo que la amaba? El amor es misógino.

Menor de dieciséis años es violada y estrangulada. Cuarenta y cuatro mujeres activistas han sido asesinadas desde 2010.

La mató su marido a golpes en su propia casa, lo había denunciado

veinte veces. Veinte veces. La denuncia es tu mejor arma.

En tu propia casa.

Las matan por andar en la calle de noche.

Las matan por putas.

En tu propia casa, ningún sitio es seguro.

Ninguno.

Ser mujer es un estado de emergencia.

Asesina a su mujer frente a su hija de cinco años. Mujer es arrollada y asesinada por conductor que se dio a la fuga.

La asesinan de un disparo dentro de su habitación.

No existe un cuarto propio cuando ellos creen que nuestro cuerpo les pertenece.

La entierra en el baño de su casa.

No existe un cuarto propio.

Cada tres horas y veinticinco minutos, en México una mujer muere descuartizada, asfixiada, violada, molida a golpes, quemada viva, mutilada, descosida a puñaladas, con los huesos rotos y la piel amoratada. Cuerpo de una mujer, una mujer más. Una mujer cualquiera, una mujer sin nombre. El cuerpo sin vida fue encontrado. Pero ninguno era el tuyo.

V

Me quedé helada, ¿Tú sabías que en México matan siete mujeres todos los días? Perdón por la ironía, pero me saqué de pedo. ¿Dónde estábamos nosotras mientras cada tres horas una mujer era matada a golpes, descuartizada y violada? Me sentí terrible. Me sentí la peor del mundo, porque si yo hubiese sabido qué tan peligroso es ser mujer en este país de mierda, de pendeja te dejo salir sola de aquella fiesta. Perdóname, por favor.

VI

A las siete de la mañana encontré una noticia que me desgarró el alma.

Encontraron un cadáver en un río. Estaba en una bolsa negra y en avanzado estado de putrefacción. El agua del río lo había mantenido oculto, pero cuando la corriente bajó, dejó al descubierto los pies, tus pies. Unos niños que pasaban por ahí se percataron del olor a muerta, y llamaron a la policía.

El cadáver estaba desnudo. Me cuesta trabajo decir tu cadáver. Cerca del lugar se encontró ropa femenina. Una falda de mezclilla. Una playera negra.

Y un tenis. Eras tú.

Una nunca está preparada para la muerte de una persona amada, nunca. Pero, no era una muerte, esto era un arrebato. No era una muerte, era un robo. Te arrebataron con violencia de mi lado. Me solté a llorar desconsolada. Nunca había llorado de esa manera porque nunca me había sentido así. Era rabia y tristeza al mismo tiempo. Lo recuerdo y siento un nudo en la garganta. Fue terrible. No puedo escribir sobre ello. Fue desgarrador. No identificada.

Eras un cuerpo más en este genocidio. Una muerta sin nombre que engrosaba las cifras de la muerte color rosa.

Es Claudia, me dijo tu hermano. Claudia, Claudia. Tu nombre sonaba tan lejano. Identifican a mujer asesinada. Se trata de Claudia, la joven que había

sido reportada como desaparecida. Decían las noticias. Tu familia no quiso saber más. Querían descansar, querían enterrarte y vivir su duelo. Pero yo quería saber qué te pasó, y quién te hizo esto. En la carpeta de investigación decía que en algún punto en el camino de regreso a casa fuiste interceptada por lo menos por tres hombres que intentaron robarte el celular, pero la situación se salió de control. ¿Se salió de control? ¿Se salió de control?

Cómo es que un asalto se sale de control, pregunté al investigador con un nudo en la garganta. Y, no pude dejar de hacer la comparación. Señor, MP, dígame, si hubiera sido un hombre, cómo sería, se salió de

control, un asalto.

Lo matan, lo apuñalan, y ya. Pero, ¿por qué a ella la violaron, la torturaron, y la estrangularon? ¿Por qué hay diferencia entre cómo se sale de control un asalto cuando se trata de un vato y de una morra? Porque ella era mujer, me contestó. Pero aun así no quiso incluir la agravante de feminicidio. Los odio, los odio tanto.

A raíz de tu muerte me obsesioné con el tema. Me obsesioné tanto que leí todo lo que pude. Vi todos los documentales y escuché todas las canciones sobre asesinatos de mujeres en México.

México es un mostro enorme que devora a las mujeres. México es un desierto hecho de polvo de huesos. México es un cementerio de cruces rosas. México es un país que odia a las mujeres. Me obsesioné con el tema como aquella vez que me obsesioné con El Señor de los Anillos y hasta aprendí élfico. Así mero, encontré la historia de un padre que en la búsqueda de justicia para su hija asesinada fue a un mitin del presidente municipal de su pueblo y le dio la carpeta de investigación personalmente para que lo ayudara en el caso. El político dijo que sí. Horas más adelante don Chema encontró la carpeta en la basura. Ana se aventó de un puente porque no metieron a la cárcel a los idiotas que la violaron, y Teresa se suicidó cuando dejaron salir a su esposo maltratador de la cárcel. Madres que buscan a sus hijas. Ciudades tapizadas de cruces rosas. Ciudades tapizadas de letreros de jóvenes desaparecidas. Desiertos de huesos. Lagunas que devoran mujeres.

Mujeres muertas que brotan de los ríos, de las alcantarillas, de las arenas del desierto. Cadáveres tirados a la basura, en bolsas negras. Comida para los perros. Mujeres desechables. Mujeres decapitadas. Mujeres estranguladas. Mujeres descuartizadas. Mujeres violadas.

VII

Tu madre siempre me acusó de ser portadora de calamidades y espectros.

Tengo al menos tres recuerdos guardados en Facebook donde me dices cosas, alucinabas el tema. En la primera me dices que tu mamá no quería que fuera a tu casa porque quería dormir tranquila ese día. La segunda que por favor me llevara a mis fantasmas cuando me fuera de tu casa, y la tercera un reclamo por dejar en tu casa un hervidero de espectros. A mí jamás me ha pasado nada paranormal. Traté de invocarte muchas veces y nada. Yo en serio deseo que un día te sientes al filo de la cama mientras duermo y me digas que soy una perra sin corazón, o que molestes a mi gato, o lo que sea.

Pero no pasa. Tu mamá neta que me tenía mala idea.

Lo que hizo que mi familia me trajera al centro de salud mental fue que neta, neta, me obsesioné con contactarte. Fui con cuatro brujas diferentes, dos de las que están arriba del mercado, otra en un pueblo cercano y otra en Zacatecas. Como verás, no podrás reclamar que no me esforcé por volver a verte. Ninguno de los rituales funcionó. Entonces empecé a languidecer. A morir, a dejar de comer. Yo en serio quería morirme, porque pensaba que esa era la única forma de verte de nuevo. Hice todo lo posible para morirme, excepto, claro, tratar de suicidarme, pero dejé de comer un mes. Sobreviví de avena cruda, agua, y aspirinas. Y un día me desmayé en el autobús. En el hospital se dieron cuenta de que tenía anemia. Al interrogarme, dije la verdad. Mi mejor amiga fue asesinada, y he hecho de todo para contactarla.

Le he mandado WhatsApps todos los días con la esperanza de que me responda. La he invocado con toda clase de rituales, entonces me quiero morir para reunirme con ella. Los doctores me veían atónitos. Entonces me mandaron al loquero. Ni aguantan nada. Les hubiera contado cuando te robaste las cenizas de tu abuelo para ponérselas en la cerveza a la morra que te bajó al Señor Vikingo. Según internet eso era un hechizo súper poderoso porque el alma del difunto se metía en el cuerpo de la víctima y la enloquecía, pero pura pinche verga de hule, nada le paso a la desgraciada, ni una pinche diarrea. Nada. Ay, dios, pero cuando te hiciste su amiga, te pasaste. No puedo dejar de reír, estoy llorando y riéndome al mismo tiempo.

Bueno, cuando te hiciste su amiga, te acuerdas que le dijiste muy

quitada de la pena, Te odiaba por lo del Señor Vikingo, y te di a comer cenizas de mi abuelo muerto, perdón. Y ella, Wey, no mames, su cara desencajada, no que muy metalera. ¿Recuerdas el Cristo que se robó de la iglesia y tenía de cabeza en su recamara? Pues a ella, la satanista mala malota, se le arrugó la verruga. Yo que soy una súper ñoña, duermo con parte de tus cenizas, las de mi papá y las de mi gato debajo de la cama, y todo rélax. Nada de fantasmas, ni locura, ni nada.

El psiquiatra me prescribió tres medicamentos. Un antipsicótico, un ansiolítico y un estabilizador del estado de ánimo. La psicóloga se esforzó un poco más en mi proceso de duelo. Me mandó a un taller de tanatología, pero me corrieron por andar de mamoncita, troleando a la tallerista. Me propuso que en lugar de buscar reunirme contigo, mejor buscara justicia. Esa idea me gustó e inicié un breve movimiento de Justicia para Claudia. Pero solo fue una llamarada de petate. No quiero ser portadora de calamidades, pero en México los asesinatos de mujeres alcanzan un nivel muy alto de impunidad, 98% para ser exacta. Y la verdad es que en la fiscalía no tenían ni voluntad, ni las herramientas para dar con tus asesinos. Era una pérdida de tiempo, y cada vez que salía de la agencia de investigaciones me invadían las ganas de aventarme de un puente.

La psicóloga estaba empezando a creer que quizás sí la vida no era para todos, cuando se le ocurrió contarme una historia que leyó en un libro, dijo se llama Chicas muertas.*

Me dijo que La Huesera es una mujer vieja, muy, muy anciana, onda doña Bigotes. Wey, pausa, se murió, por favor dime que está allá contigo haciéndote de comer. Ya, seguimos. Total que La Huesera vive en algún sitio del alma. ¿Dónde está el alma? ¿En el cerebro? ¿La Huesera vive en el cerebro? Bueno, pues La Huesera es una señora que puede imitar los sonidos de todos los animales, y que de hecho emite más sonidos tipo maullidos, graznidos, rebuznos y píos, píos, que palabras. Su tarea, aunque creo que es bastante obvio, es recolectar huesos. Bueno, pues para no hacerte el cuento largo, resulta que La Huesera tiene el hobby de recolectar en específico huesos de lobo. Los busca, los guarda y cuando el esqueleto está completo, enciende una fogata y arma el cuerpo del lobo. Canta. Canta. Canta. Y como,

de qué clase de brujería es esta, los huesos se cubren de piel, de músculos y de pelo, y de pronto el lobo ya anda corriendo en la vereda. Espérate, eso no es lo más loco. Lo más loco es que mientras corre aullándole a la luna, el lobo se transforma en una mujer. Una mujer que corre riéndose a carcajadas.

Luego de contarme la historia me dijo: Quizás esa es tu misión. Juntar los huesos de mujeres muertas, armarlas, contar sus historias y luego dejarlas correr libremente a dónde se tengan que ir.*

Tengo que dejarte.

VIII

Te acuerdas cuando clausuraron el antro hípster que estaba en el centro y al que todos los días íbamos a sentarnos afuera, para burlarnos de las caras tristes de sus clientes. Ese día te dije que un día iba ganar un premio de literatura con nuestras aventuras. No pude juntar cada uno de tus huesos porque tu familia te cremó. Pero hice el ejercicio mental de imaginarme que cada uno de mis recuerdos contigo era un huesito. Quisiera realmente completar 206 recuerdos. Pero estoy cansada. Ha sido un proceso muy doloroso, y muerta no te serviré de Huesera.

Yo quisiera contar cuando cayó un operativo a la casa del Güero y cómo nosotras escapamos por las azoteas de madrugada. Corrimos brincando bardas como una cuadra, y al final términamos cagadas de risa en el estacionamiento de un centro comercial. Quisiera asociar a cada uno de tus dedos cada uno de esos vasos de pulque que compartimos, y a tu peroné cuando nos tomamos muchas fotos en el cementerio. Me gustaría que tu cráneo fueran todos esos memes compartidos, y tu mandíbula los tamales que me robabas diciendo, mira un ovni. Pero estoy cansada y me quiero tatuar: me rebelo porque quiero seguir viva, y si no te suelto, si no te dejo ir, la tristeza me va terminar matando.

Mientras escribo esto te stalkeo en Face, lloro, y tomo pulque. He escrito muchas cuartillas y las mandaré a un concurso. Te acuerdas de ese meme, el de, Ser culisuelta me cambió la vida, pues lo he editado y ahora dice, Ser La Huesera me salvó la vida. Es una ironía bien cabrona, si lo piensas fríamente, pero al final de cuentas, me salvaste como siempre.

Para mí todos tus huesos están juntos, aunque tus cenizas, o parte de ellas porque la usurera de tu madre no me las quiso dar todas, estén bajo mi cama.

Espero escuchar tu aullido en la madrugada.

* Paráfrasis de la canción «Por piedad», de Luzbel.

** «Maldito sea tu nombre», de Los Ángeles del Infierno.

* Chicas muertas, Selva Almada, Penguin Random House, Argentina, 2015.

* Paráfrasis de frase encontrada en la página 50 del libro Chicas muertas, de

Selva Almada.

NOTAS DE LA AUTORA

El cuento «Dios no hizo el paro» incluye ideas de la canción «Perra vida»

de Tren Lokote en colaboración con Ralo y Koraza Boys.

La historia de «La China» se inspiró en el corrido «En la sierra y en la ciudad» de Javier Rosas.

Document Outline

- Perras de reserva
- Perejil y Coca-Cola
- Yuliana
- Que Dios nos perdone
- Constanza
- Dios no hizo el paro
- La China
- Rosa de Sarón
- Regina
- Mariposa de barrio
- La Sonrisa
- Lentejuelas
- Culo de paja
- La Huesera
- NOTAS DE LA AUTORA